

3 Nm

16

HISTORIA
DEL FAMOSO CAVALLERO,
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

P O R
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SEGUNDA PARTE. TERCERO TOMO.



EN SALISBURY:
En la Imprenta de EDVARDO EASTON. M.DCC.LXXXI.



18



17733
MUSEU
BRITAN
NICUM

ЛІБРІЯ ВІДКРИТА ДЛЯ ДОСЛІДНИХ

СМІЛІСТІВ ВІДКРИТА ДЛЯ ДОСЛІДНИХ

DE D I C A T O R I A

Al Conde de Lemos.

Embiando á Vuestra Excelencia los dias pasados mis Comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dixe, que Don Quixote quedava calzadas las espuelas para ir á besar las manos á Vuestra Excelencia, y aora digo, que se las ha calzado, y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que avré hecho algun servicio á Vuestra Excelencia porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le embie, para quitar el hamago, y la nausea que ha causado otro Don Quixote, que con nombre de segunda parte, se ha disfrazado y corrido por el orbe; y él que mas ha mostrado desearle, ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua Chinesca avrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiendome, ó por mejor decir, suplicandome, se le embiase, porque queria fundar un Colegio, donde se leyese la lengua Castellana, y queria, que el libro que se leyese fuese el de la Historia de Don Quixote, juntamente con esto me decia, que fuese yo á ser el Rector del tal Colegio. Preguntéle al portador, si su Magestad le avia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondíome, que ni por

b

penfa-

Dedicatoria.

pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis bolver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage, ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Napoles tengo al grande Conde de Lemos, que sin tantos titulillos de Colegios, ni Rectorias me sustenta, me ampara, y hace mas merced, que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á Vuestra Excelencia los trabajos de *Perfiles*, y *Sigismunda*, libro, á quien daré fin dentro de cuatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quieto decir de los de entretenimiento: y digo, que me arrepiento de aver dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al estremo de bondad posible, venga Vuestra Excelencia con la salud, que es deseado, que ya estará *Perfiles* para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid ultimo de Octubre, de mil seiscientos y quince.

Criado de Vuestra Excelencia

Miguel De Cervantes Saavedra.

P R O L O G O.

PROLOGO AL LECTOR.

Alame Dios, y con quanta gana deves de estar esperando aora,
Lector illustre (ó quier plébeyo) este prologo, creyendo hal-
lar en el venganzas, riñas, y vituperios del autor del segundo Don
Quixote, digo de aquel que dicen, que se engendró en Tordesillas,
y nació en Tarragona: pues en verdad que no te he de dar este con- 5
tento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas
humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla:
quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato, y del atrevi-
do: pero no me pasa por el pensamiento, castiguele su pecado,
con su pan se lo coma, y allá se lo aya; lo que no he podido dexar 10
de sentir, es, que me note de viejo, y de manco, como si huviera
sido en mi mano aver detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó
si mi manquedad huviera nacido en alguna taberna, sino en la mas
alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni espe-
ran ver los venideros: si mis heridas no resplandecen en los ojos 15
de quien las mira, son estimadas alomenos en la estimacion de los
que saben donde se cobraron, que el soldado mas bien parece mu-
erto en la batalla, que libre en la fuga, y es esto en mí de manera,
que si aora me propusieran, y facilitaran un imposible, quisiera
antes averme hallado en aquella faccion prodigiosa, que fano aora 20
de mis heridas, sin averme hallado en ella: las que el soldado mu-
estra en el rostro, y en los pechos, estrellas son que guian á los de-
mas al cielo de la honra, y al de desechar la justa alabanza, y hase
de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendi-
miento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien, 25
que me llame invidioso, y que como á ignorante me descriva, que

cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que ay, yo no conozco sino á la santa, á la noble, y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio, y si él 5 lo dixo, por quien parece que lo dixo, engaño de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion continua, y virtuosa: pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir, que mis Novelas son mas satiricas que Exemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser, sino tuvieran de todo. Pa- 10 receme, que me dices, que ando muy limitado, y que me con- tengo mucho en los terminos de mimo destia, sabiendo, que no se ha de añadir aficion al afigido, y que la que deve de tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto, y al cielo claro encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si 15 huviera hecho alguna traicion de lesa Magestad: si por ventura lle- gares á conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agra- viado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es, ponerle á un hombre en el entendimiento, que puede componer, y imprimir un libro, con que gane tanta fama 20 como dineros, y tantos dineros quanta fama, y para confirmacion desto, quiero que en tu buen donaire, y gracia le cuentes este cuento.

Avia en Sevilla un loco que dió en el mas gracioso disparate, y tema que dió loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de 25 caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ó en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzava con la mano, y como mejor podía le acomodava el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pe- lota, y en teniendolo desta suerte, le dava dos palmaditas en la bar- riga, y le soltava, diciendo á los ircunstantes (que siempre eran muchos :)

muchos:) Pensarán vuestras mercedes aora, que es poco trabajo
hinchar un perro: pensará vuestra merced aora, que es poco trabajo
hacer un libro, y si este cuento no le quadrare, dirás le (Lector a-
migo) este, que tambien es de loco, y de perro.

Avia en Cordova otro loco, que tenía por costumbre de traer enci- 5
ma de la cabeza un pedazo de losa de marmol, ó un canto no muy
liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponía junto, y á
plomo dexava caer sobre él el peso, amohinavase el perro, y dando
ladridos, y aullidos, no parava en tres calles. Sucedió pues, que
entre los perros que descargó la carga, fue uno un perro de un bo- 10
netero, á quien queria mucho su dueño, baxó el canto, dióle en la
cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo, y fintiólo su amo,
así de una vara de medir, y salió al loco, y no le dexó hueso sano,
y cada palo que le dava, decia, perro, ladron, á mi podenco, no
viste cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de 15
podenco muchas veces, embió al loco hechó una alheña: escar-
mentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza,
al cabo del qual tiempo bolvió con su invencion, y con mas carga.
Llegavase donde estaba el perro, y mirandole muy bien de hito en
hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es 20
podenco, guarda. En efecto todos quantos perros topava, aunque
fuesen alanos, ó gozques, decia, que eran podencos, y así, no soltó
mas el canto: quizá de esta suerte le podrá acontecer á este his-
toriador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en
libros, que en siendo malos, son mas duros que las peñas. Dile 25
tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la
ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodandome
al Entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el
Veinteyquatro mi Señor, y Christo con todos: viva el gran
Conde de Lemos (cuya Christiandad, y liberalidad bien conocida,

contra

contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie) y vi-
vame la suma caridad del Illustrísimo de Toledo Don Bernardo de
Sandoval y Rojas, y si quiera no aya emprentas en el mundo, y si
quiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las co-
plas de Mingo Rebulgo: estos dos Príncipes sin que los |solicite
adulacion mia, ni otro genero de aplauso, por sola su bondad, han
tomado á su cargo el hacerme merced, y favorecerme: en lo que
me tengo por mas dichoso, y mas rico, que si la fortuna por ca-
mino ordinario me huviera puesto en su cumbre: la honra puede
20 la tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á
la nobleza, pero no escurecerla del todo: pero como la virtud dé
alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios
de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espi-
ritus, y por el consiguiente favorecida, y no le digas mas, ni yo
15 quiero decirte mas á tí, sino advertirte, que consideres, que esta
Segunda Parte de Don Quixote, que te ofrezco, es cortada del
mismo artifice, y del mismo paño que la primera, y que en ella
te doy á Don Quixote dilatado, y finalmente muerto, y sepultado,
porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bas-
20 tan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado aya dado
noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en el-
las, que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace, que
no se estimen, y la carestia (aun de las malas) se estima en algo.
Olvidaseme de decirte, que esperes el Perfiles, que ya estoy aca-
bando, y la segunda parte de Galatea.

SEGUNDA



S E G U N D A P A R T E

Del Ingenioso Cavallero

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

*Capitulo primero. De lo que el Cura, y el Barbero pafaron con
Don Quixote cerca de su enfermedad.*

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta Historia, y tercera salida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle, y traerle á la memoria las cosas pasadas. Pero no por esto dexaron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargandolas, tuviesen cuenta con regalarle, dandole á comer cosas confortativas, y apropiadas para el corazon, y el celebro, de donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron, que así lo hacían, y lo harían con la voluntad, y cuidado posible: porque echavan de ver, que su Señor, por momentos iva dando muestras de estar en su entero juicio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traído

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

encantado en el carro de los buyes (como se contó en la primera parte desta tan grande, como puntual historia, en su ultimo capitulo) y así determinaron de visitarle, y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible, que la tuviese ; y acor-
5 daron de no tocarle en ningun punto de la andante cavalleria, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida que tan tiernos es-
tavan. Visitaronle en fin, y hallaronle sentado en la cama, ves-
tida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Tole-
dano, y estaba tan seco, y amoxamado, que no parecia sino he-
10 cho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, pregunta-
ronle por su salud, y él dio cuenta de sí, y de ella con mucho jui-
cio, y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su pla-
tica vinieron á tratar en esto, que llaman razon de Estado, y mo-
dos de govierno, enmendando este abuso, y condenando aquel ;
15 reformando una costumbre, y desterrando otra, haciendo cada
uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un
Solon flamante ; y de tal manera renovaron la Republica, que no
pareció, sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de
la que pusieron ; y habló Don Quixote con tanta discrecion en
20 todas las materias, que se tocaron, que los dos examinadores crey-
eron indubitadamente, que estaba del todo bueno, y en su entero
juicio. Hallaronse presentes á la platica la Sobrina, y Ama ; y
no se hartavan de dar gracias á Dios de ver á su Señor con tan buen
entendimiento : pero el Cura mudando el propósito primero, que
25 era de no tocarle en cosa de cavallerias, quiso hacer de todo en
todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ó verda-
dera ; y así de lance en lance vinó á contar algunas nuevas que
avian venido de la Corte, y entre otras, dixo, que se tenía por
cierto, que el Turco baxava con una poderosa armada, y que no
se sabia su designio, ni adonde avia de descargar tan gran nu-
blado.

blado, y con este temor con que casi cada año nós toca arma, estava puesta en ella toda la Christiandad : y su Magestad avia hecho proveer las costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote : Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo, pero si se tomara mi consejo, aconsejare yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estar muy ageno de pensar en ella. A penas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí : Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mismo pensamiento que el Cura) preguntó á Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion, que decia, era bien se hiciese, quisa podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los Principes ? El mio, señor rapador, dixo Don Quixote no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos, ó los mas arbitrios que se dan á su magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey, ó del Reino. Pues el mio, respondió Don Quixote ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevase otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mí, dixo el Barbero, doy la palabra, para aquí, y para delante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dixeré á Rey, ni á Roque, ni á hombre terrenal ; juramento que aprendí del romance del Cura,

que en el Prefacio avisó al Rey del ladron que le avia tobado las cien doblas, y la su mula la andariega. No sé Historias, dixo Don Quixote: pero sé, que es bueno ese juramento, en fee de que sé, que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo 5 fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y á vuestra merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo á esta sazon Don Quixote, ay 10 mas, sino mandar su Magestad, por publico pregon, que se junten en la Corte, para un dia señalado, todos los Cavalleros andantes, que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos, 15 y vayan conmigo: Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo Cavallero andante un exercito de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfenique? Sino, diganme, quantas Historias estan llenas destas maravillas? Avia, en hora mala para mí, que no quiero decir 20 para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis: ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destos oy viviera, y con el Turco se afrontara, á fee, que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que sino tan bravo, como los pasados andantes Cavalleros, alo- 25 menos no les será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Haí, dixo á este punto la Sobrina, que me maten sino quiere mi Señor bolver á ser Cavallero Andante: á lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ó suba el Turco quando él quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazon dixo el

Barbero:

Barbero: Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia, para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle; dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera.

En la casa de los locos de Sevilla, estaba un hombre á quien sus parientes avian puesto alli por falto de juicio, era graduado en Canones por Osuna: pero aunque lo fuera por Salamanca (según opinion de muchos) no dexara de ser loco: este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo, y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el juicio perdido: pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían alli, y á pesar de la verdad querian, que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados, y discretos, mandó á un Capellan suyo se informase del Rector de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escrivia, y qne así mismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase, y pusiese en libertad. Hizolo así el Capellan y el Rector le dixo, qué aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablava muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparava con tantas necedades, que en muchas, y en grandes, igualavan á sus primeras discreciones; como se podia hacer la experien- cia hablandole: quiso hacerla el Capellan, y poniendole con el loco habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el Capellan fue forzado á creer, qué el loco estaba cuerdo, y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Rector

le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían, por que dixese, que aun estaba loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos, ponían dolo, y 5 dudavan de la merced que nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre: finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Rector; codiciosos, y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el Capellan se determinó á llevarsele consigo, á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la ver- 10 dad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellan pidió al Rector mandase dar los vestidos con que allí avia entrado el Licenciado: bolió á decir el Rector, que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco: no sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y adverti- 15 mientos del Rector, para que dexase de llevarle; obedeció el Rector, viendo, ser orden del Arzobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicó al Capellan, que por caridad le diese licen- 20 cia para ir á despedirse de sus compañeros los locos: el Capel- lan dixo, que él le quería acompañar, y ver los locos que en la casa avia: subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes, y llegado el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire, si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios 25 ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio, ya estoy sano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza, y confianza en él, que pues á mí me ha buelto á mi primero estado, tambien le bolverá á él, si en él confia: yo ten-

dre

dre cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago faber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vacios, y los celebros llenos de aire: esfuercese, esfuercese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra javla frontero de la del furioso; y levantandose de una estera vieja, donde estaba echado, y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era él que se iva sano, y cuerdo: el Licenciado respondió: Yo soy, hermano, él que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, segad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no avra para que tornar á andar estaciones. Vos bueno, dixo el loco: agora bien, ello dira, andad con Dios: pero yo os voto á Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado, que oy cemete Sevilla, en sacaros desta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tu, Licenciadillo menguado, que lo podre hacer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es, con no llover en el, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto, en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuerdo? y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y á las razones del loco estuvieron los cunstantes

cunstantes atentos: pero nuestro Licenciado, bolviendose á nuestro Capellan, y afiendole de las manos le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare, y fuere menester. A lo que respondió el Capellan: Con todo eso, Señor Neptuno, no será bien enojar al Señor Jupiter; vuestra merced se quede en su casa, que otro dia, quando aya mas comodidad, y mas espacio, bolveremos por vuestra merced. Rióse el Reci-
tor, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellan: desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

Pues este es el cuento, señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aquí como de molde, no podia dexar de contarle? A señor Rapista! Señor Rapista! y quan ciego es aquel que no ve por tela de cedazo? y es posible, que vuestra merced no sabe, que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura, y de linage á linage, son siempre odiosas, y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas; ni procuro, que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo, por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicissimo tiempo, donde campeava la orden de la andante Cavalleria: pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los andantes Cavalleros tomaron á su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los Reinos, el amparo de las donzelllas, el socorro de los huertos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros que agora se usan, antes les cruxen los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no ay Cavallero que duerma en los campos,

sugeto

SEGUNDA PARTE, CAP. I.

9

sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza: y ya no ay quien sin sacar los pies de los estrivos, armado á su lanza, solo procure descabezar (como dicen) el sueño, como lo hacían los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de alli pise una esteril, y desierta playa del mar, las mas veces proceloso, y alterado; y hallando en ella, y en su orilla un pequeño batel, sin remos, vela, mastil, ni jarcia alguna con intrepido corazon se arroje en el, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le baxan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcó: y saltando en tierra remota, y no conocida le suceden cosas, dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teorica de la practica de las armas, que solo vivieron, y resplandecieron en las edades del oro, y en los andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto que Palmerin de Inglaterra? quien mas acomodado, y manual que Tirante el Blanco? Quien mas galan que Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador que Don Belianis? Quien mas intrepido que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros que Felix Marte de Hircania? O quien mas sincero que Esplandian? Quien mas arrojado que Don Cirongilio de Tracia? Quien mas bravo que Rodamonte? Quien mas prudente que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido que Reynaldos? Quien mas invencible que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortés que Rugero? De quien decienden oy los Duques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmografía.) Todos estos

B

Ca-

Cavalleros, y otros muchos que pudiera decir, Señor Cura, fueron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Destos, ó tales como estos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho 5 gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas: y con esto no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellan della, y si Jupiter (como ha dicho el Barbero) no lloviere, aquí estoy yo que llovere, quando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor Bacia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote, 10 dixo el Barbero que no lo dixe por tanto; y así me ayude Dios, como fue buena mi intencion, y que no deve vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, ó no, respondió Don Quixote yo me lo sé. A esto, dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrupulo, que me roe, y escarva la conciencia, nacido de lo que aquí 15 el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura, y así puede decir su escrupulo: porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplacito, respondió el Cura, digo, que 20 mi escrupulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, á que toda la caterva de Cavalleros andantes que vuestra merced Señor Don Quixote ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es fiction, fabula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen que aya avido tales Cavalleros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño: pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentandola sobre los ombros he la verdad,

dad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar, y descubrir todos quantos Cavalleros andantes andan en las Historias en el Orbe, que por la apprehension que tengo, de que fueron como sus Historias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Filosofia sus faciones, sus colores, y estaturas. 10
Que tan grande le parece á vuestra merced, mi Señor Don Quixote, preguntó el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondió Don Quixote, ay diferentes opiniones, si los ha avido, ó no en el mundo: pero la Santa Escritura, que no puede faltar un atomo en la verdad, nos muestra, que los huvo, 15 contandonos la Historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torros, que la Geometria saca 20 esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabre decir con certidumbre, que tamaño tuviese Morgante, aunque imagino, que no devió de ser muy alto, y mueveme á ser deste parecer, hallar en la Historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallava casa donde cu- 25 piese, claro está, que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual, gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó, que que sentia, á cerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes. De Reynaldos, ref-

pondió Don Quixote, me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores, y algo saltados, puntoso, y colérico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida : de Roldan, ó Rotolando, ó Orlando, que con todos estos nombres le 5 nombran las Historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Sino 10 fue Roldan mas gentil hombre que vuestra merced ha dicho, replicó el Cura, no fue maravilla, que la Señora Angelica la bella le desdeñase, y dexase por la gala, brio, y donaire que devia de tener el Morillo barbiponiente, á quien ella se entregó, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angelica, respondió Don Quixote, señor Cura, 15 fue una donzella distraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura : despreció mil señores, mil valientes, y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amistad que 20 guardó á su amigo, el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no devieron ser cosas demasiadamente honestas, la dexó, donde dixo :

Y como del Catay recibió el cetro,

25 Quiza otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda, que esto fue como Profecia, que los Poetas tambien se llaman Vates, que quiere decir Adivinos ; veese esta verdad clara : porque despues acá un famoso Poeta Andaluz lloró, y cantó sus lagrimas : y otro famoso, y unico Poeta Castellano cantó su hermosura.

Digame

Digame, Señor Don Quixote, dixo á esta sazon el Barbero, no ha avido algun Poeta, que aya hecho alguna Satirá esa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ó Roldan fueran Poetas, que ya me huvieran jabonado á la donzella: porque es propio, y natural de los Poetas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellos á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con Satiras, y libelos; venganza por cierto indigna de pechos generosos: pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que truxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura: y en esto oyeron, que la Ama, y la Sobrina, que ya avian dexado la conversacion, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

Cap. II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo 15 con la Sobrina, y Ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos.

CUENTA la Historia, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la Sobrina, y Ama, que las davan, diciendo a Sancho Panza, que pugnava por entrar á ver á Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: Que quiere este mos- 20 trencio en esta casa, idos á la vuestra, hermano, que vos soys, y no otro él que distrae, y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales: A lo que Sancho respondió: Ama de Satanás, el sonsacado, y el distraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu Amo: él me llevo por esos mundos, y vosotras os engañays 25 en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas,

pro-

prometiendome una insula, que hasta agora la espero. Malas insulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito, y que son insulas, es alguna cosa de comer, golofazo, comilon, que tu eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de governar, y regir mejor que quatro ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo esto, dixo el Ama, no entrareis acá, saco de maldades, y costal de malicias, id á governar vuestra casa, y á labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender insulas, ni insulos. Grande gusto recibían el Cura, y el Barbero de oir el coloquio de los tres: pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descolise, y desbучase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos, que no le estarian bien á su credito, le llamó, y hizo á las dos que callasen, y le dexasen entrar; entró Sancho; y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo, quan puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes cavallerias: y así dixo el Cura al Barbero: Vos vereis compadre, como quando menos lo pensemos, nuestro Hidalgo sale otra vez á bolar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero: pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, como de la simplicidad del Escudero, que tan creido tiene aquello de la insula, que creo, que no se lo sacaran del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, y de tal Escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber, que tratarán aora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto, Don

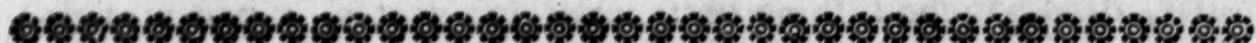
Quixote

Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fui él que te saqué de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna, y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho: porque (según vuestra merced dice) mas anexas son á los Cavalleros andantes las desgracias, que á sus Escuderos. Engañaste Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello, quando caput dolet, &c. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho: quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen, y así, siendo yo tu Amo, y Señor, soy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que á mí me toca, ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así avia de ser, dixo Sancho: pero quando á mí me manteavan, como á miembro, se estava mi cabeza detras de las bardas, mirandome bolar por los aires, sin sentir dolor alguno, y pues los miembros estan obligados á dolerse del mal de la cabeza, avia de estar obligada ella á dolerse dellos. Querras tu decir agora Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando á tí te manteavan? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espiritu, que tu en tu cuerpo: pero dexemos esto á parte por agora, que tiempo avra donde lo pondremos, y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, que es lo que dicen de mí por es: lugar, en que opinion me tiene el vulgo, en que los Hidalgos, y en que los Cavalleros? Que dicen de mi valentia? Que de mis hazañas: y que de mi cortesia? Que se platica del asumpto que he tomado de resucitar, y bolver al mundo la ya olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas

digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos : y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto 5 la disminuya ; y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los Príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo, que de las que aora se usan, es la dorada : sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, 10 y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, Señor mio, respondió Sancho, con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros sin vestirlo de otras ropas de aquellas 15 con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote, bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo (dixo) es que el vulgo tiene á vuestra merced por grandísimo loco, y á mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no conteniéndose vu- 20 estra merced en los límites de la Hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido á Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no quieren, que los Hidalgos se opusiesen á ellos, especial- 25 mente aquellos Hidalgos Escuderiles, que dan humo á los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamas remendado : roto bien podria ser, y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, prosiguió San- 30 cho, á la valentia, cortesia, hazañas y asumpto de vuestra merced ay diferentes opiniones : unos dicen, loco, pero gracioso : otros, valiente,

valiente, pero desgraciado: otros, cortés, pero impertinente: y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuestra merced ni á mí nos dexan hueso sano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasaron, 5 dexó de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosísimo, prudentísimo, y valentísimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De 10 Hercules, el de los muchos trabajos se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasiadamente rixoso; y de su hermano, que fue lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que 15 has dicho. Ay está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. Pues ay mas, preguntó Don Quixote? Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho: lo de hasta aquí son tortas, y pan pintado: mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay acerca de las ca- 20 loñas que le ponen, yo le traere aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que á noche llegó el hijo de Bartolome Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca he- 25 cho Bachiller, y yendole yo á dar la bienvenida, me dixo, que andava ya en libros la Historia de vuestra merced con nombre del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dice, que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la Señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos noso- 30 tres á solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que deve de ser algun sabio encantador el autor de nu-

estra Historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dice el Bachiller Sanson Carrasco, que así se llama él que dicho tengo) que el autor de la Historia se llama 5 Cide Hamete Beregena. Ese nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho: porque por la mayor parte he oido decir, que los Moros son amigos de berengenas. Tu deves, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en Arabigo quiere decir Señor. Bien podria ser, 10 replicó Sancho, mas si vuestra merced gusta, que yo le haga venir aquí, ire por él en bolandas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comere bocado, que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho, y dexando á su Señor, se 15 fue á buscar al Bachiller, con el qual bolvió de alli á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.



Cap. III. Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sansón Carrasco.

20 **P**ensativo ademas quedó Don Quixote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperava oír las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como avia dicho Sancho, y no se podia persuadir, á que tal historia huviese, pues aun no estaba enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que avia muerto, y ya querian, que anduviesen en estampa sus altas cavallerias: con todo 25 eso imaginó, que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo por arte de encantamiento las avra dado á la estampa: si amigo para engran- decerlas,

dacerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero Andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huviesen escrito, puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escrivieron: y quando fuese verdad, que la tal historia huviese, siendo de Cavallero Andante, por fuerza avia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consoló algun tanto, pero desconsolóle, pensar, que su autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna; porque todos son embelecedores, falsarios, y quimeristas. Temióse, no huviese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su Señora Dulcinea del Toboso; deseava, que huviese declarado su fidelidad, y el decoro, que siempre la avia guardado, menospreciando Reinas, Emperatrices, y donzellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos: y así embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho, y Carasco, á quien Don Quixote recibió con mucha cortesia. Era el Bachiller, aunque se llamava Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinte y quatro años, caríredondo, de nariz chata, y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa, y amigo de donaires, y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quixote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: Déme vuestra Grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de san Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quattro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros Andantes, que ha avido, ni aun avra en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la Historia de vuestras grandes dexó escritas,

critas, y rebien aya el curioso, que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: Desa manera verdad es, que ay historia mia, y que fue 5 Moro, y Sabió él que la compuso. Es tan verdad, señor, dixo Sanson, que tengo para mí, que el dia de oy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia, fino digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impreso, y aun ay fama, que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trásluce, que no ha 10 de aver nacion, ni lengua, donde no se traduzga. Una de las cosas, dixo á esta sazon Don Quixote, que mas deve de dar contento á un hombre virtuoso, y eminente, es verse viviendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso, y en estampa, dixé con buen nombre: porque siendo al contrario ninguna muerte se 15 le igualará. Si por buena fama, y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo vuestra merced lleva la palma á todos los Caballeros Andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la suya tuvieron cuidado, de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la pa- 20 ciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan Platonicos de vuestra merced, y de mi Señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi Señora Dulcinea, fino solamente la Señora Dul- 25 cinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco: No por cierto, respondió Don Quixote, pero digame vuestra merced, señor Bachiller, que hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, ay diferentes opiniones (como ay diferentes gustos) unos se atienen á la aventura de los molinos.

molinos de viento, que á vuestra merced le parecieron Briareos, y Gigantes: otros á la de los Batanes: este á la descripcion de los dos exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevavan á enterrar á Segovia: uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los Galeotes: 5 otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcayno. Digame, señor Bachiller, dixo á esta sazon Sancho, entra ay la aventura de los Yangueses, quando á nuestro buen Rozinante se le antojó, ¡pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero, todo 10 lo dice, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho, en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan 15 de Cavallerias, las quales nunca pueden estar llenas de prosperos sucesos: Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos, que han leido la historia, que se holgáran, se les huviera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la 20 historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escrivirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan pia- 25 doso Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como le describe Homero. Así es, replicó Sanson, pero uno es escribir como Poeta, y otro como historiador, el Poeta puede contar, 6 cantar las cosas, no como fueron, sino como devian ser: y el his- toriador las ha de escribir, no como devian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar á la verdad cosa alguna: Pues si es, que se anda

anda á decir verdades ese señor Moro, dixo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi Señor se hallen los míos; porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo: pero no ay de que maravillarme, 5 pues como dice el mismo Señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron soys, Sancho, respondió Don Quixote, á fee que no os falta memoria, quando vos queréis tenerla. Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que 10 aun se estan frescos en las costillas. Callad Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico, pase adelante, en decirme, lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales presonages della. Personages, que no pres- 15 sonages, Sancho amigo, dixo Sanson. Otro reprochador de vo- quibles tenemos, dixo Sancho, pues andense á eso, y no acabare- mos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, sino soys vos la segunda persona de la historia, y que ay tal, que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda 20 ella: puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasiada- mente de credulo, en creer, que podia ser verdad el governo de aquella insula, ofrecida por el Señor Don Quixote, que está presente. Aun ay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mien- tras mas fuere entrando en edad Sancho, con la esperiencia que dan 25 los años, estará mas idoneo, y mas habil, para ser Governador, que no está agora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la isla que yo no governase con los años que tengo, no la governaré con los años de Matusalen; el daño está, en que la dicha insula se entre- tiene, no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gover- 30 narla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo

todo se hará bien, y quiza mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que governar, quanto mas una. Governadores he visto por ay, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, 5 y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son Governadores de insulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales, que los que goviernan insulas, por lo menos han de saber gramatica. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la 10 entiendo: pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes, donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia aya hablado de mí, de manera que no enfadan las cosas, que de mí se cuentan, que á fé de buen escudero, 15 que si huviera dicho de mí cosas que no fueran, muy de Christiano viejo como soy, que nos avian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire, como habla, ó como escribe de las presonas, y no ponga á troche moche lo primero, que le viene al magin. 20 Una de las tachas que ponen á la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela intitulada, El Curioso Impertinente, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del Señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hide- 25 perro berzas con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi Historia, sino algun ignorante hablador que á tiento, y sin algun discurso se puso á escrivirla: salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el Pintor de Ubeda, al qual preguntandole, que pintava, respondió lo que saliere; tal vez pintava,

un gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era menester, que con letras Goticas escriviese junto á él, este es gallo: y así deve de ser de mi historia, que tendra necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara, que no ay cosa, que dificultar en ella, los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada, y tan sabida de todo genero de gentes, que á penas han visto algun rozin flaco, quando dicen, alli va Rozinante: y los 10 que mas se han dado á su letura, son los pages. No ay antecámara de señor, donde no se halle un Don Quixote, unos le toman, si otros le dexan; estos le envisten, y aquellos le piden, finalmente la tal historia es del mas gusto, y menos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se aya visto; porque en toda ella 15 no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto, ni un pensamiento menos que Catolico. A escrivir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escrivir verdades, sino mentiras, y los historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa, y no sé yo, que le movió al autor, á valerse de novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escrivir en 20 los mios, sin duda se devió de atener al refran de paja, y de heno, &c. Pues en verdad que en solo manifestar mis peusamientos, mis suspiros, mis lagrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, ó tan grande, que el que pueden 25 hacer todas las obras del Tostado. En efeto lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es, que para componer historias, y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio, y un maduro entendimiento: decir gracias, y escrivir donaires es de grandes ingenios: la mas discreta figura de la comedia es la del bobo; porque no lo ha de ser él que quiere dar á entender, que es simple:

la

la historia es como cosa sagrada: porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en quanto á verdad, pero no obstante esto ay algunos, que así componen, y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenían meritamente grangeada, y alcanzada gran fama por sus escritos, en dandolos á la estampa, la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dixo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, facilmente se veen sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama dél que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes Poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son embidiados de aquellos que tienen por gusto, y por particular entretenimiento, juzgar los escritos agenos, sin aver dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Teólogos ay, que no son buenos para el pulpito, y son bonísimos para conocer las faltas, ó febras de los que predicen. Todo eso es así, Señor Don Quixote, dixo Carrasco, pero quisiera yo, que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse á los atomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho, que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese: y quiza podria ser, que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares, que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene, y así digo, que es grandísimo el riesgo, á que se pone él que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos avra contentado. Antes es el reves, que como de stultorum infi-

nitus est numerus, infinitos son los que han gustado de la tal hif-
toria, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del autor,
pues se le olvida de contar, quien fue el ladrón, que hurtó el Ru-
cio á Sancho, que alli no se declara, y solo se infiere de lo escrito,
5 que se le hurtaron, y de alli á poco le vemos á cavallo sobre el
mismo jumento, sin aver parecido; tambien dicen, que se le ol-
vidó poner, lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que
halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra,
y ay muchos que desean saber, que hizo dellos, ó en que los gastó,
10 que es uno de los puntos sustanciales, que faltan en la obra. Sancho
respondió, yo, señor Sanson, no estoy aora para ponerme en cuentas,
ni cuentos que me ha tomado un desmayo de estomago, que sino le re-
paro con dos tragos de lo anejo, me pondra en la espina de Santa Lucia;
en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer dare
15 la buelta, y satisfare á vuestra merced y á todo el mundo de lo que
preguntar quisieren, así de la perdida del jumento, como del gasto
de los cien escudos, y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se
fue á su casa. Don Quixote pidió, y rogó al Bachiller, se quedase,
20 á hacer penitencia con el: Tuvo el Bachiller el embite, quedóse,
mieron la fiesta, bolvió Sancho, y renovóse la platica pasada.



Cap. IV. Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse, y de contarse.

Bolvió Sancho á casa de Don Quixote, y bolviendo al pasado razonamiento, dixo á lo que el señor Sanson dixo, que se deseava saber, quien, ó como, ó quando se me hurtó el jumento, respondiendo, digo que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y de la del Difunto, que llevavan á Segovia, mi Señor, y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi Señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi Rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pefado sueño, que quien quiera que fue; tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quattro estacas, que puso á los quattro lados de la albarda, de manera que me dexó á cavallo sobre ella, y me sacó debaxo de mí al Rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, dixo Don Quixote que lo mesmo le sucedió á Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y á penas me huve estremecido, quando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caida, miré por el jumento, y no le vi, acudieronme lagrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos dias viniendo con la Señora Princesa Micomicona, conocí mi Asno, y que venia sobre el en

habito de Gitano aquel Gines de Passamonte aquel embustero, y grandissimo maleador, que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de aver parecido el jumento, dice el autor, que iva á cavallo Sancho en el mes-
5 mo Rucio. A eso, dixo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engaño, ó ya seria descuido del Impresor. Así es sin duda, dixo Sanson: Pero que se hicieron de los cien escudos? deshicieronse? Respondió Sancho, yo los gasté en pro de mi persona, y de la mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que
10 mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado sirviendo á mi Señor Don Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperava, y si ay mas que saber de mí, aquí estoy que respondere al mesmo Rey en presona, y nadie tiene para que meterse en si
15 truxe, ó no truxe, si gasté, ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viages se huvieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á quattro maravedís cada uno, en otros cien escudos no avia para pagarme la mitad, y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco,
20 que cada uno es, como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendre cuidado, dixo Carrasco, de acusar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que sera realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. Ay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Ba-
25 chiller? preguntó Don Quixote: Si deve de aver, respondió él, pero ninguna deve de ser de la importancia de las ya referidas. Y por ventura dixo Don Quixote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson, pero dice, no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda, si saldra, ó no: y así por esto, como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas,

buenas, y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas ; se duda, que no ha de aver segunda parte, aunque algunos que son mas Joviales, que Saturninos dicen : vengan mas Quixotadas envista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. Y á que se, atiené el autor ? dixo Sancho. A que, respondió Sanson, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dara luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho, al dinero, y al interes mira el autor ? maravilla sera, que acierte, porque no hara sino harbar, 10 harbar, como fastre en viasperas de pasquas, y las obras que se hacen á priesa, nunca se acaban con la perfeccion, que requieren : atienda ese señor Moro, á lo que es á mirar lo que hace, que yo, y mi Señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda 15 parte, sino ciento : deve de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas, pues tengamos el pie al herrar, y verá del que coisqueamos, lo que yo sé decir, es, que si mi Señor tomase mi consejo, ya aviamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso y costumbre 20 de los buenos Andantes Cavalleros. No avia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron á sus oidos relinchos de Rosinante, los quales relinchos tomó Don Quixote por felicissimo augero, y determinó de hacer de alli á tres ó quatro dias otra salida, y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por que 25 parte comenzaría su jornada : el qual le respondió, que era su parecer, que fuese al Reino de Aragon, y á la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli á pocos dias se avian de hacer unas solemnisimas justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que seria ganarla sobre todos los

del

del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle, que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos, que le avian menester para que los amparase, y socorriese en sus des-
5 venturas. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goso á media docena de badeas; cuerpo del mundo, señor Bachiller, sí que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sí no ha de ser todo Santiago, y cierra España,
10 y mas que yo he oido decir, y creo, que á mi Señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde, y de temerario está el medio de la valentia, y si esto es así, no quiero, que huya, sin tener para que, ni que acometa, quando la demasia pide otra cosa: pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar con-
15 sigo, ha de ser con condicion, que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa, que á mirar por su persona en lo que tocáre á su limpieza, y á su regalo, que en esto yo le bailare el agua delante; pero pensar, que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de acha,
20 y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escudero, que jamas sirvió á Cavallero Andante: y si mi Señor Don Quixote obligado de mis muchos y buenos servicios quisiere darmel alguna isula de las muchas que su merced dice, que se ha de topar
25 por ay: recibire mucha merced en ello, y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en oto de otro, sino de Dios, y mas que tan bien, y aun quiza mejor me fabra el pan desgovernado, que siendo Governador; y sé yo por ventura, si en esos goviernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece,

tropiece, y caiga, y me haga las muelas? Sancho naci, y Sancho pienso morir: pero si con todo esto de buenas á buenas sin mucha soñitud, y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechase, que tambien se dice, quando te dieren la baquilla, corre con la soguilla, y quando viene el bien, metelo en tu casa: Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, aveis hablado como un Cathedratico: pero con todo eso confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dar un Reino, no que una insula: Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, 10 que no echára mi señor el Reino, que me diera in saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir Reinos, y governar insulas, y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad Sancho, dixo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser, que viendoos Governador, no cono- 15 ciesedes á la madre, que os parió: Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de enjundia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que fabra usar de desagradoimiento con alguno. Dios lo haga, dixo 20 Don Quixote, y ello dira, quando el govierno venga, que ya me parece, que le trayo entre los ojos: dicho esto, rogó al Bachiller, que si era Poeta, le hiciese merced, de componerle unos versos, que tratasen de la despedida, que pensava hacer de su Señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese, que en el principio de cada 25 verso, avia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos Poetas que avia en España, que decian, que no eran sino tres y medio, que no dexaría de componer los tales metros, aun- que

que hallava una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre, eran diez y siete, y que si hacia quatro Castellanas de á quatro versos, sobrára una letra, y si de á cinco, á quien llaman Decimas, ó Redondillas, faltavan tres letras ; 5 pero con todo eso procuraría embever una letra, lo mejor que pudiése, de manera que en las quatro Castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dixo Don Quixote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no ay muger, que crea, que para ella se hicieron los metros. 10 Quedaron en esto, y en que la partida sería de allí á ocho dias : encargó Don Quixote al Bachiller, la tuviese secreta, especialmente al Cura, y á maese Nicolas, y á su Sobrina, y al Ama : porque no estorvasen su honrada, y valerosa determinacion : todo lo prometió Carrasco ; con esto se despidió, encargando á Don Quixote, 15 que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase ; aviendocomodidad, y así se despidieron, y Sancho fue á poner en orden lo necesario para su jornada.

Cap. V. De la discreta y graciosa platica que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Legando á escrivir el traductor desta historia este quinto capitulo, dice, que le tiene por apocrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo, del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible, 25 que él las supiese, pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio devia, y así prosiguió, diciendo.

Llegó

Llegó Sancho á su casa tan regozijado y alegre, que su muger conoció su alegria á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle : que traes, Sancho amigo, que tan alegre venis ? á lo que él respondió : Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgára yo de no estar tan contento, como muestro : No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé, que queréis decir in eso, de que os holgaredes, si Dios quisiera, de no estar contento, que maguer tonta, no sé yo, quien recibe gusto, de no tenerle : Mirad Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de bolver á servir á mi Amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera á salir, 10 á buscar las aventuras, y yo buelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad junto con la esperanza que me alegra de pensar, si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el averme de apartar de tí y de mis hijos ; y si Dios quisiera darmel de comer á pie enjuto, y en mi casa sin traermel por 15 vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa, y no mas de quererlo, claro está, que mi alegria fuera mas firme y validera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dexarte, así que dixe bien, que holgára, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes 20 miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda : Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta, estos tres dias con el Rucio, de manera que esté para armas to- 25 mar, dobladle los piensos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y á oir filvos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, sino tuvieramos que entender con Yangueses, y

E

con

con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de valde, y así quedare rogando á nuestro Señor, os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que sino pensase antes de 5 mucho tiempo verme Governador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa: viva la gallina aunque sea con su pepita, vivid vos, y llevese el diablo quantos goviernos ay en el mundo; sin govierno salistes del vientre de vuestra madre, sin govierno aveis vivido hasta aora, y sin govierno 10 os ireis, ó os llevarán á la sepultura, quando Dios fuere servido. Como esos ay en el mundo que viven sin govierno, y no por eso dexan de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad Sancho, si por ven- 15 tura os vieredes con algun govierno, no os olvideys de mí y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari Sancha vuestra hija no se morira, si la casamos, que me va dando barruntos, 20 que desea tanto tener marido, como vos deseays veros con govierno, y en fin en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abaragana. A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que dé govierno, que tengo de casar, muger mia, á Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla Señora. 25 Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacays á chapines, y dé saya pardía de catorzeno á verdugado, y saboyanas de seda; y de una Marica, y un tú á una doña tal, y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla boba, dixo Sancho, que todo

todo sera usarlo dos, ó tres años, que despues le vendra el señorio, y la gravedad como de molde; y quando no, que importa? sea se ella señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querays alzar á mayores, y advertid al refran, que dice, al hijo de tu vecino limpiale las narices, y metele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra Maria con un Condazo, ó con Cavallerote, que quando se le antojase, la pusiese como nueva, llamandola de villana, hija del destripa terrones, y de la pella ruedas; no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y 10 el casarla, dexadlo á mi cargo, que ay está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos, y yernos, y andara la 15 paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros: y no casarme la vos aora en esas Cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barabas, replicó Sancho, porque quieres tu aora sin que, ni para que estorvarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se lla- 20 men señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que él que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se deve quejar, si se le pasa. Y no seria bien, que aora que esta llamando á nuestra puerta, se la cerremos; dexemonos llevar de este vi-ento favorable, que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo 25 que mas abajo dice Sancho, dixo el traductor desta Historia que tenía por apocrifo este capitulo) No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que sera bien dar con mi cuerpo en algun govierno pro-vechoso, que nos saque el pie del lodo; y casase á Mari Sancha con quien yo quisiere, y veras como te llaman á tí Doña Teresa

Panza, y te fientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arambeles á pesar y despecho de las Hidalgas del pueblo. No fino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento, y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser 5 Condesa, aunque tu mas me digas. Veis quanto decis, marido, respondió Teresa: pues con todo eso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion, vos haced lo que quisiereades, ora la hagays Duquesa ó Princesa: pero sé os decir, que no sera ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuy amiga 10 de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos; Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas, Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo. Pero allá 15 van Reyes, do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo Condefil, ó á lo de Gobernadora, que luego dirán, mirad que entonada va la pazpuerca, ayer no se hartava de estirar de un copo 20 de estopa, y iva á Misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya oy va con verdugado, con broches y con entono, como fino la conociesemos. Si Dios me guarda mis siete, ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto, vos hermano idos á ser govierno, ó insulo, y 25 entonaos á vuestro gusto, que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea; la muger honrada la pierna quebrada, y en casa, y la donzella honesta el hacer algo es su fiesta, idos con vuestro Don Quixote á vuestras aventuras, y dexadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas, y yo no sé por cierto, quien

le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus aguelos. Aora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo : Valate Dios la muger, y que de cofas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza. Que tiene que ver el cascado, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo. Ven acá, mentecata, é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha.) Si yo diciera, que mi hija se arrojara de una torre abaxo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenías razon de no venir con mí gusto : pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don, y una Señoría acuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage los Almohadas de Marruecos, porque no has de consentir, y querer lo que yo quiero ? Sabeys porque, marido, respondió Teresa, por el refran, que dice : Quien te cubre te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos, como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fue un tiempo pobre, alli es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los ay por esas calles á montones, como enxambres de abejas. Mira Teresa, respondió Sancho, y escucha, lo que agora quiero decirte, quiza no lo avras oido en todos los dias de tu vida, y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador, que la Quaresma pasada predicó en este pueblò, el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes que los ojos estan mirando, se presentan, estan, y asisten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el traductor que tiene por apocrifo este capitulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el qual prosiguió, diciendo.) De donde

nos sup. ofiug. erib. so sup. ofi. avejed. sup. legio. pg. 3 v. nace

alio

nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve y combida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que 25 vimos á la tal persona, la qual ignominia aora sea de pobreza, ó de linage, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones lo dexó el padre á la alteza de su prosperidad, fuera bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquéllos, que por antiguedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no avra, quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, sino fueren los invidiosos, de quien ninguna prospera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreys mas 15 la cabeza con vuestras arengas y retoricas. Y si estays rebuelto en hacer lo que decís: Resuelto has de decir muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongays á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa, yo hable como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos; y digo, que si estays porfiando en tener govierno, que lle- 20 veys con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeyas á tener govierno, que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo govierno, dixo Sancho, embiare por él por la posta, y te embiare dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los 25 Governadores, quando no los tienen, y vists le de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vistire como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El dia que yo la viere Condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere gusto, que con esta

esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló, diciendole, que ya que la huviese de hacer Condesa, la haría todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su platica, y Sancho bolvió á ver á Don Quixote, para dar orden en su partida.

Cap. VI. De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina, y con su Ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la Historia.

EN tanto que Sancho Panza, y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida platica, no estavan ociosas la Sobrina, 10 y el Ama de Don Quixote, que por mil señales ivan coligiendo, que su Tio y Señor queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su, para ellas, mal Andante Cavalleria, procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento: pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto 15 entre otras muchas razones que con él pasaron, le dixo el Ama, en verdad, Señor mio, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscando esas, que dicen que se llaman Aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quexar 20 en voz, y en grita á Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que respondió Don Quixote: Ama, lo que Dios responderá á tus quexas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tan poco, y solo sé, que si yo fuera Rey me escusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le 25 dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen entre otros

otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no quería yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dixo el Ama, diganos, Señor, en la Corte de su Magestad no ay Cavalleros? Si respondió Don Quixote, y muchos, 5 y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Príncipes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey, y Señor, estandose en la Corte. Mira amiga, respondió Don Quixote: no todos los Cavalleros pueden ser cortesanos, ni todos los corte- 10 sanos pueden, ni devén ser Cavalleros Andantes, de todos ha de aver en el mundo, y aunque todos seamos Cavalleros, va mucha di- ferencia de los unos á los otros: porque los cortesanos sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa sin costarles blanca, ni padecer calor, 15 ni frio, hambre, ni sed. Pero nosotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nues- 20 tros mismos pies. Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance, y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafios, si 25 lleva, ó no lleva mas corta la lanza, ó la espada, si trae sobre sí reliquias, ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer taja- das el Sol, ó no, con otras ceremonias deste jaez que se ufan en los desafios particulares de persona á persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas, no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandissimas torres, y que los brazos semejan arboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, an- 30 tes

SEGUNDA PARTE. CAP. VII.

tes con gentil continente, y con intrepido corazon los han de seducir, y en vestir, y si fuere posible vencerlos, y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras, que si fueren de diamantes, y en lugar de espadas truxesen cuchillos tajantes de 25 Damasquino acero, ó pörras ferradas con puntas así mismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros á otros, y feria razon que no huiyiese Principé que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, la primera especie de Cavalleros Andantes, que segun leemos en sus historias, tab ha avido entre ellos, que ha sido la salud no solo de un Reino sino de muchos. A Señor mio, dixo á esta sazon la Sobrina, advierta vuestra merced, que todo eso que dice de los Cavalleros Andantes es fabula y mentira, y sus historias, ya que no las quemaren, merecian, que á 15 cada una se le echase un Sambenito, ó alguna señal, en que fuese conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que avia de hacer un tal castigo en tí por la blasfemia que has dicho, 20 que sonara por todo el mundo. Como, que es posible que una rapaza, que á penas sabe menear doce pálijos de randas, se atreva á poner lengua, y a censurar las historias de los Cavalleros Andantes? Que dixerá el Señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde y cortés. 25 Cavallero de su tiempo, y ademas grande lamparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oido que no te fuerá bien dello, que (no todos son corteses ni bien mirados, algunos ay follones y descomedidos, o) Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen
amnib

Cavalleros : pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros, y Cavalleros altos ay, que parece, que á posta mueren por parecer hombres baxos : aquellos se levantan ó con la ambicion, 5 ó con la virtud, estos se abaxan ó con la floxedad, ó con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones : Valame Dios, dixo la Sobrina, que sepa vuestra merced tanto, Señor Tio, que si fuese menester en 10 una necesidad podría subir en un pulpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande, y en una sandez tan conocida que se dé á entender que es valiente, siendo viejo ; que tiene fuerzas, estando enfermo ; y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado ; y sobre todo que es Caval- 15 lero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres. Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages que te admiraran, pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas, á quatro fuertes de lina- 20 ges (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el mundo, que son estas. Unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar á una suma grandeza. Otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron. 25 Otros que aunque tuvieron principios grandes acabaron en punta como piramide, aviendo diminuido, y aniquilado su principio hasta pararen nonada, como lo es la punta de la piramide, que respeto de su basa ó asiento no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendran el fin fin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordi- dinaria.

dinaria. De los primeros que tuvieron principio humilde, y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dio principio, está en la cumbre que le vemos. Del segundo linage que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seran exemplo muchos Príncipes, que por herencia lo son, y se conservan en ella sin aumentarla, ni diminuirla, conteniendose en los límites de sus Estados pacificamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, ay millares de ejemplos. Porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egypto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros, todos estos linajes y señorios han acabado en punta, y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallasemos seria en bajo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que vienen, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiraís, bobas mias, que es grande la confusión que ay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud, y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, sera vicioso grande, y el rico no liberal sera un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, y comedido, y oficioso: no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís, que con animo alegre dé al po-

bre, se mostrará tan liberal como él que á campana herida da limosna, y no avra quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexé de juzgarle, y tenerle por de buena casta, y el no serlo, fería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos, y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y naci, segun me inclino á las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por el tengo de ir á pesar de todo el mundo, y sera en valde cansaros en persuadirme, á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea. Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anexos al Andante Cavalleria, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella. Y sé, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso. Y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendra fin. Y sé, como dice el gran Poeta Castellano nuestro, que

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba, quien de alli declina.*

Ay desdichada de mí, dixo la Sobrina, que tambien mi Señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza, yo apostaré, que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos cavallerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no

avria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando, quien llamava, respondió Sancho Panza, que él era, y á penas le huvo conocido el Ama, quando corrió á esconderse, por no verle, tanto le aborrecia. A-
brióle la Sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su Señor Don Quixote, y encerraronse los dos en su aposento, donde tuvie-
ron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

5

*Cap. VII. De lo que pasó Don Quixote con su Escudero, con otros
sucesos famosísimos.*

10

APenas vió el Ama que Sancho Panza se encerrava con su Se-
ñor, quando dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando,
que de aquella consulta avia de salir la resolucion de su tercera sa-
lida, y tomando su manto toda llena de congoxa y pesadumbre se
fue á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciendole, que por 15
ser bien hablado, y amigo fresco de su Señor, le podria persuadir,
á que dexase tan desvariado proposito. Hallóle paseandose por el
patio de su casa, y viendole se dexó caer ante sus pies trasudando,
y congoxosa. Quando la vió Carrasco con muestras tan doloridas,
y sobresaltadas, le dixo: *Que es esto, señora Ama? Que le ha a- 20*
contecido, que parece, que se le quiere arrancar el alma? no es
nada, señor Sanson mio, sino que mi Amo se sale, salese sin duda. Y
por donde se sale, señora, preguntó Sanson? Hasle roto alguna
parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta
de su locura. Quiero decir, Señor Bachiller de mi anima, que 25
quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese
mundo.

mando lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos. La segunda vinó en un carro de bueyes metido, y encerrado en una jaula, adonde él se dava á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchones del celebro, que para averle de bolver algun tanto en sí, gaste mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas que no me dexaran mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diran una cosa por otra, si rebentasen. En efecto, señora Ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme, que quiere hacer el Señor Don Quixote? No señor, respondió ella: 15 Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino vayase en hora buena á su casa, y tengame aderezado de almorzar alguna cosa caliente; y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo ire luego allá, y verá maravillas. Cuitada de mí, replicó el Ama, la oracion de santa Apolonia dice vuestra 20 merced que reze, eso fuera si mi Amo lo huviera de las mueltas: pero no lo ha sino de los cascós. Yo sé lo que digo, señora Ama, vayase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que bachilllear, respondió Carrasco; y con esto se fue el Ama, y el Bachiller fue luego á 25 buscar al Cura, á comunicar con él, lo que se dira á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho a su Amo, Señor, ya yo tengo reluzida á mi muger á que me dexe ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir Sancho, dixo Don

Quixote,

Quixote, que no reluzida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuestra merced que no me emienda los vocablos: si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que quando no los entienda, diga, Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podra emendarme, 5 que yo soy tan facil. No te entiendo Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sé que quiere decir, soy tan facil. Tan facil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo agora, replicó Don Quixote. Pues sino me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea con- 10 migo. Ya, ya caigo, respondió Don Quixote, en ello. Tu quie- res decir que eres tan docil, blando, y mañero, que tomarás lo que yo te dixere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, fino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas pato- 15 chadas. Podra ser, replicó Don Quixote, y en efecto que dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la muger es poco, y él que no le toma es 20 loco. Y yo lo digo tambien, respondió Don Quixote: Decid, Sancho amigo, pasa adelante, que hablays oy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede 25 prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios qui- fiere darle, porque la muerte es sorda, y quando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán de- tener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, segun es pub- lica voz, y fama, y segun nos lo dicen por esos pulpitos. Todo

cfo

eso es verdad, dixo Don Quixote. Pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que mí ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no 5 quiero estar á mercedes que llegan tarde, ó mal, ó nunca, con lo mio me ayude Dios. Enofin yo quiero saber lo que gano, poco, ó mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediese (lo qual ni lo creo, ni lo espero) que 10 vuestra merced me diese la Insula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querre, que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuento de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió Don Quixote: A las veces tan buena suele ser una gata como 15 una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: Yo apostaré que avia de decir rata y no gata: pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entendido: Y tan entendido, respondió Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y sé, al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira Sancho, 20 yo bien te señalaría salario, si huviera hallado en alguna de las historias de los Cavalleros Andantes exemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio, que es lo que solian ganar cada mes, ó cada año: pero yo he leido todas, ó las mas de sus historias, y no me acuerdo aver leido, que ningun Cavallero Andante 25 aya señalado conocido salario á su escudero. Solo sé, que todos servian á merced, y que quando menos se lo pensavan, si á sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallavan premiados con una insula, ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedavan con titulo y señorria. Si con estas esperanzas, y aditamentos vos, Sancho, gustais de bolver á servirme, sea en buena hora, que 30 pensar

pensar que yo he de sacar de sus terminos, y quiclos la antigua u-
sanza de la Cavalleria Andante, es pensar en lo escusado. Así
que, Sancho mío, bolvicos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa
mi intencion, y si ella gustare, y vos gustaredes de estar á merced
conmigo, bené quidem, y sino tan amigos como de antes, que si al
palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid,
hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posecion, y buena
quexa que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros á
entender, que tambien como vos, sé yo arrojar refranes como llo-
vidos. Y finalmente quiero decir, y os digo, que sino quereys ve- 10
nir á merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios
quede con vos, y os haga un Santo, que á mí no me faltarán escu-
deros mas obedientes, mas solicitos, y no tan empachados, ni tan
habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resolucion de
su Amo, se le anubló el cielo, y se le cayeron las alas del corazon, 15
porque tenía creido, que su Señor no se iría sin él por todos los a-
veres del mundo; y así estando suspenso y pensativo entró Sansón Car-
rasco, y la Sobrina, y el Ama deseosas de oir con que razones persua-
día á su Señor, que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sansón
Socarrón famoso, y abrazandole como la vez primera, y con voz 20
levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria, O luz resplan-
deciente de las armas, O honor y espejo de la nacion Española!
plega á Dios todo poderoso donde mas largamente se contiene, que
la persona, ó personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu
tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni ja- 25
mas se les cumpla lo que mal desearen. Y bolviéndose al Ama le
dixo: Bien puede la señora Ama no rezar mas la oracion de Santa
Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas,
que el Señor Don Quixote buelva á executar sus altos y nuevos
pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia, sino inti-

masé y persuadíese á este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentísmo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen, y son anexas á la orden de la Cavalleria Andante. Ea, Señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, antes oy que mañana, se ponga vuestra merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo, para suplirla con mi persona, y hacienda; y si fuere necesidad servir á tu magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazon, dixo Don Quixote, bolviéndose á Sancho, no te dixé yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? mira, quien se ofrece á serlo, sino el inaudito
15 Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo Trastulo, y regozijador de los patios de las escuelas Salmantenses, fano de su persona, agil de sus miembros, callado, sufridor así del calor, como del frío, así de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un Cavallero Andante: pero no permita el cielo, que por seguir mi gusto, desjarrete, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quedese el nuevo Sanson en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estaré contento, ya
20 que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguió. No se dira por mí, Señor mio, el pan comido, y la compañía deshecha, si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido, y calado

por

por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras el deseo que
vuestra merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en
cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por com-
placer á mi muger, la qual quando toma la mano á persuadir una
cosa, no ay mazo, que tanto apriete los aros de una cuba, como 25
ella aprieta, á que se haga lo que quiere, pero en efecto el hombre
ha de ser hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde
quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa,
pese, á quien pesare, y así no ay mas que hacer, sino que vuestra mer-
ced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda 30
rebolcar, y pongamonos luego en camino, porque no padezca el
alma del señor Sanson, que dice, que su conciencia le lita, que
persuada á vuestra merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo
de nuevo me ofrezco á servir á vuestra merced fiel y legalmente,
tan bien y mejor que quantes escuderos han servido á Cavalleros 35
Andantes en los pasados, y presentes tiempos. Admirado quedó el
Bachiller, de oír el termino, y modo de hablar de Sancho Panza,
que puesto que avia leido la primera Historia de su Señor, nunca
creyó, que era tan graciezo, como allí le pintan, pero oyendole
decir aora testamento y codicilo, que no se pueda rebolcar, en lu- 40
gar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyo todo lo
que dél avia leido, y confirmólo por uno de los mas solemes mente-
catos de nuestros siglos, y dixo entre sí, que tales dos locos, como
Amo, y mozo no se avrían visto en el mundo: finalmente Don
Quixote, y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos, y con pa- 45
recer y beneplacito del gran Carrasco (que por entonces era su ora-
culo) se ordenó, que de allí á tres dias fuese su partida, en los
quales avría lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de bus-
car una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quix-
ote, que la avia de llevar. Ofreciélo Sanson, porque sabia, no

se la negaría un amigo suyo, que la tenía, puesto que estaba mas escura por el orín, y el moho, que clara y limpia por el terfo acero. Las maldiciones, que las dos, Ama, y Sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuenta: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas, que se usavan, lamentaván la partida, como si fuera la muerte de su Señor. El designo que tuvo Sansón, para persuadirle, á que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la Historia, todo por consejo del Cura, y del Barbero, con quien él antes lo avia comunicado. En resolucion en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y aviendo aplacado Sancho á su Muger, y Don Quixote á su Sobrina, y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Tобoso. Don Quixote sobre su buen Rozinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucolica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quixote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle, le avisase de su buena, ó mala suerte, para alegrarse con esta, ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian; prometióselo Don Quixote: dió Sansón la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.



*Cap. VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quixote
yendo á verá su Señora Dulcinea del Toboso.*

Bendito sea Alá, Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capitulo, Bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones, por ver que tiene ya en campaña á Don Quixote, y á Sancho, y que los lectores de su agradable Historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas, y donaires de Don Quixote, y de su Escudero: persuadeles, que se les olviden las pasadas Cavallerias del Ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde 10 agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide, para tanto como él promete, y así prosigue, diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y á penas se huvo apartado Sanfon, quando comenzó á relinchar Rozinante, y a suspirar el Rucio, que de entrabmos Cavallero, y escudero fue tenido á buena señal, y por felicissimo aguero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del Rucio, que los relinchos del rozin; de donde coligio Sancho, que su ventura avia de sobrepujar, y ponerse encima de la de su Señor, fundandose, no 20 sé si en Astrologia judiciaria, que el se sabia, puesto que la Historia no lo declara, solo le oyeron decir, que quando tropezava, ó caya, se holgára no aver salido de casa, porque del tropezar, ó caer, no se sacava otra cosa, fino el zapato roto, ó las costillas quebradas, y aunque tonto no andava en esto muy fuera de camino. Dixole 25 Don Quixote; Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar,

andar, y con mas escuridad, de la que aviamos menester, para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga, y alli tomaré la bendicion, y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la qual licencia pi-
5 enso, y tengo por cierto, de acabar, y dar felice cima á toda peli-
grosoa aventura ; porque ninguna cosa desta vida hace mas valien-
tes á los Cavalleros Andantes, que verse favorecidos de sus damas.
Yo así lo creo, respondió Sancho, pero tengo por dificultoso, que
vuestra merced pueda hablarla, ni verse con ella en parte alome-
10 nos, que pueda recibir su bendicion, si ya no se la echa desde las
bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, quando le
llevé la carta, donde ivan las nuevas de las sandeces, y locuras,
que vuestra merced quedava haciendo en el corazon de Sierra Mo-
rena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don
15 Quixote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastante mente
alabada gentileza y hermosura ? No devian de ser sino galerias, ó
corredores, ó lonjas, ó como las llaman de ricos y Reales pala-
cios. Todo pudo ser, respondió Sancho, pero á mí bardas me pa-
recieron, sino es, que soy falto de memoria. Con todo eso vamos
20 allá Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, eso se
me da, que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios, ó
verjas de jardines, que qualquier rayo que del sol de su belleza
llegue á mis ojos alumbrara mi entendimiento, y fortalecerá mi
corazon, de modo que quede unico y sin igual en la discrecion y
25 en la valentia. Pues en verdad, Señor, respondió Sancho, que
quando yo vi ese sol de la Señora Dulcinea del Toboso, que no
estava tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos, y devió de
ser, que como su merced estava ahechando aquel trigo, que dixe,
el mucho polvo que sacava, se le puso como nube ante el rostro, y
se le escurecio. Que toda via das Sancho, dixo Don Quixote, en
decir,

dicir, en pensar, en creer, y en posfiar, que mi Señora Dulcinea
altechava trigo, siendo eso un menester, y ejercicio que va desviado
de todo lo que hacen, y deben hacer las personas principales, que
estan constituidas, y guardadas para otros exercicios y entreteni-
mientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal 5
se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta,
donde nos pinta las labores, que hacían allá en sus moradas de
cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las ca-
bezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas,
que allí el ingenioso Poeta nos describe, que todas eran de oro, si- 10
go, y perlas contestas, y texidas. Y desta manera devia de ser el
de mi Señora, quando tu la viste, sino que la envidia, que algun
mal encantador deve de temer á mis cosas, todas las que me han de
dar gusto, trae, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen,
y así temo, que en aquella Historia, que dicen que anda impresa, 15
de mis hazañas, si por ventura ha fido su autor algun Sabio mi en-
emigo, avra puesto unas cosas por otras, mezclando con una
verdad mil mentiras, divertiendose á contar otras acciones, fuera
de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. O en-
vidia raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los 20
vicios, Sancho, traen un no sé que de deleite contigo: pero el de
la envidia no trae fino disgustos, rancores, y rabias. Eso es lo que
yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso, que en esa leyenda,
ó historia, que nos dixo el Bachiller Carrasco que de nosotros avia
visto, deve de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, 25
al estricote aquí y allí, barriendo las calles. Pues á sé de bueno,
que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantas bie-
nes, que pueda ser envidiado. bien es verdad, que soy algo mali-
cioso, y que tengo mis ciertos asomos de vellaco: pero todo lo
cubre, y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural, y

nunca

zunca artificiosa : y quando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la Santa Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, devian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos : pero digan, lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano : aunque por verme puesto en libros, y andar por este mundo de mano en mano, no se me da un higo, que digan de mí, todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, á lo que sucedió á un famoso Poeta destos tiempos, el qual aviendo hecho una maliciosa satira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar, si lo era, ó no, la qual viendo, que no estaba en la lista de las demas, se quexó al Poeta, diciendole, que que avia visto en ella, para no ponerla en el numero de las otras, y que alargase la satira, y la pusiese en el ensanche, sino que mirase, para lo que avia nacido : hizolo así el Poeta, y pusola, qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame: tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego, y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros ; y aunque se mandó, que nadie le nombrase, ni biciese por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamava Erostrato. Tambien alude á esto, lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma : Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antiguedad se llamó el templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio, que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva

conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores, el es de hechura de una media naranja, grandissimo en estremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estaba con él, y á su lado, un Cavallero Romano, declarandole los primores, y sutilezas de aquella gran maquina, y memorable arquitetura, y aviendose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil veces, sacra Magestad, me vinó deseo de abrazarme con vuestra Magestad, y arrojarme de aquella claraboya abaxo por dexar de mí fama 10 eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no aver puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondre yo en ocasion, que bolvais á hacer prueva de vuestra lealtad, y así os mando, que jamas me hableis, ni esteis, donde yo estuviere, y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero 15 decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera: quien piensas tú, que arrojó á Horacio del puente abaxo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? quien abrasó el brazo, y la mano á Mucio? quien impelió á Curcio, á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? 20 Quien contra todos los agujeros que encontra se le avian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Cesar? y con ejemplos mas modernos, quien barrenó los navios, y dexó en seco, y aislados los valerosos Espanoles, guiados por el cortesissimo Cortés en el nuevo mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron, y 25 serán obras de la fama, que los mortales desean como premios, y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen: puesto que los Christianos, Catolicos, y Andantes Cavalleros mas aveamos de atender á la gloria delos siglos venideros, que es eterna en las regiones etereas y celestes, que á la vanidad de la fama que en

este presente y acabable siglo se alcanza, la qual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obra no han de salir del limite, que nos tiene puesto la Religion Christiana, que 5 profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia: á la envidia en la generosidad, y buen pecho: á la ira en el reposado continente, y quietud del animo: á la gula, y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos: á la injuria, y lascivia en la lealtad que guardamos á las 10 que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos: á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones, que nos puedan hacer, y hagan sobre Christianos famosos Cavalleros. Ves aquí, Sancho, los medios, por donde se alcanzan los estremos de alabanzas, que consigó trae la buena fama. Todo lo 15 que vuestra merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo eso querria que vuestra merced me sorbieza una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, quieres decir, Sancho, dixo Don Quixote, dí en buenora, que yo responderé lo que supiere. Digame, 20 Señor, prosiguió Sancho, esos Julios, ó Agostos, y todes esos Cavalleros hazañosos, que ha dicho, que ya son muertos, donde estan agora? Los Gentiles, respondió Don Quixote, sin duda estan en el infierno, los Christianos, si fueron buenos Christianos, ó estan en el Purgatorio, ó en el cielo. Está bien, dixo Sancho, pero 25 sepamos aora, esas sepulturas, donde estan los cuerpos desos señorazos, tienen delante de sí lamparas de plata, ó estan adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera, y si desto no, de que estan adornadas? A lo que respondió Don Quixote, los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos, las cenizas del cuerpo de

de Julio Cesar se pusieron sobre una piramide de piedra de desme-
surada grandeza, á quien oy llaman en Roma la Aguja de san Pe-
dro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan
grande como una buena aldea, á quien llamaron Moles Adriani,
que agora es el castillo de Santangel en Roma: la Reyna Arte- 5
misa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo
por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas se-
pulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron
con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrasen ser
santos los que en ellas estavan sepultados. A eso voy, replicó 10
Sancho, y digame agora, qual es mas, resucitar á un muerto, ó ma-
tar á un gigante. La respuesta está en la mano, respondió Don
Quixote, mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dixo
Sancho, luego la fama dél que resucita muertos, da vista á los cie-
gos, endereza los coxos, y da salud á los enfermos, y delante de 15
sus sepulturas arden lamparas, y estan llenas sus capillas de gentes
devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama sera para
este, y para el otro siglo, que la que dexaron, y dexaren quantos
Emperadores Gentiles, y Cavalleros Andantes ha avido en el mun-
do. Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quixote, pues 20
esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto,
respondió Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos,
que con aprobacion, y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen
lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos,
piernas, con que aumentan la devicion, y engrandecen su Chris- 25
tiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó sus reliquias, llevan los
Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan,
y enriquecen con ellos sus oratorios, y sus mas preciados altares.
Que quieres, que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo
Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos á ser

santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos: y advierta, Señor, que ayer, ó antes de ayer, que segun ha poco se puede decir desta manera, canonizaron, ó beatificaron dos frailecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro con que 5 ceñian, y atormentavan sus cuerpos, se tiene aora á gran ventura el besarlas, y tocarlas, y estan en mas veneracion, que está, segun dixe, la espada de Roldan en la armeria del Rey nuestro Señor, que Dios guarde: así que, Señor mio, mas vale ser humilde frailecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Cavallero: 10 mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á Gigantes, ora á Vestiglos, ó á Endriagos. Todo eso es así, respondió Don Quixote, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo; Religion es la cavalleria, Cavalleros santos ay en la 15 gloria. Si, respondió Sancho, pero yo he oido decir, que ay mas frailes en el cielo, que Cavalleros Andantes. Eso es, respondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote, pero pocos los que merecen nombre 20 de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa, que de contentat fuese, de que no poco le pesó á Don Quixote: en fin otro dia al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espiritus á Don Quixote, y se le entristecieron 25 á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la avia visto, como no la avia visto su Señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estavan alborotados, y no imaginava Sancho, que avia de hacer, quando su dueño le embiase al Toboso: finalmente ordenó Don Quixote, entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegava, se quedaron

entre

entre unas encinas, que cerca del Toboso estavan ; y llegado el de-
terminado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedio cosas
que á cosas llegan.

Cap. IX. Donde se cuenta lo que en el se verá.

Media noche era por filo poco mas á menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso : estava el pueblo en un tosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian, y reposavan á pierna tendida, como suele decirse : era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disulpa de su sandez : no se oya en todo el lugar, sino ladridos de perros, que atronavan los oidos de Don Quixote, y turbavan el corazon de Sancho ; de quando en quando rebuznava un jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentavan con el silencio de la noche, todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero á mal aguero, pero con todo esto dixo á Sancho : Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiza podra ser, que la hallemos despierta. A que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequena ? Devia de estar retirada entonces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su Alcazar, solazandose á solas con sus doncelas, como es uso y costumbre delas altas Señoras y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que vuestra merced quiere á pesar mio que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta ? y será bien que demos aldavazos, para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda

la

la gente ? vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mance-
bas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y en-
tran á qualquier hora, por tarde que sea ? Hallemos primero una
por una el Alcazar, replicó Don Quixote, que entonces yo te diré,
5 Sancho, lo que sera bien que hagamos ; y advierte, Sancho, que
yo veo poco que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se
descubre, la deve de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vu-
estra merced, respondió Sancho, quiza sera así, aunque yo lo vere
con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creere yo, como
10 creer que es a ra de dia. Guió Don Quixote, y aviendo andado co-
mo docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió
una gran torre, y luego conoció, que el tal edificio no era Alca-
zar, sino la Iglesia principal del pueblo : y dixo, con la Iglesia
hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á
15 Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal
andar por los cimenterios á tales horas, y mas aviendo yo dicho
á vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha
de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mente-
cato, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los Alcaza-
20 res, y Palacios Reales esten edificados en callejuelas sin salida ? Se-
ñor, respondió Sancho, en cada tierra su uso ; quiza se usa aquí en
el Toboso, edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes,
y así suplico á vuestra merced me dexe buscar por estas calles, ó cal-
lejuelas que se me ofrecen, podria ser, que en algun rincón topase con
25 ese Alcazar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corri-
dos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi
Señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arroje-
mos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho ;
pero con que paciencia podre llevar, que quiera vuestra merced que
de sola una vez que ví la casa de nuestra Ama, la aya de saber siem-
pre,

pre, y hallarla á media noche, no hallandola vuestra merced, que la deve de aver visto millares de veces? Tu me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote; ven aca herege, no te he dicho mil veces, qne en todos los dias de mi vida no he visto á la fin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas, y de la gran fama, que tiene de hermosa y discreta? Aora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos ya me has dicho tú, que la viste ay chando trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta, que le embie contigo. No se atenga á eso, Señor, respondió Sancho, porque le hago saber, que tambien fue de oidas la vista, y la respuesta que le tru xe: porque asi sé yo quien es la Señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respoñdió Don Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tu de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al reves, como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron, que venia á pasar por donde estavan, uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado, que arrastrava por el suelo, juzgaron, que devia de ser labrador, que avría madrugado antes del dia, á ir a su labranza, y así fue la verdad: venia el labrador cantando aquel Romanee, que dice, Mala la huvistes Franceses en esa de Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo en oyendole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando ese villano? Si oigo, respondió Sancho, pero que hace á nuestro proposito la caza de Roncesvalles? así pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quixote preguntó: sabreisme decir

dicir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, donde son por aquí los Palacios de la fin par Princesa Doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días, que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del 5 campo: en esa cosa frontera viven el Cura, y el Sacristan del lugar, entrambos, ó qualquier dellos sabrá dar á vuestra merced razon desa Señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo, que en todo el no vive Princesa alguna, muchas Señoras si principales, que cada una en su casa 10 puede ser Princesa. Pues entre esas, dixo Don Quixote, deve de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podría ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alva, y dando á sus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho que vió suspenso a su Señor, y asaz mal contento, le dixo: Señor, ya se viene á mas andar el 15 dia, y no sera acertado dexar, que nos halle el sol en la calle, mejor será, que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo bolvere de dia, y no dexaré ostugo en todo este lugar, donde no busque la casa, Alcazar, ó Palacio de mi Señora, y asaz sería de desdichado, sino 20 le hallase, y hallandole, hablaré con su merced y le dire donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dé orden, y traza, para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo, que aora me has dado, le apetezco, y 25 recibo de bonísima gana: ven hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tu bolveras, como dices, á buscar á ver, y hablar á mi Señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiava Sancho, por sacar á su Amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que

que fue luego, y a dos millas de lugar, hallaron una floresta, ó bosque, donde Don Quixote se emboscó, en tanto que Sancho bolvia á la Ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

Cap. X. Donde se cuenta la industria, que Sancho tuvo para encantar á la Señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos, como verdaderos. 5

Legando el autor desta grande Historia á contar lo que en este capitulo cuenta, dice, que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creido: porque las locuras de Don Quixote llegaron aquí al termino, y raya de las mayores, que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente aunque con este miedo y recelo las escribió de la misma manera, que él las hizo, sin añadir, ni quitar á la historia un atomo de la verdad, sin darsele nada por las objeciones, que podian ponerle de mentiroso, (y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeite sobre el agua,) y así prosiguiendo su Historia, dice que así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho bolver á la Ciudad, y que no bolviese á su presencia, sin aver primero hablado de su parte á su Señora, pidiéndola, fuese servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicissimos sucesos de todos sus acometimientos, y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo, así como se le mandava, y de traerla tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda hijo, re-

plicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz
del sol de hermosura, que vas a buscar. Dicho so tú sobre todos
los escuderos del mundo, ten memoria, y no se te pase della, como
te recibe, si muda las colores el tiempo, que la estuvieres dando mi
5 embaxada, si se desasosiega, y turba, oyendo mi nombre, sino
cabe en la almohada, si á caso la hallas sentada en el estrado rico
de su autoridad; y si está en pie, mirala, si se pone aora sobre el
uno, aora sobre el otro pie, si te repite la respuesta, que te diere,
dos ó tres veces: si la muda de blanda en aspera: de azeda en a-
10 morosa: si levanta la mano al cabello, para componerle, aunque
no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y
movimientos: porque si tú me los relatares, como ellos fueron,
sacare yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon a-
cerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber,
15 Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones, y mo-
vimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata,
son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo
interior del alma pasa. Ve, amigo, y guiate otra mejor ventura
que la mia, y buelvate otro mejor suceso del que yo quedo temi-
20endo, y esperando en esta amarga soledad, en que me dexas. Yo
ire, y bolvere presto, dixo Sancho, y ensanche vuestra merced,
Señor mio, ese corazoncillo, que le deve de tener agora no mayor
que una avellana, y confidere, que se suele decir, que buen cora-
zon quebranta mala ventura, y que donde no ay tocinos, no ay es-
25 tacas: y tambien se dice, donde no piena, salta la liebre: di-
golo, porque si esta noche no hallamos los palacios, ó alcazares de
mi Señora, agora que es de dia, los pienso hallar, quando menos
lo piense, y hallados dexenme á mí con ella. Por cierto, San-
cho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan á pelo
de lo que tratamos, quanto me dé Dios mejor ventura en lo que
deseo.

Esto

• Esto dicho bolvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quixote se quedó á caballo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexaremos, yendonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su Señor, que él quedava, y tanto que á penas huvo salido del bosque, quando bolviendo la cabeza, y viendo que Don Quixote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un arbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse : Se-pamos agora, Sancho hermano, adonde va vuestra merced? Va á buscar algun jumento que se le aya perdido? no por cierto. Pues 10 que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y á todo el cielo junto. Y adonde pensays hallar eso que decís, Sancho? A donde? en la gran Ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vays á buscar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, 15 que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de bever al que ha hambre. Todo eso está muy bien, y sabeys su casa, Sancho? Mi Amo dice que han de ser unos Reales Palacios, ó unos sober- vios Alcazares. Y aveisla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi Amo la avemos visto jamas. Y pareceos, que fuera acertado 20 y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estays vos aquí, con intencion de ir á sonfagarles sus Princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que mensagero soys a- 25 migo, no mereceys culpa non. No os fieís en eso, Sancho, por- que la gente Manchega es tan colérica como honrada, y no con- siente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura: Oxe puto, allá daras rayo, no sino ande me yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será

buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rabena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó del fue, que bolvió á decirse: aora bien, todas las cosas tienen remedio, sino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese al acabar de la vida. Este mi Amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo enzaga, pues soy mas mentecato que él, pues le figo, y le sirvo, si es verdadero el refran que dice, dime con quien andas, decírtelo he quien eres, y el otro, de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció, quando dixo, que los Molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los Religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exercitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no sera muy dificil hacerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la Señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo á jurar, y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quiza con esta porfia acabaré con él, que no me embie otra vez á semejantes mensagerias, viendo, quan mal recado le traigo dellas, ó quiza pensara, como yo imagino, que algun mal encantador, de estos que él dice, que le quieren mal, la avra mudado la figura, por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sofegado su espiritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose alli hasta la tarde por dar lugar, á que Don Quixote pensase, que le avia tenido para ir y bolver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso hacia donde él estaba, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó polli-

pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las aldeanas: pero como no va mucho en esto, no ay para que deteneros en averiguarlo.

En resolucion así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado bolvió á buscar á su Señor Don Quixote, y hallore suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo, que ay Sancho amigo? Podre señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor ferá, respondió Sancho, que vuefa merced la señale con almagre, como retulos de Catedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo replicó Don Quixote: Buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuefa merced, sino picar á Rozinante, y salir á lo raso á ver á la Señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuefa merced. Santo 15. Dios! que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. Que facaría yo de engañar á vuefa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, Señor, y venga, y verá venir á la Princesa nuestra Ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas, y ella todas son una aseua de oro. Todas mayorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento, y sobre todo vienen á cavallo sobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querras decir, Sancho. Poca diferencia ay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas: pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas Señoras que se puedan deseiar, especialmente

mente la Princesa Dulcinea mi Señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te 5 contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias que tu sabes, que quedan para parir en el prado concegil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

10 Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y, como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho, si las avia dexado fuera de la ciudad. Como fuera de la ciudad? respondió, por ventura tiene vuestra merced los 15 ojos en el colodrillo que no ve, que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo Sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, y es posible, que tres hacancas, ó como se llaman, blancas como el hampo 20 de la nieve, le parezcan á vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ó borricas, como yo soy Don Quixote, y tu Sancho Panza, alomenos á mí tales me parecen. Calle Señor, dixo Sancho, no 25 diga la tal palabra sino despavile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la Señora de sus pensamientos, que ya llega cerca, y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeandose del Rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo dixo: Reina, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida

servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo Cavallero vuestro que alli está hecho piedra marmol, todo turbado y sin pul-
sos de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Panza
su escudero, y él es el asendereado Cavallero Don Quixote de la
Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste figura. 5
A esta sazon ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto á San-
cho, y mirava con ojos desencajados, y vista turbada á la que San-
cho llamava Reina, y Señora, y como no descubria en ella sino
una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carire-
donda, y chata, estaba suspenso y admirado sin osar deplegar los la-
bios. Las labradoras estavan así mismo atonitas, viendo aquellos
dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan
pasar adelante á su compañera. Pero rompiendo el silencio la de-
tenida, toda desgraciada y mohiná, dixo: Apartense hora en tal
del camino, y dexenmos pasar, que vamos de priesa. A lo que 15
respondió Sancho: O Princesa, y Señora universal del Toboso, co-
mo vuestro magnanimo corazon no se eternete, viendo arrodillado
ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la An-
dante Cavalleria. Oyendo lo qual otra de las dos dixo: Mas jo
que te estrego burra de mi suegro, mirad con que se vienen los se- 20
ñoritos aora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiese-
mos echar pullas como ellos, vayan su camino, é dexenmos hacer
el nueso, y serles ha sano. Levantate Sancho, dixo á este punto
Don Quixote, que ya veó, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene
tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á 25
esta anima mezquina, que tengo en las carnes, y tú, ó estremo del
valor, que puele desearse, termino de la humana gentileza, unico
remedio deste afigido corazon que te adora, ya que el maligno
encantador me persegue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos,
y para solo ellos, y no para otros ha mudado y transformado tu fin

igual

igual hermosura, y rostro en el de una labrador pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision, y arrodillamiento, que 5 á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Tomá que mi aguelo, respondió la aldeana: Amiguita soy yo de oir resquebrajos: Apartense, y dexenmos ir, y agradecerse lo hemos: apartóse Sancho, y dexola ir, contentísimo de ayer salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana, que avia 10 hecho la figura de Dulcinea, quando pieando á su cananea con un agujon que en un palo traya, dió á correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta del agujon que le fatigava mas de lo ordinario, comenzó á dar corcobos, de manera que dió con la Señora Dulcinea en tierra, lo qual visto por Don Quixote, 15 acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quixote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciendo algun tanto atras, tomó una corriente, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcadas como si fuera hombre: y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nuestra Ama mas ligera que un acotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro Cordoves, ó 20 Mexicano. El arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento, y así era la verdad, porque en viendose á cavallo Dulcinea, todas picaran tras ella, y dispararon á correr sin bolver la cabeza átras por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando 25 vió,

vió, que no parecian, bolviendose á Sancho le dixo: Sancho que te parece, quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento, que pudiera darme ver en su ser á mi Señora. En efecto yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira, y asiesen las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de aver buelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron, y bolvieron en una figura, tan baxa y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores, porque te hago saber, Sancho, que quando llegue á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos que me encalabrinó, y atosigó el alma. O cayalla, gritó á esta sazon Sancho. O encantadores aciagos, y mal intencionados! y quien os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha. Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis, bastaros deviera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocarades en el olor, que por el si quiera sacaramos lo que estava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar, que tenía sobre el labio derecho á manera de vigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el

del rostro: pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo se decir á vuestra merced, respondió Sancho, que le parecian alli como nacidos. Yo lo creo amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en 5 Dulcinea que no fuese perfecta, y bien acabada, y así si tuviera cien lunares, como el que dices en ella, no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero Dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda que tu aderezaste, era filla rasa, ó fillon? No era, respondió Sancho, sino filla á la gineta, con una 10 cubierta de campo, que vale la mitad de un Reino, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso Sancho, dixo Don Quixote! aora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su Amo tan delicadamente 15 engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, bolvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensavan llegar á tiempo, que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse. Pero antes que allá llegasen, les sucedie- 20 ron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen ser escritas, y leidas, como se verá adelante.



Cap.

Cap. XI. De la estraña Aventura que le sucedio al valeroso Don Quixote con el Carro, ó Carreta de las Cortes de la Muerte.

Ensativo ademas iva Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendo á su Señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginava, que remedio tendría para bolverla á su ser primero, y estos pensamientos le llevavan tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rozinante, el qual sintiendo la libertad que se le dava, á cada paso se detenia á pacer la verde yerva, de que aquelllos campos abundavan ; de su embelesamiento le bolvió Sancho Panza, diciendole : Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres : pero si los hombres las sienten demasiado se buelven bestias, vuestra merced se reporte y buelva en sí, y coja las riendas á Rozinante, y avive y desperte, y muestre aquella gallardia que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Que diablos es esto ? Que descaecimiento es este ? Estamos aquí, ó en Francia ? Mas que se lleve Satanás á quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero Andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla Sancho, respondió Don Quixote, con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa : de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho, quien la vido, y la vee aora, qual es el corazon que no llora ? Eso puedes tu decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura,

que el encanto no se estendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza, contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura, porque, si mal no 5 me acuerdo, dixiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama, y á lo que yo creo, los de Dulcinea devén ser de verdes Esmeraldas, rasgados con dos celestiales arcos que les sirven de cejas. Y esas perlas quitales de los ojos, y pasalas á los dientes, que fin duda te trocaste, Sancho, 10 tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura como á vuestra merced su fealdad: pero encomendemos lo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde á penas se halla 15 cosa que esté fin mezcla de maldad, embuste, y vellaqueria. De una cosa me pesa, Señor mio, mas que de otras, que es pensar, que medio se ha de tener, quando vuestra merced venza á algun Gigante, ó otro Cavallero, y le mande, que se vaya á presentar ante la hermosura de la Señora Dulcinea, adonde la ha de hallar este pobre 20 Gigante, ó este pobre y misero Cavallero vencido. Pareceme que los veo andar por el Tobofo hechos unos bausanes, buscando á mi Señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conocerán mas que á mi padre. Quiza, Sancho, respondió Don Quixote, no se estenderá el encantamiento á quitar el conocimiento 25 de Dulcinea á los vencidos y presentados Gigantes y Cavalleros, y en uno, ó dos de los primeros que yo venza, y le embie, haremos la experencia, si la ven, ó no, mandandoles que buelvan á darme relacion de lo que acerca desto les huiiere sucedido. Digo Señor, replico Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de

lo que deseamos, y si es que ella á solo vuesa merced se encubre; la desgracia mas ferá de vuesa merced que suya: pero como la Señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos aven-dremos, y lo pasaremos lo mejor que pudieremos, buscando nues-tras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las suyas, que el 5 es el mejor medico destas, y de otras mayores enfermedades.

Responder queria Don Quixote á Sancho Panza: pero estorvó-selo una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas diversos y estraños personages y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiava las mulas y servia de carretero era un feo Demonio. 10 Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quixote, fue la de la misma Muerte con rostro humano; junto á ella venia un Angel con unas grandes y pintadas alas. Al un lado estaba un Emperador con una corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los 15 pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos: pero con su arco, carcax y saetas. Venia tambien un Cavallero armado de punta en blanco, excepto que no traya mor-rion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colo-res, con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. 20 Todo lo qual visto de improviso en alguna manera alborotó á Don Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho: mas luego se alegró Don Quixote, creyendo, que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta; y con 25 voz alta y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos

reci-

recitantes de la compañía de Angulo el malo; Hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hemosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca,
5 y escusar el trabajo de desnudarnos, y bolvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel man-
cebo va de Muerte, el otro de Angel. Aquella muger que es la del autor va de Reina, el otro de Soldado, aquel de Emperador, y yo de Demonio, y soy una de las principales figuras del autor, por-
10 que haga en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vu-
estra merced desea saber de nosotros, preguntémelo, que yo le
sabré responder con toda puntualidad que como soy Demonio, todo
se me alcanza. Por la fé de Cavallero Andante, respondió Don
Quixote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande
15 aventura se me ofrecia, y aora digo que es menester tocar las apa-
riencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con
Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad, si mandaís
algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen animo,
y buen talante, porque desde mochacho fuy aficionado á la cara-
20 tula, y en mi mocedad se me ivan los ojos tras la farandula. Es-
tando en estas platicas quiso la suerte que llegase uno de la compa-
ñia, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y
en la punta de un palo traya tres bexigas de vaca hinchadas, el qual
moarracho llegandose á Don Quixote comenzó a esgrimir el palo,
25 y á sacudir el suelo con las bexigas, y á dar grandes saltos sonando
los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rozinante, que sin
ser poderoso á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los
dientes dió á correr por el campo con mas ligereza, que jamas pro-
metieron los huesos de su notomia. Sancho, que consideró el pe-
ligro en que iva su Amo de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda
priesa

priesa fue á valerle : pero quando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rozinante, que con su Amo vinó al suelo : ordinario fin y paradero de las lozanias de Rozinante y de sus atrevimientos. Mas á penas huvo dexado su cavalleria Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas saltó sobre el Rucio ; y sacudiéndole con ellas, el miedo, y ruido, mas que él dolor de los golpes le hizo volar por la campaña, hacia el lugar donde ivan á hacer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su Rucio, y la caida de su Amo, y no sabia á qual de las dos necesidades acudiría primero. Pero en efecto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con él el amor de su Señor, que el cariño de su jumento. Puesto que cada vez que veya levantar las bexigas en el aire, y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tartagos y gustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su Asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estaba Don Quixote, harto mas mal trecho de lo que él quisiera, y ayudandole a subir sobre Rozinante, le dixo : Señor, el diablo se ha llevado al Rucio. Que diablo, preguntó Don Quixote ? El de las bexigas, respondió Sancho : Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sigueme Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfare la perdida del Rucio. No ay para que hacer esa diligencia, Señor, respondió Sancho, vuestra merced temple su colera, que segun me parece, ya el diablo ha dexado el Rucio, y buelve á la querencia, y así era la verdad, porque aviendo caido el diablo con el Rucio, por imitar á Don Quixote, y á Rozinante, el diablo se fue á pie al pueblo, y el jumento se bolvió á su amo. Con todo eso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mis-

mo.

mo Emperador. Quite sele á vuestra merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compagnias Reales, y de titulo, que todos, ó los mas en sus trages y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante ala-
bando, aunque le favorezca todo el genero humano, y diciendo esto bolvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo; iva dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y rego-
zijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los
jumentos, y alimañas, que sirven de cavalleria á los escuderos de
los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quix-
ote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando
por las palabras la intencion d'el que las decia, en un instante saltó
la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo car-
retero, y el Angel, sin quedarse la Reina, ni el dios Cupido, y
todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando re-
cibir á Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote
que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levanta-
dos con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo
las riendas á Rozinante, y pusose á pensar de que modo los aco-
metería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo
llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado
esquadron, le dixo: Asaz de locura sería intentar tal empresa,
considere vuestra merced, Señor mio, que para sopa de arroyo, y
tente bonete no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse
y encerrarse en una campana de bronce, y tambien se ha de con-
siderar,

siderar, que es mas temeridad que valentia, acometer un hombre solo á un exercito donde está la Muerte, y pelean en persona Emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos Angeles, y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muevale saber de cierto, que entre todos los que alli estan, aunque parecen Reyes, 5 Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero Andante. Aora si, dixo Don Quixote, has dado Sancho en el punto que puede, y devo mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni devo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A ti, Sancho, toca, si quieres 10 tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces, y advertimientos saludables. No ay para que, Señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabaré con mi Asno, que ponga su ofensa en 15 las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacificamente los dias que los cielos me digren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos á buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo 20 esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue á tomar su Rucio, la Muerte con todo su esquadron volante bolvieron á su carreta, y pro- 25 siguieron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la Carreta de la Muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su Amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado, y Andante Cavallero, de no menos suspension que la pasada.

ordenó su escuadra, que la supieron bien en su marcha.
A la otra parte de la noche, y con suerte, vio la escuadra que
los tres caballos que llevaban el escuadron de su hermano, y sus
Cap. XII. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavaliero de los Espejos.

A noche que siguió al dia del encuentro de la Muerte la pasaron Don Quixote, y su escudero debaxo de unos altos y sombrosos arboles, aviando, á persuasion de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del Rucio, y entre la cena dixo Sancho á su señor: Señor, que tonto huviera andado yo, si huviera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabara antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale paxaro en mano que buytre volando. Toda via, respondió Don Quixote, si tú Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en despojos, por lo menos la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel, ó hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes como lo es la misma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniendola en tu gracia, y por el mismo siguiente á los que las representan, y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la Republica, poniéndonos un espejo á cada pafo delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que avemos de ser como la comedia, y los comediantes: sino dime, no has visto tú

tú representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personages? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontifices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropa que los diferenciavan, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la aya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo menos simplé, y mas discretó. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son esteriles y secas, estercolandolas, y cultivandolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuestra merced ha sido el estiercol que sobre la esteril tierra de mi seco ingenio ha caido; la cultivacion, el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan, ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afeccadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su emienda, porque de quando en quando hablava, de manera que le admirava, puesto que todas, ó las mas veces que Sancho queria

hablar de oposicion, y á lo cortesano acabava su razon, con des-
peñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia,
y en lo que él se mostrava mas elegante y memorioso, era en traer
refranes, viniesen, ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se
5 avra visto, y se avra notado en el discurso desta Historia. En estas
y en otras platicas le les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le
vinó en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como
él decia, quando queria dormir, y desaliñando a Rucio, le dió
10 pasto abundoso, y libre. No quitó la silla á Rozinante, por ser
expreso mandamiento de su Señor, que en el tiempo que anduvie-
sen en campana, ó no durmiesen debaxo de techado no desaliñase á Ro-
zinante, antigua usanza establecida y guardada de los Andantes Ca-
valleros quitar el freno y colgarle del arzon de la silla: pero quitar la
15 silla al caballo, guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libe-
tad que al Rucio, cuya amistad del, y de Rozinante fue tan unica,
y tan travada, que ay fama por tradicion de padres á hijos, que el
autor desta verdadera Historia hizo particulares capitulos della, mas
que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica Historia se
deve, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida
20 deste su presupuesto, y escribe, que así como las dos bestias se jun-
tavan acudían á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y
satisfechos cruzava Rozinante el pescuezo sobre el cuello del Ru-
cio (que le sobrava de la otra parte mas de media vara) y mirando
los dos atentamente al suelo, se folian estar de aquella manera tres
25 dias, alomenos todo el tiempo que les dexavan, ó no les compelia
la hambre á buscar sustento. Digo, que dicen, que dexó el autor
escrito, que los avia comparado en la amistad, á la que tuvieron
Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes, y si esto es así, se podia e-
char de ver (para universal admiracion) quan firme devió ser la
amistad destos dos pacificos animales, y para confusión de los hom-
bres

bres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dixo, no ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanzas, y el otro que cantó, de amigo á amigo la chinche, &c. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en aver comparado la amistad destos animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigueñas el cristel, de los perros el vomito, y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente Sancho se quedó 10 dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robusta encina. Pero poco espacio de tiempo avia pasado, quando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantandose con sobresalto, se puso á mirar, y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á cavallo, y que el uno 15 dexandose derribar de la silla, dixo al otro, apeate, amigo, y quita los trenos á los cavallos, que á mi parecer este sitio abunda de yerva para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos : el decir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que 20 venia armado, manifiesta señal, por donde conoció Don Quixote, que devia de ser Cavallero Andante, y llegandose á Sancho que dormía, le travó del brazo, y con no pequeño trabajo le bolvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo : Hermano Sancho, aventura tenemos : Dios nos la dé buena, respondió Sancho, y adonde está, 25 Señor mio, su merced de esa señora aventura ? Adonde Sancho ? replicó Don Quixote ; buelve los ojos, y mira, y verás alli tendido un Andante Cavallero, que á lo que á mí se me trasluce, no deve de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer

le cruxieron las armas. Pues en que halla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondio Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aqui se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo 5 que parece, templando está un laud, ó viguela, y segun escupe, y se desembaraza el pecho, deve de prepararse para cantar algo. A buena fé que es así, respondio Sancho, y que deve de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchemosle, que por el hilo sacaremos 10 el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su Amo: pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvo, y estando los dos atonitos, oyeron que lo que cantó fue este.

15

S O N E T O.

Dadme, Señora, un termino que siga
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto del desdiga.
20 Si gustais, que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado,
Si quereys que os la cuente en desfalso
Modo, baré, que el mesmo amor la diga.
A prueva de contrarios estoy becho,
25 De blanda cera, y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando qual es, ó fuerte, ofrezco el pecho
Entallado, imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con

Con un ay arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el Cavallero del bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata mujer del orbe, como que sera posible, Serenisima Casilda de Vandalia, que has de consentir, que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos y duros trabajos este tu cautivo Cavallero? No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Eso no, dixo á esta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni devia confesar una cosa tan prejudicial á la belleza de mi Señora, y este tal Cavallero ya vees tú, Sancho, que desvaria: pero escuchemos, quiza se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que termino lleva de quexarse un mes á reo. Pero no fue así, porque aviendo entreido el Cavallero del bosque que hablaban cerca dél, fin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora y comedida: Quien va allá? que gente? es por ventura de la del numero de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lleguese á mí, respondió él del bosque, y hará cuenta, que se llega á la misma tristeza, y á la afición misma. Don Quixote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El Cavallero lamentador asió á Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, Señor Cavallero, que para entender que lo soys, y de los que profesan la Andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos, y propias estancias de los Cavalleros Andantes. A lo que respondió Don Quixote, Cavallero soy, y de la profesion que decis, y aunque en mi alma tienen su propio asiento

ento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las agenas desdichas: de lo que contaste poco ha, colegí, que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya quando esto pasavan, estavan sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañia, como si al romper del dia no se huvieran de romper las cabezas. Por ventura, señor Cavallero, preguntó él del bosque á Don Quixote: Soys enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se devén tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó él del bosque, sino nos turbasen la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas. Nunca fuy desdeñado de mi Señora, respondió 15 Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que alli junto estava) porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es vuestro escudero este, preguntó el del bosque? Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó él del bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor, a 20 lomenos ay está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se provará que aya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun, quedese aquí que es peor meneallo. El escudero del bosque asió por el brazo á Sancho, diciendole: Vamonos los dos 25 donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos á estos señores amos nuestros, que se den de las hasta, contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le dire á vuestra merced quien soy, para que vea, si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos.

cuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que pasó entre sus señores.

Cap. XIII. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque con el discreto, nuevo, y suave coloquio que pasó entre los dos Escuderos.

Divididos estavan Cavalleros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores : pero la Historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos, y así dice, que apartándose un poco dellos él del bosque 10 dixo á Sancho : Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de Cavalleros Andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. También se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de 15 nuestros cuerpos, porque quien mas calor, y mas frio que los miserables escuderos de la Andante Cavalleria, y aun menos mal si comieramos, pues los duelos con pan son menos : pero tal vez ay, que se nos pasa un dia, y dos, sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. Todo eso se puede llevar, y conllevar, dixo él del bosque 20 qué, con la esperanza que tenemos del premio, porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero Andante, á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso govierno de qual que isula, ó con un Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi Amo, que me 25 contento con el govierno de alguna isula, y él es tan noble, y tan

obnusap

M

liberal,

liberal, que me le ha prometido muchas, y diversas veces. Yo,
dijo él del bosque, con un Canonicato quedare satisfecho de mis
servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de ser,
dijo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero á lo Eclesiastico,
y podra hacer esas mercedes á sus buenos escuderos: pero el mio es
meramente lego, aunque yo me acuerdo quando le querían acon-
sejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas,
que procurase ser Arzobispo: pero él no quiso sino ser Empera-
dor, y yo estava entonces temblando, si le venia en voluntad de
ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por
ella, porque le hago saber á vuestra merced, que aunque parezco
hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que
lo yerra vuestra merced, dijo él del bosque, á causa que los goviernos
insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algu-
nos pobres, algunos melancolicos, y finalmente el mas erguido y
bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de
incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le
cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que profesamos esta
maldita servidumbre, nos retirasemos á nuestras casas, y allí nos
entretuviésemos en exercicios mas suaves, como si dixésemos, ca-
zando, ó pescando, que que escudero ay tan pobre en el mundo,
á quien le falte un rozin, y un par de galgos, y una caña de pes-
car, con que entretenerse en su aldea? A mi no me falta nada
deso, respondió Sancho, verdad es que no tengo rozin: pero tengo
un asno, que vale dos veces mas que el cavallo de mi Amo. Mala
Pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por
él, aunque me diesen quatro fanegas de cebada encima: á burla
tendra vuestra merced el valor de mi Rucio, que rucio es el color
de mi jumento. Pues galgos no me avian de faltar, aviendolos so-
brados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas gustoña,
quando

quando se hace á costa agena. Real y verdaderamente, respondió él del bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dexar estas borracherias destos Cavalleros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. Y que edad tiene esa señora, que se cria para Condesa? preguntó él del bosque. Quince años dos mas á menos, respondió Sancho: pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas respondió él del bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. O hideputa puta, y que rejo deve de tener la vellaca! A lo que respondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo sera ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablese mas comedidamente; que paraaverse criado vuesa merced entre Cavalleros Andantes, que son la misma cortesia, no me parecen muy concertadas esas palabras. O que mal se le entiende á vuesa merced, replicó él del bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! Como, y no sabe que quando algun Cavallero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ó hideputa puto, y que bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable, y renegad vos, señor, de los hijos, ó hijas, que no hacen obras, que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y dese modo, y por esa misma razon podia echar vuestra merced á mí, y á mis hijos, y á mi muger toda una putería encima, porque todo quanto hacen y dicen son estremos dignos de semejantes alabanzas, y para bolverlos á ver, ruego yo á Dios me saque de pecado mortal,

que lo mesmo sera, si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aquí, alli, acá no, 5 fino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece, que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con el, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Principe, y el rato que en esto pienso se me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi Amo, de quien sé, que 10 tiene mas de loco que de Cavallero. Por eso, respondió él del bosque, dicen, que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos, no ay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen, cuidados agenos matan al asno, pues porque cobre otro Cavallero el juicio, que ha perdido, se hace el loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los holzicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo él del bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y él lo dirá 15 antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ó barranco, en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas; mas acompañados, y paniaguados deve de tener la locura que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos, 20 suele servir de alivio en ellos, con vuestra merced podre consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió él del bosque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho, digo que no tiene nada de vellaco, antes tiene una alma como un cantaro, no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna, un

niño

niño le hará entender, que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amano á dexarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dixo él del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y bolvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. 5

Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca, lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Pareceme, que de lo que hemos hablado 10 se nos pegan al paladar las lenguas: pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantandose, bolvió desde allí á un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió 15 ser de algun cabrón, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo. Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues que se pensava? respondió el otro: soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, 20 sin hacerse de rogar, y tragava á escuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuestra merced si que es escudero fiel, y legal, moliente, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, que sino ha venido aquí por arte de encantamiento, parecelo al- 25 menos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener, y

sustentar

sustentar sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi te, hermano, replicó él del bosque, que yo no tengo hecho el estomago á tagarninas, ni á piruetanos, ni á raices de los montes, allá se lo ayan con sus opiniones y leyes cavallerescas nuestros amos, 5 y coman lo que ellos mandaren, fiambresas traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por si, ó por no, y es tan devota mia, y quiero la tanto, que pocos ratos se pasan, sin que la dé mil besos, y mil abrazos, y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el qual empinandola puesta á la boca, estuvo mirando 10 las estrellas un quarto de hora, y en acabando de bever dexó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dixo: O hideputa, vellaco, y como es Catolico! Veis ay, dixo él del bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, como aveis alabado este vino, lla- 15 mandole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso, que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real. Bravo moxon, respondió él del bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dixo 20 Sancho, no tomeis menos, sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome á oler qualquiera, acierto la patria, el li- 25 nage, el sabor, y la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravil- larse, si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas ex- celentes moxones que en luengos años conoció la Mancha, para prueva de lo qual les sucedió, lo que áora dire. Dieronles á los dos á provar del vino de una cuba, pidiéndolessu parecer del estado, calidad, bondad, ó malicia del vino: el uno lo provó con la punta

de

de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dixo, que aquel vino sabia á hierro, el segundo dixo, que mas sabia á cordovan, el dueño dixo, que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviese tomado favor de hierro, ni de cordovan. Con todo eso los dos famosos moxones se afirmaron en lo que avian dicho. Anduvio el tiempo, vendiose el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequena, pendiente de una correa de cordovan. Porque vea vuestra merced si quien viene desta ralea podra dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo él del bosque, que 10 nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamonos á nuestras chozas, que alli nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi Amo llegue á Zara- goza le servire, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron, y tanto bevieron los dos buenos ef- 15 cuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y tem- plarles la sed, que quitarsela fuera imposible, y asi asidos entrambos de la ya casi vacia bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexaremos por aora, por contar lo que el Cavallero del bosque pasó con él de la triste figura.

Cap. XIV. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque.

ENtre muchas razones que pasaron Don Quixote y el Ca- vallero de la selva, dice la Historia, que él del bosque dixo á Don Quixote: Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ó por mejor decir mi elección, me truxo á en- 25 morar de la fin par Casilda de Vandalia; llamola fin par, porque

no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del
 estado, y de la hermosura. Esta tal Casilda pues, que voy con-
 tando, pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con ha-
 cerme ocupar como su madrina á Hercules, en muchos y diversos
 5 peligros, prometiendome al fin de cada uno, que en el fin del otoño
 llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis
 trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el ultimo,
 que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez
 10 me mandó, que fuese á desafiar á aquella famosa Giganta de Sevilla,
 llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de
 bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas móvil, y voltaria
 mujer del mundo. Llegué, vila, y vencida, y hice la estatua queda,
 y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos
 15 Nortes. Vez tambien huvo, que me mandó fuese á tomar en peso
 las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa
 mas para encomendarse a ganapanes, que a Cavalleros: otra vez
 me mandó, que me precipitase y sumiese en la Sima de Cabra, pel-
 20 ligro inaudito y temeroso, y que le truxese particular relación de
 lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el mo-
 vimiento á la Giralda, pese los Toros de Guisando, despenéme en
 la Sima, y saque á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas
 muertas, que muertas! y sus mandamientos, y desdenez vivos,
 que vivos! En resolucion, ultimamente me ha mandado, que dis-
 curra por todas las Provincias de España, y haga confesar á todos
 25 los Andantes Cavallaros que por ellos vagaren, que ella sola es la
 mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el
 mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en
 cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella
 he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido á contradecirme.
 Pero de lo qua yo mas merecio y ufano, es de aver vencido en
 singular

singular batalla á aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confesar, que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea, y en solo este vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido á todos, y aviendole yo vencido á él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado, así que ya corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oir al Cavallero del bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua : pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dixo. De que vuesa merced, señor Cavallero, aya vencido á los mas Cavalleros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada : pero de que aya vencido á Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda, podría ser, que fuese otro que le pareciese, aunque ay pocos que le parezcan. Comó no ? replicó él del bosque, por el cielo que nos cubre, que pelee con Don Quixote, y le venci, y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo cerba, de vigotes grandes negros, y caidos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la triste figura, y trae por escudero á un labrador, llamado Sancho Panza ; oprime el lomo, y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rozinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarse Casilda, y ser de la Andalucia, yo la llamo Casildea de Vandalia : si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada que la hará dar credito á la misma incrudelidad. Sosegaos, señor Cavallero,

vallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que decir os quiero. A-veis de saber, que ese Don Quixote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podre decir, que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que d'el me a-
5 veis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que aveis vencido; por otra parte uco con los ojos, y toco con las manos no ser posible ser él mismo, si ya no fuese, que como él tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de ordinario le persigue) no aya alguno dellos tomado su figura, para
10 dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas cavallerias le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores, sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del To-
15 bosco en una aldeana soez y baxa, y desta manera avran transformado á Don Quixote, y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quixote que la sustentará con sus armas á pie, ó á cavallo, ó de qualquiera suerte que os agradare; y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó la
20 espada, esperando, que resolucion tomaría el Cavallero del bosque, el qual con voz así mismo sosegada, respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas, él que una vez, señor Don Quixote, pudo vencerlos transformado, bien podra tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que
25 los Cavalleros hagan sus fechos de armas ascuras como los salteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga d'el, todo lo que quisiere, con tal que sea decente á Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, res-
pondió

pondió Don Quixote, y en diciendo esto se fueron donde estavan sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estavan quando les salteó el sueño. Despertaronlos, y mandaronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el Sol avian de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla, á cuyas 5 nuevas quedó Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su Amo, por las valentias que avia oido decir del suyo al escudero del bosque: pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos, y el Rucio se avian oido, y estavan todos juntos. 10

En el camino dixo él del bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucia, quando son padrinos de alguna pendencia no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen, digolo. porque este advertido, que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear, y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr, y pasar, con los rusianes, y peleantes que dice: pero con los escuderos de los Cavalleros Andantes ni por pienso. Alomenos yo no he oido decir á mi Amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la Andante Cavalleria. Quanto mas que yo quiero que sea verdad, y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean: pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena, que estuviera puesta á los tales pacificos escuderos que yo aseguro, que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podre gastar en curarme la cabeza, que ya me lauento por partida, y dividida en dos partes: ay mas que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dixo el del bosque, yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de

un mismo tamaño, tomareys vos la una, y yo la otra, y riñiremos á talegazos con armas iguales. Dessa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro,
5 porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, que martas cebollinas, ó que copos de algodon
10 cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos: pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allá se lo ayan, y bevamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites,
15 para que se acaben antes de llegar su sazon y termino, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó él del bosque, hemos de pelear si quiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no sere yo tan descortés, ni tan desagradecido, que con quien he comido y
he bevido trabe question alguna, por minima que sea, quanto mas
20 que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dixo él del bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuestra merced y le dare tres, ó quatro bofetadas que dé con él á mis pies, con las quales le haré despertar la
25 colera, aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte
fíe yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga, cogere yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue á despertarme la colera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se iabe, que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno
mire

mire por el virote. Aunque lo mas acertado sería dexar dormir su colera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que buelve tresquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas, porque si un gato acosado encerrado, y apretado se buelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré bolverme, y así desde aora intimo á vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. 5 Está bien, replicó él del bosque, amanecera Dios, y medraremos en esto. el obsequio y el oxido

Ya comenzavan á gorgear en los arboles mil suertes de pintados 10 paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos, parecia quo davan la norabuena, y saludavan á la fresca Aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iva descubriendo la hermosura de su rostro, facudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañandose las yervas, parecia así mismo ellas bro- 15 tavan y llovían blanco y menudo aljo ofar: los sauces destilavan ma- ná fabroso, reyanse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegra- vanse las telvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas á penas dió lugar la claridad del dia, para ver y diferenciar las cosas, quando la primera, que se otrecio á los ojos de Sancho Panza, fue 20 la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuentase en efecto, que era de demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de Berengena, baxavale dos dedos mas abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas, y encorvamiento, 25 así le afectavan el rostro, que en viendole Sancho, comenzó á herir de pie, y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su cora- zon de dexarse dar docientas bofetadas, antes que despertar la co- lera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró á su con- tendor, y hallóle ya puesta, y calada la cclada, de modo que no le

puso

pudo ver él rostro: pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traya una sobrevista, ó casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandientes espejos, que le hacían en 5 grandísima manera galan y vistoso, volavánle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas, la lanza que tenía arrimada á un arbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo, todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado, que el ya dicho Cavallero devia de ser de grandes fuerzas: pero no por eso temió como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los espejos: Si la mucha gana de pelear, señor Cavallero, no os gasta la cortesía, por ella os pido, que alceys la visera un poco, porque yo vea, si la gallardia de vuestro rostro responde á la de vuestra 10 posición, ó vencido, ó vencedor que salgays desta empresa. Señor Cavallero, respondió él de los espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme, y si aqua no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarne la visera sin 15 20 haceros confesar lo que ya sabeys que pretendo. Pues en tanto que subimos á cavallo, dixo Don Quixote, bien podeys decirme, si soy yo aquel Don Quixote, que dixistes aver vencido. A eso vos respondemos, dixo él de los espejos, que pareceys, como se parece un huevo á otro, al mismo Cavallero, que yo vencí: pero segun vos decis que le persiguen encantadores no osare afirmar, si soys el contenido, ó no. Eso me basta á mí, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el vencido

cido Don Quixote que pensais. Con esto acortando razones subieron á cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas á Rozinante para tomar lo que convenia del campo para bolver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo él de los espejos : pero no se avia apartado Don Quixote veinte pasos quando se oyó llamar del de los espejos, 5 y partiendo los dos el camino, él de los espejos le dixo : Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió Don Quixote, con tal, que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de 10 los limites de la Cavalleria. Así se entiende, respondió el de los espejos. Ofrecieronsele en esto a la vista de Don Quixote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgo por algun monstro, ó por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió 15 partir á su Amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ó del miedo tendido en el suelo, y fuese tras su Amo asido á una acción de Rozinante, y quando le pareció, que ya era tiempo que 20 bolviese, le dixo : Suplico á vuestra merced, Señor mio, que antes que buelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel Alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieras encaramar y 25 subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices.

En

En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó él de los espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo, que lo mismo avría hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, bolvió 5 las riendas á su caballo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y á todo su correr (que era un mediano trote) iva á encontrar á su enemigo: pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podía 10 moverse. Don Quixote que le pareció, que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trashijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la Historia, que esta sola vez se conoció aver corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trote declarados, y con esta no vista furia llegó 15 donde él de los espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde avia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quixote á su contrario embarazado con su caballo, y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo 20 lugar de ponerla en ristre. Don Quixote que no mirava en estos inconvenientes, á salvamano, y sin peligro alguno encontró al de los espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo, por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pie ni mano dio señales de que estaba muerto.

25 A penas le vió caido Sancho, quando se deslizó del alcornoque, y á toda prisa vinó donde su Señor estaba, el qual apeandose de Rozinante fue sobre él de los espejos, quitandole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire, si á caso estaba vivo; y vió: quien podra decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla, y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la

Historia,

Historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomia, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió en altas voces dixo: Acude, Sancho, y míra lo que has de ver, y no lo has de creer, aquí ja hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechizeros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil Cruces, y a santi-guarse otras tantas: en todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo a Don Quixote: Soy de parecer, Señor mio, que por si, ó por no, vuesa merced hihque, y rometa la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quiza matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso, y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los espejos, ya sin las narices, que tan feo le avian hecho, y á grandes voces, dixo: Mire vuesa merced lo que hace, Señor Don Quixote, que lese que tiene á los pies es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero. Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le diko: Y las narices? A lo que él respondió: Aqui las tengo en la fal-driquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta, y barniz de mascara, de la manufactura que quedan delineadas, y mirandole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y valme, este no es Tomé Cecial mi vecino, y mi compadre! Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os dire los arcaduces, embustes, y caredos, por donde soy aquí venido, y en tanto pedid, y suplicad al Señor vuestro Amo que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal acon-

sejado el Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto bolvió en sí el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo : **Muerto sois, Cavallero, fino confesays, que la fin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y démas de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caida, quedaredes con vida) de ir á la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dexare en la vuestra, así mismo aveis de bolver á buscarme: que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubieredes pasado, condiciones, que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la Andante Cavalleria.** Confieso, dixo el caido Cavallero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la Señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir, y bolver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confesar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que vencistes, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, fino otro que se le parecia, como yo confieso, y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo soys, fino otro que le parece, y que en su figura á que me le han puesto mis enemigos para que detenga y temple el impetu de mi colera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creeys, juzgais, y sentis, respondió el derrengado Cavallero. Dexad me levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote, y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le davan manifiestas

tas señales, de que verdaderamente era el Tomé Cecial, que decia, mas la aprehension que en Sancho avia hecho lo que su Amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexava dar credito á la verdad, que con los ojos estava mirando. Finalmente se quedaron con este engaño, Amo, y mozo: y él de los espejos, y su escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho bolvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la Historia, por dar 10 cuenta de quien era el Cavallero de los Espejos, y su narigante Escudero.



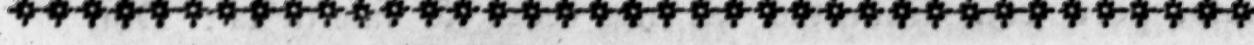
Cap. XV. Donde se cuenta, y da noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero.

EN estremo contento, ufano, y vanaglorioso 15 iva Don Quixote, por aver alcanzado vitoria de tan valiente Cavallero como él se imaginava, que era él de los Espejos, de cuya cavalleresca palabra esperava saber, si el encantamiento de su Señora pasava adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le huviese sucedido: pero uno pensava Don Quixote, y otro él de los espejos. Puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la Historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quixote que bolviese á proseguir sus dexadas Cavallerias, fue, por aver entrado 20 25 primero en bureo con el Cura, y el Barbero, sobre que medio se

podría tomar, para reducir á Don Quixote, á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto común de todos, y parecer particular de Carrasco, que dexasen salir á Don Quixote, 5 pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como Cavallero andante, y travase batalla con él, pues no faltaría sobre que, y le venciese, teniendolo por cosa facil, y que fuese pacto y concierto, que el vencido quedase á merced del vencedor, y así vencido Don Quixote le avia de mandar él Bachiller. 10 Cavallero se bolviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la Cavalleria, y podría ser, que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó 15 se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas, y de mascara ya di- 20 chas, porque no fuese conocido de su compadre, quando se viesen : y así siguieron el mismo viage que llevava Don Quixote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la Muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque donde les sucedió todo lo que el prudente ha leido, y sino fuera por los pensamientos extraordina- 25 rios de Don Quixote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedará imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos donde pensó hallar paxaros. Tomé Cecial que vió, quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachiller : Por cierto, Señor Sansón Carrasco, que tene- mos

mos nuestro merecido: con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuefa merced queda molido y triste. Sepamos pues aora qual es mas loco él que lo es por no poder menos, ó él que lo es por su voluntad? 5 A lo que respondió Sansón, la diferencia que ay entre esos dos locos es, que él que lo es por fuerza, lo sera siempre, y el que lo es de grado lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fuy por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y 10 bolverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sansón, porque pensar que yo he de bolver á la mia, hasta aver molido á palos á Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevará aora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron á un pueblo donde fue ventura hallar un Algebrista con quien se curó el Sansón desgraciado: Tomé Cecial se bolvió, y le dexó, y él quedó imaginando su venganza, y la Historia buelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regozijarse aora con 2 Don Quixote.





Cap. XVI. De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.

CON la alegría, contento, y ufanidad, que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginandose por la pasada victoria ser el Cavallero Andante mas valiente que tenía en aquella edad el mundo: dava por acabadas, y á felice fin conducidas, quanta aventuras pudiese sucederle de alli adelante: tenía en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordava de los innumerables palos que en el discurso de sus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradocimiento de los Galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente decia entre sí, que si el hallara arte, modo, ó manera, como desencantar á su Señora Dulcinea no envidiara á la mayor ventura que alcanzó, ó pudo alcanzar el mas venturoso Cavallero Andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iva todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, Señor, que aun toda via traigo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial. Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé, que las señas que me dió de mi casa, muger, y hijos, no me las podría dar otro que el mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: Ven acá,

acá, en que consideracion puede caber, que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como Cavallero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas á pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? He le dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama, que yo por ellas he ganado? Pues que diremos, Señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea él que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo 10 es artificio y traza, respondió Don Quixote, de los malignos Magos, que me persiguen, los quales anteviendo que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron, de que el Cavallero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada, y 15 el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el, que con embelecos y falsias procurava quitarme la mia. Para prueba de lo qual ya sabes, ó Sancho, por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quan facil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso 20 feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural conformidad; y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca, y mas que el perverso encantador, que se atrevió á hacer 25 una transformacion tan mala, no es mucho, que aya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me confuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho,

y como

y como él sabia que la transformacion de Dulcinea avia sido traza, y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su Amo: pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

5 En estas razones estavan, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo, el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta, así 10 mismo de morado y verde, traya un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahali de verde, y oro, y los borzegujes eran de la labor del tahali, las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor, que si fuera de oro puro. Quando llegó á 15 ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasava de largo: pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiría en que nos fuesemos juntos. En verdad, respondió él de la yegua, que no me pasara tan de largo, 20 sino fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, Señor, respondio á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo, jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se des- 25 mandó á hacerla, la lastamos mi Señor y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse si quiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la apositura y rostro de Don Quixote, el qual iva sin celada, que la llevava Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del Rucio: y si mucho mirava él de lo verde á Don Quixote, mucho mas

mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad mostrava ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave, finalmente en el traje y apostura dava á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha él de lo verde fue, que semejante manera, ni parecer de hombre no le avia visto ja-
mas, admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y com-
postura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en a-
quella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion, con que el ca-
minante le mirava, y leyóle en la suspension su deseo, y como era
tan cortés, y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase
nada le salió al camino, diciéndole: Esta figura que vuesa merced
en mí ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comun-
mente se usan, no me maravillaría yo de que le huviese maravil-
lado: pero dexara vuesa merced de estarlo, quando le diga, como
le digo, que soy Cavallero, destos, que dicen las gentes, que á sus
aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi
regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen
donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta Andante 20
Cavalleria, y ha muchos dias que tropezando aqui, cayendo alli,
despeñandome acá, y levantandome acullá, he cumplido gran parte
de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreci-
endo casadas, huérfanos, y pupilos, propio y natural oficio de
Cavalleros Andantes, y así por mis valetosas muchas y Christia- 25
nas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas, ó las
mas naciones del mundo: treinta mil volumenes se han impreso
de mi Historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de
millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente por encerrarlo
todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que yo soy Don Quix-

ote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la triste figura ; y puesto que las propias alabanzas envilecen, es me forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende, quando no se halla presente, quien las diga : así que, señor gentilhombre, ni 5 este cavallo, esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, aviendo ya sabido quien soy, y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote, y él de lo verde, segun se tardava en responderle, parecia, que 10 no acertava á hacerlo : pero de alli á buen espacio le dixo : Acer-
tastes, señor Cavallero, á conocer por mi suspension mi deseo : pe-
ro no aveis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el
averos visto, que puesto, que como vos, señor, decis, que el saber
ya quien soys, me lo podría quitar, no ha sido así, antes agora que 15
lo sé, quedo mas suspenso, y maravillado. Como, y es posible,
que ay oy Cavalleros Andantes en el mundo ? y que ay historias
impresas de verdaderas Cavallerias ? No me puedo persuadir, que
aya oy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni
honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vue-
sa 20 merced no lo huviera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que
con esa historia que vuestra merced dice, que está impresa de sus al-
tas y verdaderas Cavallerias se avran puesto en olvido las inume-
rables de los fingidos Cavalleros Andantes, de que estaba lleno el
mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio
25 y descredito de las buenas historias. Ay mucho que decir, respon-
dió Don Quixote, en razon de si son fingidas, ó no las historias de
los Andantes Cavalleros. Pues ay quien dnde, respondió el verde,
que no son falsas las tales historias ? Yo lo dudo, respondió Don
Quixote, y quedese esto aquí, que si nuestra jornada dura, es-
pero en Dios, de dar á entender á vuestra merced, que ha hecho

mal

mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. Desta ultima razon de Don Quixote, tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote devia de ser algun mentecato, y aguardava que con otras lo confirmase: pero antes que se divertiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó, le 5 dixese, quien era, pues él le avia dado parte de su condicion, y de su vida; á lo que respondió él del verde gavan: Yo, señor Caballero de la triste figura, soy un Hidalgo, natural de un lugar donde iremos á comer oy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda, pase la vida 10 con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: mis exercicios son el de la caza, y pesca; pero no mantengo ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ó algun huron atrevido, tengo hasta seys docenas de libros, quales de Romance, y quales de Latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de Cavallerias 15 aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguage, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que destos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los 20 combido: son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento, que delante de mí se murmurre: no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros, oigo Misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi co- 25 razon á la hipocresia, y vanaglorja, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé, que estan desavenidos. Soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Attentisimo estuvo Sancho á la relacion de la vida, y entretenimi-

entos del Hidalgo, y pareciendole buena y santa, y que quien la hacía, devia de hacer milagros, se arrojó del Rucio, y con gran priesa le fue á asir del estrivo derecho, y con devoto corazon, y casi lagrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo qual
5 por el Hidalgo, le preguntó, que haceis, hermano ? que besos son estos ? Dexenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador, vos si, hermano, que deveys de ser bueno, como vuestra
10 simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho á cobrar la albarda, avi-endo sacado á plaza la risa de la profunda melancolia de su Amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote, que quantos hijos tenía, y dixole, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Filosofos, que carecieron del
15 verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la natura-
leza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el Hi-
dalgo tengo un hijo que á no tenerle, quiza me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no
20 es tan bueno como yo quisiera, será de edad de diez y ocho años,
los seys ha estado en Salamanca, aprendiendo las lenguas Latina,
y Griega, y quando quise que pasase á estudiar otras ciencias, hal-
lele tan embevido en la de la poesia (si es, que se puede llamar ci-
encia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes (que yo qui-
25 siera que estudiara) ni de la Reina de todas la Theologia : quisiera
yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo, donde
nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras :
porque letras sin virtud son perlas en el muladar ; todo el dia se le
pasa en averiguar, si dixo bien, ó mal Homero en tal verso de la
Iliada, si Marcial anduvo deshonesto, ó no, en tal Epigrama, si

se

se han de entender de una manera, ó otra, tales, y tales versos de Virgilio. En fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesia de Romance, le 5 tiene agora desvanecidos los pensamientos, el hacer una glosa á quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso, que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote : Los hijos señor son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos, ó malos, que sean, como se quieren las 10 almas que nos dan vida : á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas y Christianas costumbres, para que quando grandes sean baculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien esta, ó aquella ciencia no lo tengo por a- 15 certado, aunque el persuadirles no sera dañoso, y quando no sea de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dexen, sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia, á que mas le vieren inclinado, y aunque la de la poesia es menos util que deleitable, no es de a- 20 quellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesia, Señor Hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna, y de poca e- dad, y en todo estremo hermosa ; á quien tienen cuidado de enri- quecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las 25 otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de au- torizar con ella : pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la bolverá en oro purisimo de inestimable precio, ha la de tener él que la tuviere á raya, no dexandola

dexandola correr en torpes satiras, ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicas, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo incapaz de conocer, ni estimar los tesoros que en ella se encierran: y no penseys, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya, y humilde, que todo aquél que no sabe, aunque sea Señor y Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo, y así él que con los requisitos que he dicho tratare, y tuviere á la poesia, sera famoso y estimado su nombre en todas las naciones politicas del mundo. Y á lo que decis, Señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de Romance, doyme á entender, que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta. El grande Homero no escribió en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escribió en Griego, porque era Latino. En resolucion todos los Poetas antiguos escrivieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razon sería, se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el Poeta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcayno que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (á lo que yo, Señor, imagino) no deve de estar mal con la poesia de Romance, sino con los Poetas que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y desperten, y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro. Porque segun es opinion verdadera, el Poeta nace, quieren decir, que del vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que hace verdadero al que dixo, *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al

Poeta,

Poeta, que sólo por saber el arte quisiere serlo: la razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, fino perfisionala, así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo Poeta. Sea pues la conclusion de mi platica, Señor Hidalgo, que vuesa merced dexe caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como deve de ser, y aviendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por si mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa y espada, y así le adornan, 10 honran, y engrandecen, como las mitras á los Obispos, ó como las garnachas á los peritos Jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo, si hiciere satiras, que perjudiquen las horas agenas, y castiguele, y rompaselas: pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente 15 él lo hizo, alabele, porque licito es al Poeta escrivir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna: pero ay Poetas que á trueco de decir una malicia, se pondran á peligro que los destierren á las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus 20 costumbres, lo será tambien en sus versos; la pluma es lengua del alma: quales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y quando los Reyes y Príncipes veen la milagrosa ciencia de la poesia en sujetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las 25 hojas del arbol, á quien no ofende el rayo, como en señal, que no han de ser ofendidos de nadie los, que con tales coronas veen honrados, y adornadas sus sienes. Admirado quedó él del Verde Gaván del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad

desta

desta platica Sancho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado del camino, á pedir un poco de leche á unos pastores que alli junto estavan, ordenando unas ovejas, y en esto ya bolvia á renovar la platica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion y buen 5 discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vio que por el camino por donde ellos ivan venia un carro lleno de vanderas Reales, y creyendo que devia de ser alguna nueva aven-
tura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada. El qual Sancho oyendose llamar, dexó á los pastores, y á toda priesa 10 picó al Rucio, y llegó donde su Amo estaba, á quien sucedió una es-
pantosa y desatinada aventura.

Cap. XVII. De donde se declaró el ultimo punto y estremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felicemente acabada Aventura de los Leones.

15 **C**uenta la historia, que quando Don Quixote dava voces á San-
cho, que le truxese el yelmo, estaba él comprando unos re-
quesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa
de su Amo, no supo que hacer dellos, ni en que traerlos, y por
no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la
20 celada de su Señor, y con este buen recado bolvió á ver lo que le
queria, el qual en llegando le dixo: Dame, amigo, esa celada,
que yo sé poco de aventuras, ó lo que alli descubro es alguna, que
me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas; él del Ver-
de Gavan, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no des-
25 cubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venia con dos ó tres
vanderas pequeñas, que le dieron á entender, que el tal carro devia
de

de traer moneda de su Magestad, y así se lo dixo á Don Quixote : pero él no le dió credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediese avian de ser aventuras, y mas aventuras, y así respondió al Hidalgo : Hombre apercibido medio combatido ; no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y bolviéndose á Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso darsela como estaya. Tomóla Don Quixote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo á Sancho, que será esto, Sancho ? que parece que se me ablandan los casclos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza, y si es que sudo, en verdad, que no es de miedo, sin duda creo, que es terrible la aventura que agora quiere sucederme, dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con el gracias á Dios, de que su Señor no huviese caido en el caso. Limpióse Don Quixote, y quitose la celada, por ver que cosa era la que á su parecer le enfriava la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliendo las dixo : por vida de mi Señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor vergante, y mal mirado escudero, á lo que con gran flemá, y disimulacion respondió Sancho : Si son requesones, déme los vuesa merced, que yo me los comere : pero comalos el diablo, que devió de ser él que ay los puso. Yo avia de tener atrevimiento de entuciar el yelmo de vuesa merced ! halladole aveis el atrevido. A la té, Señor, á lo que Dios me da á entender,

entender, tambien devo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuestra merced, y avran puesto ay esa inmundicia, para mover á colera su paciencia, y hacer, que me muera como suele las costillas. Pues en verdad que esta
 5 vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que avra considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusefria en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo
 Don Quixote, y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo se admirava,
 10 especialmente quando, despues de averse limpiado Don Quixote
 cabeza, rostro, y barbas, y celada se la encaxó, y afirmando se
 bien en los estrívos requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo:
 Aora venga lo que viniere, que aquí estoy con animo de tomarme
 con el mismo Satanás en persona.

15 Llegó en esto el Carro de las vanderas, en el qual no venia otra
 gente que el Carretero en las mulas, y un hombre sentado en la
 delantera. Pasose Don Quixote delante, y dixo: Adonde vays,
 hermanos, que carro es este, que llevays en el, y que vanderas
 son aquellas? A lo que respondió el Carretero, el carro es mio,
 20 lo que va en el son dos bravos Leones enjaulados, que el General de
 Oran embia á la Corte presentados á su Magestad, las vanderas son
 del Rey nuestro Señor, en señal que aquí va cosa suya. Y son gran-
 des los Leones? preguntó Don Quixote: Tan grandes, respondió
 el hombre, que iva á la puerta del carro, que no han pasado mayo-
 25 res, ni tan grandes de África á España jamas, y yo soy el Leonero,
 y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y ma-
 cho; el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras,
 y aora van hambrientos, porque no han comido oy, y así vuestra
 merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos
 de comer. A lo que dixo Don Quixote (sorprendose un poco)

leon-

Leoncitos á mí, á mí Leoncitos? y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los embian, si soy yo hombre que se espanta de Leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el Leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer, quien es Don Quixote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores, que á mí los embian. Ta, ta, dixo á esta sazon entre si el Hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen Cavallero, los requesones sin duda le han ablandado los cascós, y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y dixole: Señor, por quien Dios es que vuestra merced haga de manera, que mi Señor Don Quixote, no se tome con estos Leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. Pues tan loco es vuestro Amo, respondió el Hidalgo, que teméis, y creeis, que se ha de tomar con tan fieras animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré, que no lo sea, replicó el Hidalgo, y llegandose á Don Quixote, que estaba dando prisa al Leonero que abriese las jaulas, le dixo: Señor Cavallero, los Cavalleros Andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza be salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan: porque la valentia que se entra en la juridicion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza: Quanto mas que estos Leones no vienen contra vuestra merced, ni lo suenan, van presentados á su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Vayase, vuestra merced, señor Hidalgo, respondió Don Quixote, á entender con su perdigon manso, y con su hurtado atrevido, y dexé á cada uno hacer su oficio, este es el mio, y yo sé, si vienen á mí, ó no, estos señores Leones: y bolviendose al Leonero, le dixo: Voto á tal, Don Vellaco, que sino abris luego, luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El Carretero que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le

dixo: Señor mio, vuestra merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desvainen los Leones, porque si me las matan quedare rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. O hombre de poca fé, respondió Don Quixote, apeate, y desunce, y haz lo que quieres, que presto verás, que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeóse el Carretero, y desunció á gran priesa, y el Leonero dixo á grandes voces, seanme testigos quantos aquí estan, como contra mi voluntad, y forzado, abro las jaulas, y suelto los Leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya por su cuenta con mas mis salarios y derechos: vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy, que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el Hidalgo, que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hacía: Respondióle el Hidalgo, que lo mirase bien, que el entendia, que se engañava. Aora, Señor, replicó Don Quixote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y pongase en salvo. Oido lo qual por Sancho con lagrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los Molinos de viento, y la temerosa de los Batanes: y finalmente todas las hazañas que avia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, Señor, decia Sancho, que aquí no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de Leon verdadero, y saco por ella, que el tal Leon, cuya deve de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedoalomenos, respondió Don Quixote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate Sancho, y dexame,

dexamé, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera él del Verde Gavan oponerse, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo avia parecido de todo punto Don Quixote: el qual bolviendo á dar priesa al Leonero, y á reiterar las amenazas dió ocasión al Hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el Carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del Carro lo mas que pudiesen, antes que los Leones se desembanastasen. Llorava Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creya, que llegava en las garras de los Leones, maldecia su ventura, y llamava menguada la hora en que le vinó al pensamiento bolver á servirle: pero no por llorar y lamentarse, dexava de aporrear al Rucio, para que se alexase del carro. Viendo pues el Leonero que ya los que ivan huyendo estavan bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quixote lo que ya le avia requerido é intimado; el qual respondió, que lo oya, y que no se curase de mas intimaciones, y requirimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el Leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo. Y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo, que Rozinante se espantaría con la vista de los Leones; por esto saltó del caballo, arrojó la lanza, y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, pasó ante paso, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fue á poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazon, y luego á su Señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera Historia, exclama, y dice: O fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde

se

se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nueva
Don Manuel de Leon, que fue gloria y honra de los Espanoles
Cavalleros ! Con que palabras contaré esta tan espantosa hazaña ?
O con que razones la haré creible á los siglos venideros ? ó que
5 alabanzas avrà que no te convengan y quaden, aunque sean hiper-
boles sobre todos los hiperboles ? Tú á pie, tú solo, tú intrepido,
tú magnanimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cor-
tadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás
aguardando y atendiendo los dos mas fieros Leones que jamas
10 etiaron las Africanas selvas ! Tus mismos hechos sean los que te ala-
ben, valeroso Manchego, que yo los dexo aquí en su punto, por
faltarme palabras, con que encarecerlos. Aquí cesó la referida ex-
clamacion del Autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la Histo-
ria, diciendo.

15 Que visto el Leonero ya puesto en postura á Don Quixote, y que
no podia dexar de soltar al Leon macho, so pena de caer en la des-
gracia del indignado, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la
primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el Leon, el qual pa-
reció de grandeza extraordinaria, y de espantable y fea catadura.
20 Lo primero que hizo, fue rebolverse en la jaula donde venia echa-
do, y tender la garra, y desperezarse todo, abrió luego la boca, y
bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó
fuera, se despolvoreó los ojos, y se lavó el rostro ; hecho esto,
25 sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes, con los
ojos hechos brasas ; vista y ademan para poner espanto á la misma
temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deseando
que saltase ya del Carro, y viniese con él á las manos, entre las
quales pensava hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura : Pero el ge-
neroso Leon mas comedido que arrogante, no haciendo caso de
niñerias,

ninerias, ni de bravatas, despues de aver mirado á una y otra parte, como se ha dicho, bolvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes á Don Quixote, y con gran flemia y remanso se bolvió á echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote mandó al Leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el Leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos sera á mí misino. Vuela merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna. El Leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir, ó no salir: pero pues no ha salido hasta aora, no saldrá en todo el dia. La grandeza del corazon de vuestra merced ya está bien declarada, ningun bravo perleante (según á mí se me alcanza) está obligado a mas, que á desafiar á su enemigo, y esperarle en campana, y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió Don Quixote, cierra amigo la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer. Conviene á saber, como tu abriste al Leon, yo le esperé, él no salió, bolvíle á esperar, bolvió á no salir, y bolvióse acostar. No devo mas, y encantos á fuera, y Dios ayude á la razon, y á la verdad, y á la verdadera Cavalleria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el Leonero, y Don Quixote, poniendo en la punta de la lanza el lenzo con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dexavan de huir, ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo: pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dixo: Que me mate, si mi Señor no ha vencido á las fieras bestias, pue, nos lama. Detuvieronse todos, y concitron, que él que

que hacia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que las llamava. Finalmente bolvieron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al 5 Carretero: Bolved, hermano, á uncir vuestras mulas, y á proseguir vuestro viage, y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos dare yo de muy buena gana, respondió Sancho: pero que se han hecho los Leones? son muertos, ó vivos? Entonces el Leonero menudamente, y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista el Leon acobardado no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierto la puerta de la jaula, y que por aver él dicho á aquel Cavallero, que era tentar 15 á Dios irritar al Leon, para que por fuerza saliese, como él queria, que se irritase mal de su grado, y contra toda su voluntad avia permitido que la puerta se cerrase. Que te parece desto, Sancho? dixo Don Quixote: ay encantos que valgan contra la verdadera valentia! Bien podran los encantadores quitarme la ventura: pero el esfuerzo y el animo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció 20 el Carretero, besó las manos el Leonero á Don Quixote por la merced recibida, y prometiόle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la Corte se viese. Pues si á caso su Magestad preguntare quien la hizo, direisle que el Cavallero de los 25 Leones; que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, buelva, y mude el que hasta aquí ha tenido del Cavallero de la Triste Figura, y en esto figo la antigua usanza de los Andantes Cavalleros, que se mudavan los nombres, quando querian, ó quando les venia á cuenta. Siguió su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del Verde Gavan prosiguieron el suyo: en todo este
sup

ti-

tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar, y á notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava á cuerdo. No avia aun llegado á su noticia la primera parte de su Historia, que si la huviera leido cesara la admiracion, en que lo ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura : pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto, y decia entre sí, que mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender, que le ablandava los casclos los encatadores ? y que mayor temeridad y disparate, que querer pelear por fuerza con Leones. Destas imaginaciones, y deste soliloquio le sacó Don Quixote, diciendole, quien duda, Señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco ? y no seria mucho, que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa, pues con todo esto quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero á los ojos de su Rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro. Bien parece un Cavallero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en exercicios militares (ó que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus Príncipes : pero sobre todos estos parece mejor un Cavallero Andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero Andante

socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano Cavallero reuebrando á una doncella en las ciudades: todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios, sirva á las damas el cortesano, autorice la Corte de su Rey con libreas, sustente los 5 Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muestrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intricados laberintos, aco- 10 meta á cada paso lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos: no le asombren Leones, ni le espanten Vestiglos, ni atemorizen Endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos son sus principales 15 y verdaderos exercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del numero de la Andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que á mí me pareciere, que cae debaxo de la jurisdicion de mis exercicios, y así el acometer los Leones, que a-ora acometí, derechamente me tocava, puesto que conocí ser te- 20 meridad esorbitante, porque, bien sé lo que es valentia, que es una virtud que está puesta entre dos estremos viciosos, como son la co-vardia, y la temeridad: pero menos mal será, que él que es valen- te toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y to- que en el punto de covarde, que así como es mas facil venir el 25 prodigo á ser liberal que al avaro, así es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el covarde subir á la verdadera valen- tia: y en esto de acometer aventuras creame vuesa merced, Señor Don Diego, que antes sea de perder por carta de mas que de menos, por- que mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario y atrevido, que no el tal Cavallero es timido y covarde.

Digo,

Digo, Señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo, que si las ordenanzas, y leyes de la Cavalleria Andante se perdiessen, se hallarían en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito y archivo ; y demoros priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea, y casa, donde descansará vuestra merced del pasado trabajo, que sino ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, Señor Don Diego, respondió Don Quixote, y picando mas de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde, quando llegaron á la aldea, y á la casa de Don Diego, á quien Don Quixote llamava el Cavallero del Verde Gavan.

Cap. XVIII. De lo que sucedió á Don Quixote en el castillo, ó casa del Cavallero del Verde Gavan, con otras cosas extravagantes. 15

HALLÓ Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea : las armas empero aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada 20 Dulcinea, y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo : O dulces prendas por mi mal halladas, dulces y alegres, quando Dios quería : 6 Tobosescas tinajas, que me aveis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura. Oyóle decir esto el estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su 25 madre avia salido á recibirle, y madre y hijo quedaron suspensos

de ver la estraña figura de Don Quixote, el qual apeándose de Rosinante fue con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dixo: Recebid, Señora, con vuestro solito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es él que teneis delante,

5 Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La Señora, que doña Cristina se llamava, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con asaz de discretas, y comedidas razones: casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintandónos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero labrador, y rico: pero al Traductor desta Historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el

15 proposito principal de la Historia, la qual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones. Entraron á Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones, y en jubon de camuza, todo visunto con la mugre de las armas, el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon, y sin randas: los borceguies

20 eran datilados, y encerados los zapatos, ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones, cubrióse un herreruelo de buen paño pardo: pero antes de todo con cinco calderos, ó seis de agua, que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia,

25 se lavó la cabeza, y rostro, y toda via se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su Amo. Con los referidos atavios, y con gentil donaire, y gallardia salió Don Quixote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando, para entretenérle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble hu-

esped

esped queria la Señora Doña Christina mostrar, que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo, que así se llamava el hijo de Don Diego, de decir á su padre: Quien diremos, Señor, que es este Cavallero que vuesa merced nos ha traído á casa? 5 que el nombre, la figura, y el decir que es Cavallero Andante, á mí, y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabre decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos: hablale tú, y toma el pulso á lo 10 que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ó tonteria lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas que los dos pasaron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo, 15 el Señor Don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio, que vuestra merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran Poeta. Poeta bien podra ser, respondió Don Lorenzo: pero grande, ni por pensamiento, verdad es, que yo soy algun tanto aficionado á la poesia, 20 y á leer los buenos Poetas: pero no de manera, que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no ay Poeta que no sea arrogante, y piense de sí, que es el mayor Poeta del mundo. No ay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno avra 25 que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote: pero digame vuesa merced, que versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo, y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos, y si es que son de Justa literaria,

procure

procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ó la gran calidad de la persona: el segundo se lo lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero al modo de las licencias que se dan en las Universidades: pero con todo esto gran personage es el nombre de primero. Hasta aora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podre yo juzgar por loco, vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vuestra merced ha cursado las escuelas, que ciencias ha oido? la de la Cavalleria Andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poesia, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta aora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ó las mas ciencias del mundo, á causa que él que la profesa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa, para dar á cada uno lo que es suyo, y lo que le conviene: ha de ser Theologo, para saber dar razon de la Christiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser medico, y principalmente hervolario para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yerbas, que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero Andante á cada triquete, buscando quien se las cure: ha de ser Astrologo, para conocer por las estrellas, quantas horas son pasadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo se halla: ha de saber las Matematicas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas, y dexando á parte que ha de estar adornado de todas las virtudes Theologales, y Cardinales, decentiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar como dicen, que nadava el pexe Nicolas, ó Nicolao: ha de saber herrar un cavallo, y aderezar la filla, y el freno, y bolviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios, y á su Dama: ha de ser casto en los

los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y minimas partes se compone un buen Cavallero Andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el Cavallero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasiros y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es, que dudo que aya avido, ni que los ay aora Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo á decir aora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha avido en el Cavalleros Andantes, y por parecerme á mí, que si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia) No quiero detenerme agora en sacar á vuestra merced del error, que con los muchos tiene, lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque del, y le dé á entender quan provechosos, y quan necesarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los pasados siglos, y quan utiles fueran en el presente, si se usaran: pero triunfan aora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped (dixo á esta sazon entre sí Don Lorenzo): pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su platica, porque los llamaron á comer: Preguntó Don Diego á su hijo, que avia sacado en limpio del ingenio del huésped: á lo que él respondió: No le sacaran del borrador de su locura, quan-

tos

tos medicos y buenos escribanos tiene el mundo; él es un entreverrado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse á comer, y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dar á sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa: pero 5 de lo que mas se contentó Don Quixote fue del maravilloso silencio, que en toda la casa avia, que semejava un monasterio de Cartuxos.

Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios, y agua á las manos, Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo, 10 dixese los versos de la Justa literaria. A lo que él respondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan, digan sus versos, los niegan, y quando no se los piden, los vomitan, yo dire mi glosa de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió 15 Don Quixote, era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glosar versos, y la razon decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iva la glosa fuera de la intencion y proposito de lo que pedia lo que se glosava, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni dixo, ni dire, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas, con que van atados los que glosan, como vuestra merced deve de saber. Verdaderamente, Señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deseó coger á vuestra merced en un mal Latin continuado, y no 20 25 puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por aora este vuestra merced atento á los versos glosados, y á la glosa, que dicen desta manera.

Si

Si mi fue tornase á es,
Sin esperar mas será,
O viniese el tiempo ya,
De lo que será despues.

G L O S A.

Al fin como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna un tiempo no escasa,
Y nunca me le bolvió,
Ni abundante ni por tasa.
Siglos ha ya que me vees,
Fortuna, puesto á tus pies,
Buelveme á ser venturoso,
Que será mi ser dichoso,
Si mi fue tornase á es.

No quiero otro gusto, ó gloria,
Otra palma, ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino bolver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tu me buelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
Pues bolver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha fido,
No ay en la tierra poder,
Que á tanto se aya estendido. 10
Corre el tiempo, buela y va
Ligero, y no bolverá,
Y erraría él que pidiese,
O que el tiempo ya se fuese.
O bolviese el tiempo ya. 15

Vivo en perplexa vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo,
Buscar al dolor salida. 20
A mí me fuera interes
Acabar, mas no lo es,
Pues con discurso mejor,
Me da la vida el temor,
De lo que será despues. 25

En en acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie
Don Quixote, y en voz levantada, que parecia gritó, asiendo

con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los cielos donde mas altos estan, mancebo generoso, que sois el mejor Poeta del orbe, y que merecereis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si oy vivieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia y Salamanca: plega al cielo que los jueces que os quiten el premio primero, Febo los asaeteen, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, Señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. No es bueno que dicen, que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenía por loco? O fuerza de la Adulacion! A quanto te estiendes, y quan dilatados límites son los de tu jurisdicion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues concedió con la demanda y deseo de Don Quixote, diciendole este Soneto á la fabula, ó historia de Piramo, y Tisbe.

S O N E T O.

EL muro rompe la doncella hermosa.
Que de Piramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y va derecho,
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el Silencio alli, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho,
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salio el deseo de compas, y el paso
De la imprudente virgen solicita
Por su gusto su muerte: Ved que historia!
Que á entrados en un punto (ó extraño caso)
Los mata, los encubre, y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria. Benedito

Bendito sea Dios, dijo Don Quixote, aviéndo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas consumidos que ay, he visto un consumado Poeta, como lo es vuestra merced, Señor mio, que así me lo da á entender el artificio de este soneto. Quattro dias estuvo Don Quixote, regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia, para irse, diciendole, que le agradecia la merced y buen tratamiento, que en su casa avia recibido: pero que por no parecer bien que los Cavalleros Andantes, se den muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir a cumplir con su oficio, buscando las aventuras de quien tenía noticia, que a quella tierra abundava, donde esperava entretener el tiempo, hasta que llegase el dia de las Justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero avia de entrar en la Cueva de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan; sabiendo e inquiriendo así mismo el nacimiento y veraderos manantiales de las siete Lagunas, llamadas comúnmente de Ruidera. Don Diego y su Hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixerón, que tomase de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que á ello les obligava el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallava muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusava de bolver á la hambre que se usa en las florestas, despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó, y colmó de lo mas necesario, que le pareció. Y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo, no sé si he dicho á vuestra merced otra vez, y si lo he dicho, lo buelvo á decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos y trabajos, para llegar á la inaccesible cumbre del Templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa,

fino dexar á una parte la fenda de la poesia algo estrecha, y tomar la estrechisima de la Andante Cavalleria, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabo Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios, si quisiera llevar conmigo al señor Dón Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar, y acocear los sobervios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso: pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querran consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo Poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio, porque no ay padre ni madre, á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas, y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevava de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos: reiteraronse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la Señora del Castillo, Don Quixote y Sancho sobre Rozinante, y el Rucio se partieron.



Cap. XIX. Donde se cuenta la Aventura del Pastor Enamorado con otros, en verdad graciosos sucesos.

POCO trecho se avia alongado Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clerigos, ó como estudiantes, y con dos labradores que sobre quatro bestias asnales venian cavalleros, el uno de los estudiantes traya como en portamanteo, en un lienzo de bocaci verde embuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate : el otro no traya otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus zapatillas. Los labradores trayan otras cosas, que davan indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las avian comprado, y las llevavan á su aldea : y asi estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que cayan todos aquellos que la vez primera, veyan á Don Quixote, y morian por saber, que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles 15 Don Quixote, y despues de saber el camino que llevavan, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañia, y les pidió detuviesen el paso, porque caminavan mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, y su oficio, y profesion, que era de Cavallero Andante, que iva á buscar 20 las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles que se llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en Griego, ó en Gerigonza : pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de Don Quixote : pero con todo eso le miravan con admiracion, y con respesto, 25 y uno

y uno dellos le dixo, si vuestra merced, Señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas, y mas ricas que hasta el dia de oy se avran celebrado 5 en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algun Principe que así las ponderava. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador, y una labradora, él el mas rico de todo esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer, es es- 10 traordinario, y nuevo, porque se han de celebrar en un prado, que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes 15 de todo el mundo, quieren decir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho: pero ya no se mira en esto, que las ri- quezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto él tal Camacho es liberal, y hasle antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si 20 quiere entrar á visitar las yervas verdes, de que está cubierto el suelo. Tiene así mismo maneridas danzás, así de espadas como de cascabel menudo, que ay en su pueblo quien los repique, y sacuda por es- tremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos: pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas 25 que he dexado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino, que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el qual tenía su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde

desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo á su deseo con mil honestos favores : tanto que se contavan por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorvar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía, y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna, como de naturaleza ; pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, 10 y gran jugador de pelota, corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamiento, canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dixo á esta sazon Don Quixote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la 15 hermosa Quiteria, sino con la misma Reina Ginebra, si fuera oy viva, á pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorvar lo quisieran. A mi muger con eso, dixo Sancho Panza (que hasta entonces avia ido callando, y escuchando) la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniendose al refran que dicen : Cada 20 oveja con su pareja, lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con esa señora Quiteria, que buen figlo ayan, y buen poso (iva á decir al rebes) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar, dixo Don Quixote, quitariase la elección y jurisdicion á los padres de casar sus hijos con quien, y quando devén, y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal avria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin ; que el amor y la afición con facilidad ciegan

los

los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tie to, y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, 5 busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse. Pues porque no hará lo mismo él que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercaduria, 10 que una vez comprada se buelve, ó se trueca, ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se buelve en el nudo Gordiano, que sino le corta la guadaña de la muerte, no ay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, sino lo estorvara 15 el deseo que tengo de saber, si le queda mas que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante Bachiller, ó Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casava con Camacho el 20 rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre si mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha buelto el juicio; come poco, y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto, 25 mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que

que da la llaga, da la medicina, nadie sabe lo que esta por venir, de aquí á mañana muchas horas ay, y en una, y aun en un momento se cae la casa ; yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto, tal se acuesta sano la noche, que no sepuede mover otro dia, y digan me por ventura avrá quien se alabe, que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna ? no por cierto, y entre el sí y el no de la muger no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría : denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura, que el amor (segun yo he oido decir) mira con unos antojos, 10 que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. Adonde vas á parar, Sancho, que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas á ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar, sino el mismo Judas que te lleve. Dime animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna ? O pues sino me entienden, respondió Sancho, no es maravilla, que mis sentencias sean tenidas por disparates : pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, Señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, 20 dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe, que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, óquito alguna letra á mis vocablos. Sí, que valgame Dios, no ay para que obligar 25 al Sayagues, á que hable como el Toledano, y Toledanos puede aver que no las corten en el aire. En esto del hablar polido así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tambien los que se crian en las Tenerías, y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son Toledanos :

nos : el lenguage puro, el propio, el elegante, y claro esta en los discretos cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda : dixe discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramatica del buen lenguage que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Sino os picaredes mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua (dixo el otro estudiante) vos llevaredes el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad Bachiller, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo, y si quereis que os lo muestre con la experientia, espadas traeis, comodidad ay, yo pulsos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os haran confesar que yo no me engaño, apeaos y usad de vuestro compas de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio dia con mi destreza moderna, y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de bolver, ó no las espaldas, no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavasedes el pie, alli os abriesen la sepultura, quiero decir, que alli quedasedes muerto por la despreciada destreza. Aora se vera, respondió Corchuelo, y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevava el Licenciado en el fuyo. No ha de ser así, dixo á este instante Don Quixote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada question, y apeandose de Rozinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya

el

el Licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de pies se iya contra Corchuelo, que contra él se vinó lanzando (como decirma suele) fuego por los ojos : los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia : lás cuchilladas, estocadas, altibaxos, reveses, y mandobles que tirava Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granizo ; arremetia como un leon irritado : pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deven, y suelen besarse. Finalmente el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla, que traya vestida, haciendole tiras los faldamentos como colas de pulpo ; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, colera, y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escrivano, que fue por ella, dió despues por testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua, el qual testimonio sirve y ha servido, para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho le dixo, mia fe, Señor Bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar, ó á tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de aver caido de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lexos estava, y levantandose abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al escrivano, que avia ido por la espada, por parecerle, que tardaría mucho, y así

determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran : en lo que faltava del camino, les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Matematicas, 5 que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron así mismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, 10 tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas, y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que á mano avian puesto á la entrada del pueblo, estavan todos llenos de luminarias á quien no ofendia el viento, que entonces no soplava, sino tan manso que no tenía fuerza para mover las hojas de 15 los arboles : los musicos eran los regozijadores de la boda que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos, en efecto no parecia sino que por todo aquel prado andava corriendo la alegría, y saltando el contento, otros muchos 20 andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danzas que se avian de hacer en aquel lugar dedicado para solemizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller : 25 pero el dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y florestas, antes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele á la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

Cap.

Cap. XX. Donde se cuentan las Bodas de Camacho el rico con el suceso de Basilio el pobre.

Apenas la blanca Aurora avia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enxugase, quando Don Quixote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pie, y llamó á su escudero Sancho, que aun toda via roncava; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertase, le dixo: O tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, ni ser invidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo dire otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia, tú, y tu pequeña y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto, contrapeso y carga que puso la naturaleza, y la costumbre á los señores: duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes; la congoxa de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir á la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si Don Quixote con eluento de la lanza no le hiciere bolver en sí. Despertó en fin soñoliento,

liento, y perezoso, y bolviendo el rostro á todas partes, dixo : de la parte ~~desta enramada~~ (sino me engaño) sale un rufo, y olor harto mas de torreznos asados, que de juncos, y tomillos ; bolas que por tales olores comienzan para mi santiguada, que devén de ser abundantes, y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote, ven iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho, no fuera el pobre, y casarse con Quiteria : no ay mas, sino no tener un quarto, y querer casarse por las nubes ? A la fe, señor, yo soy de parecer, que el pobre deve de contentarse con lo que hallare, y no pedir totufas en el golfo : yo apostaré un brazo que puede Camacho embolver en reales á Basilio, y si esto es así, como deve de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas, que le deve de aver dado, y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio : sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna ; habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlós : pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen : sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo á esta sazon Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que si te dexasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarías en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, devierase acordar de los capitulos de nuestro concierto antes que esta ultima vez saliesemos de casa, uno dellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced, y hasta agora me parece, que no he

he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quixote, del tal capitulo, y puesto que sea así, quiero que calles, y vengas, que ya los instrumentos que á noche oímos buelvan á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su Señor le mandava, y poniendo la silla á Rozinante, y la albarda al Rucio subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho, fue espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se avia de asar 10 ardia un mediano monte de leña, y seis ollas, que al rodedor de la hoguera estavan, no se avian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne, así embevian, y encerravan en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos ; las liebres 15 ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estavan colgadas por los arboles para sepultarlas en las ollas, no tenían numero ; los paxaros y caza de diversos generos eran infinitos, colgados de los arboles para que el aire los enfriase : contó Sancho mas de sesenta zanques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos, así avia rimeros de pan blanquísimo, como los suele aver de montones de trigo en las heras ; los quesos puestos como ladrillos enrejados formavan una muralla, y dos calderas de aceyte mayores que las de un tinte, sirvian de freir cosas de mafa, que con dos valientes pañas las sacavan fritas, y las zanquillan en otra caldera de preparada miel que alli junto estava : los cocineros y cocineras pasavan de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos : en el dilatado vientre del novillo estavan doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor, y enternecerle : las especias de diversas suertes, no

pare-

parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estavan de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico : pero tan abundante, que podia sustentar á un exercito. Todo lo mirava Sancho Panza, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava : primero le cautivarón, y rindieron el deseo las ollas de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero, Juego le aficionaron la voluntad los zaques, y ultimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solictos cocineros, y con corteses, y hambrientas razones, le rogó, le dexase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió, hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por ay un cucharon, y espumad una galjina, ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, pecador de mí, y que melindroso, y para poco deveis de ser ! y diciendo esto asió de un caldero, y encaxandole en una de las medias tinajas sacó en el tres gallinas y dos gansos, y dixo á Sancho : Comed, Amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho, pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasava Sancho, estaba Don Quixote mirando como por una parte de la enramada entravan hasta doce labradores, sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo, y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regozijo, y fiestas, los quales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regozijada algazara y grita, diciendo : Vivian Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermosa, y ella

la

la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece, que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De alli a pocó comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las quales venia una de espadas, de hasta veinte y quatro zagaless de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado y blanquisimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda, y al que los guiava, que era un ligero mancebo, pregunto uno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los danzantes. Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos: y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra, que entró, de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte tranzados, y parte sueltos: pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los quales trayan guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madreselva compuestas; guiavalas un venerable viejo, y una anciana matrona: pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el son una gayta Zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos á la honestidad, y en los pies á la ligereza, se mostravan las mejores bayladores del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras, de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljava, y saetas: este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda, las Ninfas que al Amor seguyan trayan á las espaldas en

en pergamiento blanco, y letras grandes escritos sus nombres: Po-
esia era el título de la primera, el de la segunda Discrecion, el de
la tercera Buen Linage, el de la quarta Valentia: del modo mismo
venian señaladas las que al Interes seguyan, decia Liberalidad el ti-
tulo de la primera, Dadiva el de la segunda, Tesoro el de la tercera,
y el de la quarta Posesion pacifica: delante de todos venia un cas-
tillo de madera, á quien tiravan quatro salvages todos vestidos de
yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por
poco espantaran á Sancho; en la frontera del castillo y en todas
quatro partes de sus quadros traya escrito, Castillo del buen re-
cato: hacían les el son quatro diestros tañedores de tamboril y flau-
ta; comenzava la danza Cupido, y aviendo hecho dos mudanzas,
alzava los ojos y flechava el arco contra una doncella, que se ponía
entre las almenas del castillo, á la qual desta suerte dixo.

15 *Yo soy el Dios poderoso,
En el aire, y en la tierra,
Y en el ancho mar undoso,
Y en quanto el abismo encierra
En su baratro espantoso.*

*Nunca conoci que es miedo,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo, y vedo.*

20 Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y reti-
róse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudan-
zas, callaron los tamborinos, y el dixo.

*Soy quien puede mas que amor,
Y es amor él que me guia,
25 Soy de la estirpe mejor,
Que el cielo en la tierra cria,
Mas conocida y mayor.*

*Soy el Interes en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro,
Y qual soy te me consagro
Por siempre jamas, Amen.*

Retiróse

Retiróse el Interes, y hizóse adelante la Poesia, la qual despues de aver hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo dixo,

*En dulcissimos conceptos
La dulcissima Poesia,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te embia,
Embuelta entre mil sonetos.*

*Si á caso no te importuna
Mi perfia, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mi levantada,
Sobre el cerco de la Luna.* 5

Desvióse la Poesia, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas dixo.

10

*Llaman liberalidad
Al dar, que el estremo buye
De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye,
Tibia y floxa voluntad.*

*Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodiga he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.* 15

Deste modo salieron, y se retiraron todas las dos figuras de las dos esquadradas, y cada uno hizo sus mudanzas, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos haciendo, y deshaciendo lazos con gentil donaire, y desemboltura, y quando pasava el Amor por delante del castillo, disparava por alto sus flechas: pero el Interes quebrava en el alcancias doradas. Finalmente despues de aver baylado un buen espacio el Interes sacó un bolson que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojandole al castillo con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando á la

20

25

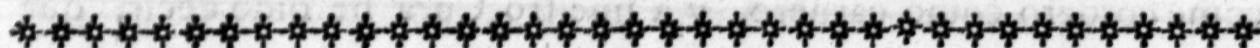
doncella descubierta, y sin defensa alguna: llegó el Interes con las figuras de su valía, y echandola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla: lo qual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitarsela, y todas 5 las demonstraciones que hacían erán al son de los tamborinos, baylando y danzando concertadamente: pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron á armár y á encaxar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en el como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miravan.

10 Preguntó Don Quixote á una de las Ninfas, que quien la avia compuesto y ordenado? Respondióle, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que deve de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal Bachiller, ó beneficiado, y que deve 15 de tener mas de satirico que de visperas; bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchava todo, dixo: El Rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen, viva quien 20 vence. No sé de los que soy, respondió Sancho: pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñole el caldero lleno de gansos, y de gallinas, y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dixo: á la barba de las habilidades de 25 Basilio: Que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como decia una aguela mia, que son el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenía, y el dia de oy mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al aver que al saber; un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que buelvo á decir, que á Camacho

me

me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas, gansos, y gallinas, liebres, y conejos, y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. Has acabado tu arenga Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, respondió, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuestra merced se muera estare yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio, á do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida, y mas, que está muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya, y así jamas pienso verte mudo, ni aun quando estes beviendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fe, Señor, respondió Sancho, que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tambien come cordero como carnero, y á nuestro Cura he oido decir, que con igual pie pisava las altas torres de los Reyes como las humildes chozas de los pobres: tiene esta señora mas de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come, y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las fiestas, que á todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerva, y no parece que masca, fino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidropica, y sedienta de bever solas las vidas de quantos viven, como quien se beve un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixó á este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes

dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y irte por ese mundo predi-
 5 cando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras Thologias. Ni las has menester, dixo Don Quixote: pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tu que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuestra merced, Señor, de
 10 sus Cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ó valentias agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y dexeme vuestra merced des-
 15 pavilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo esto, co-
 menzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quixote, y sin duda le ayudara, sino lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.



Cap. XXI. Donde se profiguen las Bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

20 **Q**uando estavan Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido; ydavanlas, y causavanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita, ivan á recibir á los novios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados
 25 del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como

como Sancho vió á la novia, dixo : A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega : Par diez, que segun diviso, que las patenas que avia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos : y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanca, voto á mí que es de raso, pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azavache, no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas, como una quajada que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos ! que sino son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. 10
No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis á una palma, que se mueve cargada de racimos de datiles ; que lo mismo parecen los díxes que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta : juro en mi anima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos le Flandes. Rióse Don Quixote de las 15
rusticas alabanzas de Sancho Panza, parcióle, que fuera de su Señora Dulcinea del Toboso no avia visto muger mas hermosa jamas : venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas : ivanse acercando á un teatro, que á un 20
lado del prado estaba adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hacer los desposorios, y de donde avian de mirar las danzas, y las invenciones.

Y á la sazon que llegavan al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia : Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como presurosa : á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las dava un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro gironado de carmesí á llamas; venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto Cipres : en las manos traya un baston grande : en llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo

gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en que avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en fazon semejante. Llegó en fin cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston 5 en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca ellas razones dixo : Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo tu no puedes tomar esposo : y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el 10 tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia : pero tu echando á las espaldas todas las obligaciones que deves á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonisima ventura, y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente, que puede estorvarsela, quitandome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura, y diciendo esto, asió del baston que tenía hincado en el suelo, y quedandose la mitad del en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en el se ocultava, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y de- 20 terminado proposito se arrojó sobre el, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, coñolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dexando Don Quixote á Rozinante acudió á favorecerle, y le tomó en sus 25 brazos,

brazos, y halló que aun no avia espirado: quisieronle sacar el es-
toque, pero el Cura, que estaba presente, fue de parecer que no
se le sacasen antes de confesarle, porque el sacarsele y el espirar se-
ría todo á un tiempo, pero bolviendo un poco en sí Basilio con voz
doliente y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darmel en 5
este ultimo y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que
mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser
tuyo. El Cura oyendo lo qual le dixo: que atendiese á la salud
del alma, antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de
veras á Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determi- 10
nacion. A lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se con-
fesaría, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa,
que aquél contento le adobaría la voluntad, y le daría aliento pa-
ra confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en 15
altas voces dixo, que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en
razon, y á demas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría
tan honrado recibiendo á la Señora Quiteria viuda del valeroso Ba-
silio, como si la recibicra del lado de su padre: aquí no ha de a-
ver mas de un sí, que no tenga otro efecto, que el pronunciarle,
pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oya 20
Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber que hacer,
ni que decir: pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas,
pidiendole, que consintiese que Quiteria le diese la mano de es-
posa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta
vida, que le movieron, y aun forzaron á decir, que si Quiteria 25
quería darsela, que él se contentava, pues todo era dilatar por un
momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos
á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lagrimas, y otros con
eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio, y
ella mas dura que un marmol, y mas iesga que una estatua, mos-

trava, que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra: ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinase presto en lo que avia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no dava lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces
5 la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al pa-
recer triste y pesarosa, llego donde Basilio estaba, ya los ojos bu-
eltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los di-
entes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gen-
til, y no como Christiano. Llego en fin Quiteria, y puesta de ro-
10 dillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencaxó
los ojos Basilio, y mirandola atentamente le dixo: O Quiteria, que
has venido á ser piadosa, á tiempo, quando tu piedad ha de servir
de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuer-
zas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para
15 suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la
espantosa sombra de la muerte: Lo que te suplico es (ó fatal estrella
mia) que la mano que me pides, y quieres darmes, no sea por cum-
plimiento, ni para engañar me de nuevo, sino que confieses, y di-
gas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas, y me la
20 das, como á tu legitimo esposo, pues no es razon que en un trance
come este me engañes, ni uses de fingimientos, con quien tantas
verdades ha tratado contigo: entre estas razones se desmayava, de
modo que todos los presentes pensavan, que cada desmayo se avia
de llevar el alma consigo. Quiteria toda honesta, y toda vergon-
25 zosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna
fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y asi con la mas libre
que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si
es que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe ni contraste
la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, res-
pondio

pondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo á este punto Sancho Panza, mucho habla, haganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el qual así como recibió la bendicion 10 con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desemboltura se sacó el estoque á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples que curiosos en altas voces comenzaron á decir, milagro, milagro ! pero Basilio replicó, no milagro, milagro, sino industria, industria. 15 El Cura desatentado, y atonito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla avia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre (segun despues se supo) de modo que no se elase. Finalmente 20 el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir, que aquel casamiento por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmava de nuevo, de lo qual coligieron todos, que de consentimiento 25 y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caño, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron a Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á cavallo Don Quixote con la

lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho á quien jamas pluguieron, ni solazaron se mejan-
tes fechurias, se acogió á las tinajas, donde avia sacado su agradable
espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser
5 tenido en respeto. Don Quixote á grandes voces decia: Teneos,
señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios
que el amor nos hace: y advertid, que el amor y la guerra son una
misma cosa, y así como en la guerra es cosa licita, y acostum-
brada usar de ardides y estratagemas, para vencer al enemigo, así
10 en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los
embustes y marañas que se hacen, para conseguir el fin que se de-
sea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada.
Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable
disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su
15 gusto, quando, donde, y como quisiere: Basilio no tiene mas desta
oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que
á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y él que lo
intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto
la blandió tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavor en to-
20 dos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la ima-
ginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de
la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las per-
suasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado,
con las cuales quedó Camacho, y los de su parcialidad pacificos,
25 y sosegados; en señal de lo qual bolvieron las espadas á sus lugares,
culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Ba-
silio. Haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á
Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que devia de dar
gracias al cielo, mas por aversela quitado, que por aversela dado.
Consolado pues y pacifico Camacho, y los de su mesnada, todos los

de

de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas pafasen adelante, como si realmente se desposara: pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee, y acompañe. Llevaronse consigo á Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escurecio el alma, por verse imposibilitado de aguardar la esplendida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asenderado, y triste siguió á su Señor, que con la quadrilla de Basilio iva, y así se dexo atras las ollas de Egypto, aunque las llevava en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma que en el caldero llevava, le representava la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congoxado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas del Rozinante.

Cap. XXII. Donde se cuenta la grande Aventura de la Cueva de Montefinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

20

Grandes fueron, y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado, defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traza comunicada con

con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se avia visto, bien es verdad, que confesó, que avia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion, y abonasen su engaño. No se pueden, ni deben llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados, era el fin de mas excelencia; advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas quando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza: y que todo esto decia con intencion de que se dexase el Señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le davan tama, no le davan dineros, y que atendiese á grangear hacienda por medios licitos é industrioso, que nunca faltan á los prudentes y aplicados: el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo, la hermosura por sí sola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las aguilas Reales, y los paxaros altaneros: pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tambien la envisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarla corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quixote: Opinion fue de no sé que sabio, que no avia en todo el mundo sino una sola muger buena, y dava por consejo, que cada uno pensase, y creyese, que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta a-

fiora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que avia de buscar la muger, con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase mas á la fama, que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, facil cosa sería conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo 5 á otro, yo no digo, que sea imposible: pero tengolo por dificultoso. Oya todo esto Sancho, y dixo entre sí, este mi Amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, suele decir, que podría yo tomar un pulpito en las manos, y firme por ese mundo adelante predicando lindezas, y yo digo díl, que quando comienza á enhi- 10 lar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas, á que quieres boca: valate el diablo por Cavallero Andante, que tantas cosas sabes; yo pensava en mí anima, que solo podía saber aquello que tocava á sus Cavallerias: pero no ay cosa donde no pique y 15 dexe de meter su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyó le su señor, y preguntóle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho: solo estava diciendo entre mí, que quisiera aver oido lo que vuefa merced aquí ha dicho, antes que me casara, que quizá dixerá yo agora, el buey 20 suelto bien se lame. Tan mala es tu Terefa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho: pero no es muy buena, a lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devemos nada, respondió 25 Sancho,

Sancho, que tambien ella dice mal de mí, quando se le antoja, es-
pecialmente quando está zelosa, que entonces sufrala el mismo Sa-
tanás. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fue-
ron regalados, y servidos como cuerpos de Rey,

5 Pidió Don Quixote al diestro Licenciado le diese una guia, que
le encaminase á la Cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo
de entrar en ella, y ver á ojos vistas, si eran verdaderas las mara-
villas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Lis-
cenciado le dixo, que le daría á un Primo suyo, famoso estudiante,
10 y muy aficionado á leer Libros de Cavallerias, el qual con mucha
voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría
las Lagunas de Ruidera famosas ansimismo en toda la Mancha,
y aun en toda España; y dixole que llevaría con él gusto entre-
tenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para im-
15 primir, y para dirigir los á Príncipes. Finalmente el Primo vinó
con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete, ó
arpillera. Ensillo Sancho á Rozinante, y aderezó al Rucio, pro-
veyó sus alforjas, á las quales acompañaron las del Primo, así mis-
mo bien proveidas, y encomendándose á Dios, y despidiéndose
20 de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la fa-
mosa Cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quix-
ote al Primo, de que genero y calidad eran sus exercicios, su
profesion, y estudios. A lo que él respondió, que su profe-
sion era ser humanista, sus exercicios, y estudios componer libros
25 para dar a la estampa, todos de gran provecho, y no menos
entretenimiento para la Republica, que el uno se intitulava el de
las libreas, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores,
motes, y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen
en tiempo de fiestas y regocijos los Cavalleros Cortesanos, sin an-
darlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dicen) el cer-
belo, por sacarlas conformes á sus deseos, é intenciones, porque doy

al

al zeloso, al desdeñado, al olvidado, y al ausente, las que les convienen, que les vendran mas justas que pecadoras. Otro libro tengo también á quien he de llamar Metamorfoseos, ó Ovidio Espanol, de invencion nueva, y rara: porque en el imitando á Ovidio, á lo burlesco pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena, quien el Caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Layapies en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora, y esto con sus alegorias, metáforas, y translaciones de modo que alegran, suscitan, y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo que le llamo Suplemento á Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas que es de grande erudicion, y estudio, á causa que las cosas, que se dexó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo: olvidósele á Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro á todo el mundo.

Sancho, que avia estado muy atento á la narracion del Primo, le dixo: Digame, Señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe; quien fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mi tengo que devió de ser nuestro padre Adan? Si sería, respondió el Primo, porque Adan, no ay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría. Así lo creo yo, respondió Sancho: pero digame aora, quien fue el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el Primo que no me sabre determinar por aora,

hasta que lo estudie, yo lo estudiaré en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré, quando otra vez nos veámos, que no ha de ser ésta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caido en la cuenta de lo que le 5 he preguntado: sépa que el primer volteador del mundo, fue Lucifer, quando le echaron, ó arrojaron del cielo, que vinó volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el Primo; y dixo Don Quixote: Esa pregunta, y respuesta, no es tuya Sancho, á alguno las has oido decir. Calle señor, replicó Sancho, que á bu-10 ena fe, que si me doy á preguntar, y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Si que para preguntar ncedades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos, que se cansan en faber y averiguar cosas, que despues de 15 sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni á la memoria. En estas y otras gustosas platicas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el Primo dixo á Don Quixote, que desde alli á la Cueva de Montesinos no avia mas de dos leguas, y que si llevava determinado de 20 entrar en ella, era menester, proveerse de sogas para atarse, y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegase al abismo, avia de ver donde parava, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la Cueva, cuya boca es espaciosa, y ancha: pero llena de cambro-25 neras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren: en viendola se apieron el Primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortisimamente con las sogas, y en tanto que le faxavan y ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, Señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco, que

le

le ponen á enfriar en algun pozo, si que á vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador desta, que deve de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, respondió Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estava guardada. Y entonces dixo la guia: Suplico á vuestra merced, Señor Don Quixote, que mire bien, y especule con cien ojos lo que ay allá dentro, quiza avra cosas, que las ponga yo en el libro de mis Transformaciones. En manos está el pandero, que le sabrá bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fue sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar.) Dixo Don Quixote, inadvertidos hemos andado, en no avernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendera que toda via baxava, y estaba vivo: pero pues ya no es posible, á la mano de Dios, que me guie; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al cielo, pidiendo á Dios le ayudase, y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: O señora de mis acciones, y movimientos, clarisima, y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible, que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo, aora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme, y á hundirme en el abismo, que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tu me favoreces no avra imposible á quien yo no acometa, y acabe, y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, sino era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas, que á la boca de la Cueva estavan, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandisí-

mos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priesa, que dieron con Don Quixote en el suelo, y si él fuera tan agorero, como Catolico Christiano, lo tuviera á mala señal, y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salían mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron murcieragos, que así mismo entre los cuervos salieron, dandole soga el Primo y Sancho le dexaron calar al fondo de la caverna espléndida, y al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros Andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce, Dios te guie otra vez, y te buelva libre, sano, y sin cautela á la luz desta vida, que dexas, por enterrarte en esta escuridad que buscas. Así las mismas plegarias y deprecaciones hizo el Primo. Iva Don Quixote dando voces que le diesen soga, y más soga, y ellos se la daván poco á poco, y quando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dexaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga, y fueron de parecer de bolver á subir á Don Quixote, pues no le podían dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio bolvieron á recoger la soga con mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quixote se quedava dentro, y creyendolo así Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha priesa por desengañarse: pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á Don Quixote, á quien dió votos Sancho, diciendole: Sea vuestra merced muy bien buelto, Señor mio, que ya pensavamos que se quedava allá para casta: pero no respondia palabra Don Quixote, y sa candole del todo, vieron que traya cerrados los ojos, con muestras de estar dormido

dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertava. Pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de un buen espacio bolvió en sí, desperezandose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y otra parte, como espantado, dixo: 5
Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas fabrosa y agradable vida y vista, que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto aora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo: ó desdichado Montesinos, ó mal ferido Durandarte, ó sin ventura 10 Belerma, ó lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestrs hermosos ojos. Con grande atencion escuchavan el Primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmenso las sacára de las entrañas. Suplicaronle les diese á entender 15 lo que decia, y les dixese, lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamais, dixo Don Quixote, pues no le llameis ansi; porque no lo merece, como luego vereis: pidió, que le diesen algo de comer, que traya grandisima hambre, tendieron la harpillerla del Primo sobre la verde yerva, acudieron á la despensa de sus 20 alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compaña, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la harpillerla, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.



Cap. XXIII. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó, que avia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace, que se tenga esta aventura por apocrifa.

5 **L**AS quatro de la tarde serían, quando el sol entre nubes cubierto con luz escasa, y templados rayos, dió lugar á Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes, lo que en la Cueva de Montesinos avia visto, y comenzó en el modo siguiente :

10 A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra á la derecha mano se hace una concavidad, y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas, entrale una pequeña luz por unos resquicios, ó agujeros, que lexos le responden abiertas en la superficie de la tierra ; esta concavidad, y espacio ví yo á tiempo, quando ya iva, cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la soga, caminar por aquella escura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino ; y así determiné, entrarme en ella, y descansar un poco : di voces, pidiendoos que no descolgasedes mas soga, hasta que yo os lo dixese, pero no 15 devistes de oirme : fuy recogiendo la soga, que embiavades, y haciendo della una rosca, ó rímero, me senté sobre el, pensatiyo ademas, considerando lo que hacer devia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase, y estando en este pensamiento, y confusión, de repente, y sin procurarlo, me salteó un sueño profundo, y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como 20 no, desperté del, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno, y 25 deleit-

deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilé los ojos, limpiemelos, y vi, que no dormía, sino que realmente estaba despierto, con todo esto me tenté la cabeza, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estaba, ó alguna fantasma vana, y contrahecha ; 5 pero el tacto, el sentimiento, los dseuros concertados, que entre mí hacia, me certificaron, que yo era alli entonces él que soy aquí aora. Ofreciéseme luego á la vista un Real y sumuoso palacio, ó alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del qual abriendose dos grandes puertas, vi, que 10 por ellas salia, y hacia mí se venia un venerable Anciano, vestido con un capuz de bayeta-morada, que por el suelo le arrastrava : ceñiale los ombros, y los pechos una beca de Colegial de raso verde, cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canisima le pasava de la cintura, no traya arma ninguna, fino un Rosario de 15 cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los dieces así mismo como huevos medianos de avestruz : el continente, el paso, la gravedad, y la anchisima presencia, cada cosa de po sí, y todas juntas me suspendieron, y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo, fue abrazarme estrechamente, y luego decirme : 20 Luengos tiempos ha, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo, de lo que encierra, y cubre la profunda cueva, por donde has entrado, llamada la Cueva de Montesinos : hazaña solo guardada para ser acometida de tu inven- 25 cible corazon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarisimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente alcazar solapa de quien yo soy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la Cueva toma nombre. A penas me dixo, que era Montesinos, quando le pre-
gunté,

gnnté, si fue verdad, lo que en el mundo de acarriba se contava, que él avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevadole á la Señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondí-
5 óme, que en todo decian verdad, sino en la daga ; porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Devia de ser, dixo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quixote, pero no sería dese puñalero ; porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de
10 Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contesto de la historia. Así es, respondió el Primo, pro-
sigua vuestra merced, Señor Don Quixote, qne le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió
15 Don Quixote, y así digo, que el venerable Montesinos me metió en el christalino palacio, donde en una sala baxa fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de marmol con gran maestria fabricado, sobre el qual ví á un Cavallero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe, hecho como
20 los suele aver en otros sepulcros fino de pura carne, y de puros huesos : tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon y antes que preguntase nada á Montesinos, vien-
dome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo : Este es mi a-
25 migo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo, tienele aquí encantado, como me tiene á mí, y á otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Frances encantador, que dicen, que fue hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantó, nadie lo sabe : y ello

dirá

dira andando los tiempos, que no estan muy lejos, segun imagino :
lo que á mí me admira es, que sé tan cierto, como aora es de dia,
que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues
de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad
que devia de pesar dos libras ; porqne segun los naturales él que ti-
ene mayor corazon es dotado de mayor valentia del, que le tiene
pequeño : pues siendo esto así, y que realmente murió este Ca-
vallero, como aora se quexa, y suspira de quando en quando, como si
estuviese vivo ? Esto dicho el misero Durandarte dando una gran
voz dixo : O mi primo Montesinos, lo postrero que os rogava, 10
que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que llevais mi
corazon, adonde Belerma estava, sacandomele del pecho, ya con
puñal, ya con daga : oyendo lo qual el venerable Montesinos se
puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los
ojos le dixo. Ya, Señor Durandarte, carisimo primo mio, ya hice 15
lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra perdida, yo os sa-
qué el corazon, lo mejor que pude, sin que os dexase una minima
parte en el pecho, yo le limpie con un pañizuelo de puntas, yo
partí con el de carrera para Francia, aviendos primero puesto en
el seno de la tierra con tantas lagrimas, que fueron bastantes á la- 20
varme las manos, y limpiar me con ellas la sangre, que tenían, de
averos andado en las entrañas : y por mas señas, primo de mi
alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncevalles, eché
un poco de sal en vuestro corazon ; porque no oliese mal, y fuese
fino fresco, alomenos amo jamado á la presencia de la Señora Beler- 25
ma, la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero,
y con la Dueña Ruydera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con
otros muchos de vuestros conocidos, y amigos nos tiene aquí en-
cantados el Sabio Merlin, ha muchos anos, y aunque pasan de qui-
nientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan

Y

Ruydera,

Ruydera, y sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compasion que devió de tener Merlin de llas) las convirtió en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las Lagunas de Ruydera, las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Caballeros de una Orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo así mismo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mismo nombre, el qual quando llegó a la superficie de la tierra, y vió el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver, que os dexava, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible, dexar de acudir á su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra, donde el sol, y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas, que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de oriar en sus aguas peces regalados, y de estima, sino burdos, y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais credito, ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentaran en ninguna manera. Sabed, que teneis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Cavallero de quien tantas cosas tiene profetizadas el Sabio Merlin, a quel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuesemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y quando así no sea,

sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baxa, quando así no sea, ó primo, digo paciencia y harajan, y bolviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos, bolví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasava una procesion de dos fileras de hermosissimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo Turquesco, al cabo y fin de las fileras venia una señora, que en la gravedad lo parecía, así mismo vestida de negro con tocas blancas tan tendidas y largas, que besavan la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras, era cexijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostravan ser galos, y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras, traya en las manos un lienzo delgado, y entre el, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco, y amojamado; dixome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con sus dos señores estavan encantados, y que la ultima que traya el corazon entre el lienzo y en las manos era la señora Belerma, la qual con sus doncellas, quatro dias en la semana, hacian aquella procesion, y cantavan, ó por mejor decir, lloravan endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo, y que si me avia parecido sea ó no tan hermosa, como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamiento pasava, como lo podia ver en sus grandes ojeras, y en su color quebradiza, y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras, de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres: porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente

su corazon por él que de contino tiene en las manós, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante, que si esto no fuera, á penas la igualara en hermosura, donaire, y brio, la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixo yo entonces, Señor Don Montesinos, cuente vuestra merced su historia como deve, que ya sabe, que toda comparacion es odiosa, y así no ay para que comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y queio dese aquí. A lo que él me respondió, Señor Don Quixote, perdóname vuestra merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixe bien en decir, que á penas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastava á mí aver entendido, por no sé que barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla, sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió Don Quixote, no me estava á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados, á tener respeto á los ancianos; aunque no sean Cavalleros, y principalmente á los que lo son, y estan encantados: yo sé bien, que no nos quedamos á dever nada en otras muchas demandas, y respuestas, que entre los dos pasamos. A esta sazon, dixo el Primo, yo no sé, Señor Don Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo, como ha, que está allá baxo, aya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto ha que baxe? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser,

ser, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció, y amaneció : y tornó á anochecer, y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad deve de decir mi Señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido, son por encantamiento, quiza lo que á nosotros nos parece una hora, deve de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió Don Quixote. Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, Señor mió, preguntó el Primo ? No me he desayunado de bocado, respondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. Y 10 los encantados comen, dixo el Primo ? No comen, respondió Don Quixote, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen por ventura los encantados, Señor ? preguntó Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, alomenos en estos tres dias, que yo he 15 estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaixa bien el refran, dixo Sancho, de dime con quien andas, decirte he quien eres : andase vuestra merced con encantados, ay- unos, y vigilantes, mirad, si es mucho que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere, pero perdoneme vuestra merced, Señor 20 mio, si le digo, que de todo quanto aquí ha dicho, lleveme Dios, que iva á decir el diablo, si le creo cosa alguna. Como no, dixo el Primo, pues avia de mentir el Señor Don Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, é imaginar tanto mil- lon de mentiras ? Yo no creo, que mi señor miente, respondió 25 Sancho. Sino que crees ? le preguntó Don Quixote. Creo, res- pondió Sancho, que aquel Merlin ó aquellos encantadores, que en- cantaron á toda la chusma, que vuestra merced dice, que ha visto, y comunicado allá bajo, le encaxaron en el magin, ó la memoria toda esa maquina, que nos ha contado, y todo aquello que por con- tar

tar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quixote, pero no es así, po que lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos: pero que dirás quando te diga yo aora como entre otras infinitas cosas y maravillas 5 que me mostró Montesinos las quales de espacio, y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos ivan saltando y brincando, como cabras, y á penas las hueve visto, quando conocí, ser la una la fin par Dulcinea del To-10 boso, y las otras dos aquellas mismas Labradoras que venian con ella, que hablamos á la Salida del Toboso. Pregunté á Montesinos, si las conocia? respondió me, que no: pero que él ima-15 ginava, que devian de ser algunas Señoras principales encantadas, que pocos dias avia, que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillase desto, porque alli estavan otras muchas señoras de los pasados, y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las quales conocia él á la Reyna Ginebra y su Dueña Quintaóna, escanciando el vino á Lanzarote quando de Bretaña vinó. Quando Sancho Panza oyó decir esto á su Amo, 20 pensó perder el juicio, ó morirse de risa que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él avia sido el encantador, y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente, que su Señor estaya fuera de juicio, y loco de todo punto: y así le dixo: En mala coyuntura, y en peor sazon, 25 y en aciago dia baxó vuestra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha buelto. Bien se estaba vuestra merced acarriba con su entero juicio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos á cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Cómo te conozco, Sancho, respondió Don Quix-

Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate, por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige, y enmienda. Pero digáme vuestra merced aora que estamos en paz, como, ó en que conoció á la señora nuestra ama, y si la habló, que dixo, y que le respondió? Conacíla, respondió Don Quixote, en que trae los mismos vestidos, que traya, quando tú me la mostraste; hablela, pero no me respondió palabra, antes me bolvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta prisa, que no la alcanzara una xara: quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos, que no me cansase en ello, porque sería en balde, y mas porque se llegava la hora, donde me convenia bolver á salir de la sima. Dixome así mismo, que andando el tiempo se me daría aviso: como avian de ser desencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que alli estavan: pero lo que mas pena me dió de las que alli vi, y noté, fue, que estandome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas con turbada, y baxa voz me dixo, mi señora Dulcinea del Toboso besá vuestra merced las manos, y suplica á vuestra merced se la haga de hacerla saber, como está, y que por estar en una gran necesidad, así mismo suplica á vuestra merced, quan encarecidamente puede, sea servido, de prestarle sobre este faldellin, que aquí traigo, de cotonía nuevo media docena de Reales, ó los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra, de bolverselos con mucha brevedad. Suspendíome, y admiróme el tal recado, y bolviéndome al señor Montesinos, le pregunté, es posible, Señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Creame vuestra merced, Señor Don Quixote de la Mancha, que esta que

llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona, y pues la Señora Dulcinea del Toboso embia á pedir esos seis Reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino darselos, que sin duda 5 deve de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le dí, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia, para dar limosna á los pobres que to- 10 pase por los caminos, y le dixé: Decid, amiga mia, á vuestra Se- ñora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos y que quisiera ser un Fucar, para remediarlos, y que le hago saber, que yo no puedo, ni devo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion, y que le suplico, quan encarecidamente pu- 15 edo, sea servida su merced de dexarse ver, y tratar deste su cautivo servidor, y asendereado Cavallero. Direisle tambien, que quando menos se lo piense, oira decir como yo he hecho un juramento, y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua, de ven- 20 gar á su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la Montaña, que fue, de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas, que alli añadió, hasta vengarle: y así le haré yo, de 25 no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas pun- tualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso, y mas deve vuestra merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los quatro reales en lugar de 30 hacer me una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó los varas de medir en el aire. O santo Dios, dixo á este tiempo dando una gran voz Sancho, es posible, que tal ay en el mundo, y que tengan en el tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que ayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada lo- 35 cura. O Señor, Señor, por quien Dios es, que vuestra merced

mire

mire por sí, y buelva por su honra, y no dé credito á esas vaciedades que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dixo Don Quixote, y como no estas experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles: pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te haran creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite replica ni disputa. 5

Cap. XXIV. *Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande Historia.* 10

DICE él que traduxo esta grande Historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueva de Montesinos, en el margen del estayan escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones. 15

No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito: la razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles, y verisimiles: pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintiese; siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixerá él una mentira si le afaetaran. Por otra parte considero, que él la contó, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y 25 que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de dis-

parates, y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa, ó verdadera la escrivo. Tu, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no devo, ni puedo más, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin y muerte, dicen, que se retrató della, y dixo, que él la avia inventado por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que avia leido en sus historias, y luego prosigue diciendo.

Espantóse el Primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su Amo, y juzgó que del contento que 10 tenía de aver visto á su Señora Dulcinea del Toboso, (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda, que entonces mostrava, porque si así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian morderle á palos: porque realmente le pareció, que avia andado atrevidillo con su Señor, á quien le dixo: Yo, Señor Don 15 Quixote de la Mancha, doy por bien empleadisima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quattro cosas. La primera, aver conocido á vuestra merced, que lo tengo á gran felicidad: La segunda, aver sabido lo que se encierra en está Cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las 20 lagunas de Ruydera que me serviran para el Ovidio Español, que traigo entre manos: La tercera, entender la antiguedad de los naipes, que por lo menos ya se usavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuestra merced dice, que dixo Durandarte, quando, al cabo del aquel grande 25 espacio que estuvo hablando con él Montesinos, el despertó, diciendo: Paciencia, y barajar, y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno, y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro, en la invencion de las antiguedades,

guedades, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondre yo aora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta, es aver sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. 5
Vuestra merced tiene razon, dixo Don Quixote: pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced, de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo) á quien piensa dirigirlos? Señores y Grandes ay en España, á quien puedan dirigirse, dixo el Primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion, que parece se deve al trabajo y cortesia de sus autores. Un principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que si me atreviere á decirlas, quiza despertara la invidia en mas de quatro generosos pechos: pero quedese esto 15 aquí para otro tiempo mas comodo, y vamos á buscar adonde recognos esta noche. No lexos de aquí, respondio el Primo, está una hermita, donde hace su habitacion un hermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo á demas. Junto con la hermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa: pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. Tiene por ventura gallinas el tal hermitaño? pregunto Sancho. Pocos hermitaños estan sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los, que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egypto, que se vestian de hojas de palma, y comian 20 raices de la tierra, y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora: pero no por esto dexan de ser todos buenos, alomenos yo por buenos los juzgo, y quando todo corria turbio menos mal hace el hipocrita que se finge

bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hacía donde ellos estaban venia un hombre á pie, caminando á prisa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas ; quando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo ; Don Quixote le dixo : Buen hombre, deteneos, que parece que vays con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, Señor, respondió el hombre, porque las armas que veys que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios : pero si quisieredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la hermita pienso alojar esta noche, y si es que haceis este mismo camino, alli me hallareis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez ; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle que maravillas eran las que pensava decirles, y como él era algo curioso, y siempre le fatigavan deseos de saber cosas nuevas, ordenó, que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la hermita, donde quisiera el Primo que se quedaran. Hizose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la qual llegaron un poco antes de anochecer : dixo el Primo á Don Quixote, que llegasen á ella á bever un trago. A penas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el Rucio á la hermita, y lo mismo hicieron Don Quixote y el Primo : pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó, que el hermitaño no estuviese en casa, que así se lo dixo una sotahermitaño, que en la hermita hallaron, pidieronle de lo caro, respondio, que su Señor no lo tenía : pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos ay en el camino, donde la huviera satisfecho. A Bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar menos ! Con esto dexaron la hermita, y picaron

hacia

hacia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iva caminando no con mucha prisa, y así le alcanzaron: llevava la espada sobre el ombro, y en ella puesto un bulto, ó emboltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer devian de ser los calzones, ó greguescos, y herreruelo, y alguna camisa, porque traya puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera, las medias eran de seda, y los zapatos quadrados á uso de Corte, la edad llegaría á diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona, 5 iva cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino; quando llegaron á él, acabava de cantar una, que el Primo tomó de memoria, que dicen, que decia.

*A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.*

El primero que le habló fue Don Quixote, diciendole, muy a la 15 ligera camina vuesa merced, señor galan, y adonde bueno, sepamos, si es que gusta decirlo? A lo que el mozo respondió, el caminar tan á la ligera, lo causa el calor, y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra. Como la pobreza? preguntó Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo 20 en este emboltorio unos greguescos de terciopelo compañeros desta ropilla, si los gasto en el camino, no me podre honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros, y así por esto, como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañias de Infanteria, que no estan doce leguas de aquí, donde asentare mi plazza, 25 y no faltarán bagajes en que caminar de alli adelante, hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte: y lleva vuesa merced alguna ventaja

por

por ventura, preguntó el Primo? Si yo huviera servido á algun Grande de España, ó algun principal personage, respondió el mozo, á buen seguro, que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser Alferez, ó Capitanes, ó con 5 algun buen entretenimiento: pero yo desventurado serví siempre á cata riberas, y á gente advenediza de racion y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y sería tenido á milagro que un page aventureo alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y digame por 10 su vida, amigo, preguntó Don Quixote, es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el page: pero así como él que se sale de alguna religion antes de profesar le quitan él habito, y le buelven sus vestidos: así me bolvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á 15 que venian á la Corte se bolvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion avian dado. Notable espilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don Quixote: pero con todo eso tenga á felice ventura el aver salido de la Corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada, 20 ni de mas provecho, que servir á Dios primeramente, y luego á su Rey, y señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, sino mas riquezas, alomenos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las 25 armas, toda via llevan un no sé que los de las armas á los de las letras con un, si sé que dé esplendor, que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que aora le quiero decir, llevelo en la memoria, que le sera de mucho provecho, y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos, que le podran venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea bu-
ena

ena el mejor de todos es el morir. Preguntaronle á Julio Cesar aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte, respondió que la impensada, la de repente, y no prevista, y aunque respondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dixo bien para ahorrarse del sentimiento humano, 5 que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artilleria, ó volado de un mina, que importa, todo es morir, y acabase la obra, y segun Terencio mas bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo, y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia 10 á sus Capitanes, y á los que mandar le pueden, y advirtid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á polvora, que algalias, y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado, ó coxo, alomenos no os podra coger sin honra, y tal que no os la podra menoscabar la pobreza, quanto mas que 15 ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos, y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer lós que ahorran y dan libertad á sus negros, quando ya son viejos, y no pueden servir, y echandoles de casa con titulo de libres los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahor- 20 rarse sino con la muerte, y por aora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi cavallo hasta la venta, y alli cena- reis conigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestrs deseos merecen. El page no aceptó el combite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y 25 á esta sazon dicen, que dixo Sancho entre sí: Valate Dios por Señor, y es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles, que cuenta de la Cueva de Montesinos? Aora bien ello dirá, y en esto llegaron á la venta á tiempo que anoche-

cia,

cia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su Señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al Ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el qual le respondió, que en la cavalleriza estaba acomodando el macho, lo mismo hicieron de sus jumentos el Sobrino, y Sancho, dando á Rozinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

Cap. XXV. Donde se apunta la aventura del Rebuzno, y la gracia del Titerero con las memorables adivinanzas del Mono adivino.

10 **N**o se le cocia el pan á Don Quixote (como suele decirse) hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas, fuele á buscar donde el Ventero le avia dicho que estaba, y hallóle, y dixole, que en todo caso le dixese luego lo que le avia de decir despues, acerca de lo que le avia preguntado 15 en el camino. El hombre le respondió mas despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas, dexeme vuestra merced, Señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le dire cosas que le admiren. No quedo por eso, respondió Don Quixote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, aechandole la cevada, y limpiando el pesebre, humildad, que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia, y sentandose en un poyo, y Don Quixote junto á él, teniendo por senado y auditorio al Primo, al Page, á Sancho Panza, y al Ventero, comenzó á decir desta manera: Sabran vuesas mercedes, que en un lugar, que está quatro 20 leguas y media desta venta, sucedió, que á un Regidor del, por industria, y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de 25 contar,

contar, le faltó un asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles, por hallarle, no fue posible. Quince dias serían pasados, segun es publica voz y fama, que el asno faltava, quando estando en la plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo pueblo le dixo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos donde ha parecido? En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda, y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle, quisele antecoger delante de mí, y traerosle, pero está ya tan montaraz, y tan uraño, que quando llegué á él, se fue huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte, si quereis, que bolvamos los dos á buscarle, dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego buelvo. Mucho placer me hareis, dixo él del jumento, é yo procuraré pagaros lo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma 15 manera, que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos, que estan enterados en la verdad deste caso: en resolucion los dos Regidores á pie, y mano á mano se fueron al monte, y llegando al lugar, y sitio; donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron: 20 viendo pues, que no parecia, dixo el Regidor, que le avia visto el otro. Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, 25 dad el hecho por concluido. Algun tanto decis, compadre, dixo el otro, por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Aora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho

en trecho rebuznareis vos, y rebuznare yo, y no podra ser menos, sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio, y dividien-
5 dose los dos segun el acuerdo, sucedió, que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañadó del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando, que ya el jumento avia parecido, y en vien-
dose dixo el perdidoso: Es posible, compadre, que no fue mi asno él que rebuznó. No fue sino yo, respondió el otro. Aora digo,
10 dixo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no ay alguna dife-
rencia, en quanto toca al rebuznar: porque en mi vida he visto,
ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, res-
pondió el de la traza, mejor os atañen, y tocan á vos, que á mí,
compadre, que por el Dios que me crió, que podeis dar dos re-
15 buznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo;
porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su ti-
empo, y compas, los dexos muchos, y apresurados, y en resolu-
cion yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la van-
dera desta rara habilidad. Aora digo, respondió el dueño, que
20 me tendré, y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré, que sé
alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto, que pensara, que
rebuznava bien, nunca entendí, que llegava al estremo que decis.
Tambien díré yo aora, respondió el segundo, que ay raras habili-
dades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos
25 que no sabén aprovecharse dellas. Las muestras, respondió el
dueño, si no es en casos femejantes como el que traemos entre ma-
nos, nonos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios, que
nos fean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir, y á bolver
á sus rebuznos, y á cada paso se engañavan, y bolvian á juntarse,
hasta que se dieron por contraseño, que para entender, que eran
ellos,

ellos, y no el asno, rebuznaseen dos veces, una tras otra : con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas ; mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos ? y en viendole, dixo 5 su dueño : Ya me maravillava yo, de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno, pero á trueco de averos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo, que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió 10 el otro, pues si bien canta el abad, no le va enzaga el monacillo. Con esto desconsolados, y roncos se bolvieron á su aldea, adonde contaron á sus amicos, vecinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo qual se supo, y se estendió por los lugares 15 circunvecinos : y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenó, é hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dandole en rostro con el rebuzno 20 de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado á 25 tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron han salido contra los burladores los burlados, á darse la batalla , sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguenza : yo creo, que mañana, ó esotro dia han de salir en campana los de mi pueblo, que son los del rebuzno con-

tra otro lugar, que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercibidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas, que aveis visto. Y estas son las maravillas que dixe, que os avia de contar, y sino os lo han parecido, 5 no sé otras : y con esto dió fin á su platica el buen hombre, y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y jubon, y con voz levantada dixo, Señor huesped, ay posada ? que viene aquí el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el Ventero, que aquí está el señor Maese Pedro, buena noche se nos aparea, olvidavaseme de decir, como el tal maese Pedro traya cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado devia de estar enfermo, y el Ventero prosiguió, diciendo. Sea bien venido vuestra merced, señor 15 Maese Pedro, adonde está el mono, y el retablo, que no los veo ? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado, á saber, si ay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitára, para darsela al señor Maese Pedro, respondió el Ventero, llegue el mono, y el retablo, que gente ay esta noche en la venta, 20 que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buenora, respondió él del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo buelvo á hacer, que camine la carreta, donde viene el mono, y el retablo, y luego se bolvió á salir de la venta. Preguntó luego Don Quixote al Ventero, que 25 Maese Pedro era aquel, y que retablo, y que mono traya. A lo que respondió el Ventero, este es un famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando un retablo de Melisendra dada por el famoso don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias, que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto : trae así mismo consigo

un

un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre lós ombros de su amo, y llegandosele al oido le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que estan por venir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nós hace creer, que tiene el diablo en el cuerpo, dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, despues de averle hablado al oido, y así se cree que el tal Maese Pedro 10 está riquísimo, y es hombre galante (como dicen en Italia) y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo, habla mas que seis, y beve mas que doce, todo á costa de su lengua, y de su mono, y de su retablo. En esto bolvió Maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fiel- 15 tro : pero no de mala cara, y á penas le vió Don Quixote, quando le preguntó : Digame vuestra merced, señor adivino, que pexe pillamo, que ha de ser de nosotros, y ves aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el qual respondió por el mono, y dixo : Señor, este animal no responde, ni da noticia 20 de las cosas que estan por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dixo Sancho, no dé yo un ardite, porque me digan lo que por mí ha pasado, porque quien lo puede saber mejor que yo mismo, y pagar yo, porque me digan lo que sé, sería una gran necedad : pero pues sabe las cosas presentes, é a- 25 quí mis dos reales, y digame el señor monísimo, que hace aora mi muger Teresa Panza, y en que se entretiene ; no quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo : no quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios, y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en un brinco se le puso

puso el mono en el, y llegando la boca al oido dava diente con diente muy á priesa, y aviendo hecho este ademan por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fue Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hercules. O resucitador insignie de la ya puesta en olvido Andante Cavalleria, O no jamas como se deve alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, baculo y consuelo de todos los desdichados. Quedó pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atonito el page, abobado él del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero; el qual prosiguió, diciendo: Y tu, ó buen Sancho Panza, el mejor escudero, y del mejor Cavallero del mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porque de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocará yo por la Giganta Andandona, que segun mi señor fue una muger muy cabal, y muy de pro, y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Aora digo, dixo á esta sazon Don Quixote, que él que lee mucho, y anda mucho, ve mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque, que persuasion fuera bastante para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas: pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó

de

de un animo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el page, preguntara al señor mono que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió Maese Pedro (que ya se avia levantado de los pies de Don Quixote) ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera, no importara no aver dineros, que por servicio del Señor Don Quixote, que está presente, dexara yo todos los intereses del mundo, y agora porque se lo devo, y por darle gusto quiero armar mi retablo, y dar placer á quantos estan en la venta sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no estava muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito, que un mono adivinase, ni las de por venir, ni las pasadas cosas, y así en tanto que Maese Pedro acomodava el retablo, se retiró Don Quixote con Sancho á un rincon de la cavalleriza, donde sin ser oidos de nadie, le dixo. Mira Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maese Pedro su amo deve de tener hecho pacto tacito, ó espresso con el demonio. Si el patio es espeso, y del demonio, dixo Sancho, sin duda deve de ser muy sucio patio : pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios ? No me entiendes, Sancho, no quiero decir sino que deve de tener hecho algun concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende, y haceme creer esto el ver que el mono no responde, sino á las cosas pasadas, ó presentes, y la sabiduria del diablo no se puede entender á mas, que los por venir no las sabe, sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios esta reservado conocer los tiempos,

y los

y los momentos, y para él no ay pasado ni por venir, que todo es Presente, y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo : y estoy maravillado como no le han acusado al santo Oficio, y examinadole, y sacado le de quajo, en 5 virtud de quien adivina, porque cierto está que este mono no es Astrologo, ni su amo, ni el alzan, ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora se usan en España, que no ay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, e- 10 chando á perder con sus mentiras e ignorancias la verdad mara- villosa de la ciencia : de una señora sé yo, que preguntó á uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña, que tenía, si se empreñaría, y pariría, y quantos, y de que color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario (despues de aver alzado 15 la figura) respondió, que la perrica se empreñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mescla, con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia, ó de la noche, y que fuese en Lunes, ó en Sabado, y lo que sucedió fue, que de alli á dos dias se murió la perra de ahita, y el 20 señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo ju- diciario, como lo quedan todos, ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dixo Sancho, que vuestra merced dixese á Maese Pedro preguntase á su mono, si es verdad lo que á vuestra merced le pasó en la Cueva de Montesinos, que yo para mí tengo con per- 25 don de vuestra merced que todo fue embeleco, y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. Todo podría ser, respondió Don Quixote : pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé que de escrupulo. Estando en esto llegó Maese Pedro á bus- car á Don Quixote, y decir le que ya estava en orden el retablo ; que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quixote le co-
municó

anunció su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono lo dixese, si ciertas cosas que avia pasado en la Cueva de Montesinos avian sido soñadas, ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que Maese Pedro sin responder palabra, bolvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, 5 dixo: Mirad, señor Mono, que este Cavallero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas, ó verdaderas. Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el ombro izquierdo, y hablandole al parecer en el oido, dixo luego Maese Pedro: El mono dice, que 10 parte de las cosas que vuesa merced vió, ó pasó en la dicha cueva, soñ falsas, y parte verisimiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto á esta pregunta: y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no se me podia asentar, que todo lo que vuesa merced, Señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad. Los sucesos lo diran, Sancho, respondió Don Quixote, que el tiempo descubridor de todas las cosas, no se dexa 20 ninguna que no las saque á la luz del Sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra, y por aora baste esto, y vamonos á ver el retablo del buen Maese Pedro, que para mí tengo, que deve de tener alguna novedad. Como alguna? respondio Maese Pedro; se-senta mil encierra en sí este mi retablo, digole á vuesa merced, mi 25 Señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de ver que oy tiene el mundo, y operibus credite, & non verbis, y manos á labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, y que decir, y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de

candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando se metió Maese Pedro dentro del, que era él que avia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Macse Pedro, para servir de interprete, y declarador de los misterios del tal retablo, tenía una varilla en la mano con que señalava las figuras que salian. Puestos pues todos quantos avia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el truxaman comenzó á decir lo que oirá, y verá el que le oyere, ó viere el capitulo siguiente.

Cap. XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad barto buenas.

Callaron todos Tirios, y Troyanos, quiero decir, pendientes estavan todos los que el retablo miravan de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aquí á vuesas mercedes se representa, es facada al pie de la letra de las Coronicas Francesas, y de los Romances Espanoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles, trata de la libertad que dió el Señor Don Gayferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de Moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamava entonces la que oy se llama Zaragoza, y vean vuestras mercedes alli como está jugando á las tablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: Jugando está á las tablas Don Gayferos,

que

que ya de Melisendra está olvidado, y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza, y ceptro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno le sale á reñir, y advierten con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece, sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun ay autores, que dicen que se los dió, y muy bien dados, y despues de averle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo, harto os he dicho, miradlo: miren vuestras mercedes tambien como el Emperador buelva las espaldas, y dexa despachado á Don Gayferos, el qual ya ven como arroja impaciente de la colera lexos de sí el tablero y las tablas, y pide á priesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la dificil empresa en que se pone: pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice, que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcazar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida a lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo se consolava en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que aora sucede, quiza no visto jamas no veen aquel Moro que callandico, y pasito á paso puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra, pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir, y á limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como

se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro que está en aquellos corredores es el Rey Marsilio de Sansueña, el qual por aver visto la insolencia del Moro, puesto que
5 era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevandole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante, y envaramiento detrás, y veis aquí donde salen á executar la sentencia, aun bien á penas no aviendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre
10 Moros no ay traslado á la parte, ni á prueva, y esteſe, como entre nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta á esta sazon Don Quixote: Seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas, ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y reprobaciones. Tambien dixo maese Pedro
15 desde dentro: Muchacho, no te metas en dibuxos, sino haz lo que ese señor te manda, que sera lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré asi, respondió el muchacho, y prosiguió, diciendo: Esta figura que aquí parece á caballo cubierta con una capa
20 Gascona, es la misma de Don Gayferos, á quien su esposa ya vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo, que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance que dicen:
25 Cavallero si á Francia ides, por Gayferos preguntad. Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio, basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender, que ella le ha conocido, y mas aora que veemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo: mas

ay

ay fin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo: pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirar si se rasgará, ó no el rico faldellin, ase della, y mal su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo, ahorcadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estava la señora Melisendra acostumbrada á semejantes Cavallerias. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales, que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buelven las espaldas, y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via: vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvalento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aqui alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala: No respondió nada el interprete, antes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo fueren ver todo, que no viesen la baxada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio, el qual mandó luego tocar al arma: y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dixo á esta sazon Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atabales, y un genero de dulzainas que parecen nuestras chirimias, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oido por Maese Pedro, cesó el tocar,

car, y dixo: No mire vuestra merced en niñerias, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por ay casi de ordinario mil comedias, llenas de mil impropiadas, y disparates, y con todo eso corren felicisí-
 5 mamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, si quiere represente mas impropiadas que tiene atomos el Sol. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y el mu-
 chacho dixo: Miren quanta, y quan lucida Cavalleria sale de la
 10 ciudad en seguimiento de los dos Catolicos amantes, quantas trom-
 petas que suenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos ataba-
 les y átambores que retumban, temome que los han de alcanzar, y
 los han de bolver atados á la cola de su mismo caballo, que fería un
 horrendo espectaculo. Viendo, y oyendo pues tanta Morisma, y
 15 tanto estruendo, Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda á los
 que huyen, y levantandose en pie en voz alta, dixo, No consentire
 yo que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria á tan
 famoso Cavallero, y á tan atrevido enamorado como Don Gayfe-
 ros: detenços, mal nacida canalla, no le siguais, ni persiguais, sino
 20 conmigo sois en la batalla, y diciendo, y haciendo, desenvainó la
 espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada,
 y nunca vista furia, comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera
 Morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á
 este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibaxo,
 25 tal que si maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cerce-
 nara la cabeza, con mas facilidad que si fuera hecha de masa de
 mazapan; dava voces Maese Pedro, diciendo: Detengase vuestra
 merced, Señor Don Quixote, y advierta, que estos que derriba,
 destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de
 pasta: mire, pecador de mi, que me destruye, y echa á perder

toda

toda mí hacienda. Mas no por esto deixava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y reveses, como lloridos. Finalmente en menos de dos ¹⁰ ~~Crédos~~ dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras, el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeza en dos partes. Alborotóse el Senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la ventana: temió el Primo, acobardóse el page, y hasta el mismo Sanchio Panza tuvo pavor grandísimo, porque como él juró después de pafada la borrasca jamás avia visto á su señor con tan desatinada colera. Hecho 10 pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquéllos que no creen, ni quieren creer, de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros Andantes, miren si no me hallará yo aquí presente, que fuera del buen don Gayferos, y de la hermosa Meli- 15 sendra, á buen seguro, que esta fuera ya la hora que los huvieron alcanzado estos canes, y les húvieran hecho algún desaguizado. En resolucion, viva la Andante Canalleria sobre quantas cosas oy 20 viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo á esta fazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que 25 puedo decir con el Rey don Rodrigo, ayer fuy señor de España, y oy no tengo una almena, que pueda decir que es mia: no ha media hora, ni aun un mediano momento que me vi señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y facos, de infinitos caballos, y de innumerable galas, y agora me 30 veo desolado y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á se que primero que le buelva á mí poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor Cavallero, de quien se dice que ampara pupilos, y endereza tuer- 35 tos, y hace otras obras caritativas, y en mí yo lo ha venido á faltar su

su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos, áall donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el Cavallero de la triste figura avia de ser aquell, que avia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y dixo. No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber, que es mi Señor Don Quixote tan Catolico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio te lo sabrá, y te lo querrá pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras, que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, por que no se puede salvar, quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, diko Don Quixote: pero hasta agora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Como no, respondió Maese Pedro, y estas reliquias que están por este duro y esteril suelo quien las esparció, y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? y cuyos eran sus cuerpos sino míos? y con quien me sustentava yo, sino con ellos? Aora acabo de creer, dixo á este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasava al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayferos Don Gayferos, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la colera, y por cumplir con mi profesion de Cavallero Andante, quise dar ayuda y favor á los que huyan, y con este buen proposito hice lo que aveys visto, si me ha salido al reyes, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido

procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas i vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagarselo luego, en buena y corriente moneda Castellana. Inclinósele Maese Pedro, diciendole: No esperava yo menos de la inaudita Christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos, y aquí el señor Ventero, y el gran Sancho seran medianeros, y apreciadores entre vuestra merced y mí, de lo que valen, ó podían valer las ya deshechas figuras: el Ventero y Sancho dixeron, que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con 10 la cabeza menos al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: ya se ve, quan imposible es bolver á este Rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin, y acabamiento, quattro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote: Pues por esta abertura de arriba á baxo, prosiguió Maese Pedro, tomando 15 en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el Ventero, mediese la partida, y señalen- se le cinco reales. Denselle todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas á menos la monta desta 20 notable desgracia, y acabe presto, Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin narices, y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero y me pongo en lo justo dos reales y doce maravedis. Aun ay sería el diablo, dixo Don Quixote, si ya 25 no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el caballo en que ivan á mí me pareció, que an- tes volava que corria, y así no ay para que venderme á mí el gato por liebre, presentandome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra si viene á mano aora holgandose en Francia con su esposo á

pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que Don Quixote izquierdeava, y que bolvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así 5 le dixo: Esta no deve de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas, que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella quedará contento, y bien pagado. Desta manera fue poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos jueces arbitros con satisfacion de las partes, que 10 llegaron á quarenta reales y tres quartillos, y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono: daselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo aora en albricias, á quien me dixerá con certidumbre que la señora 15 Doña Melifendra, y el señor Don Gayferos estavan ya en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dixo Maese Pedro: pero no avra diablo que aora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecera Dios, 20 y veremonos. En resolucion la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz, y en buena compañia, á costa de Don Quixote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciese se fue él que llevava las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de Don Quixote el Primo, y el page, el 25 uno para bolverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso bolver á entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, á quien el conocia muy bien, y así madrugó antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y á su mono, se fue tambien á buscar sus aventuras. El Ventero, que no conocia a Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad.

Finalmente

Finalmente Sancho le pagó muy bien, por orden de su Señor, y despiendose dél casi á las ocho del dia dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexaremos ir, que así conviene, para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa Historia.

5

Cap. XXVII. Donde se da cuenta, "quienes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la Aventura del Rebuzno, que no la acabó como él quisiera, y como lo tenía pensado.

Entra Cide Hamete Coronista desta grande Historia, con estas palabras en este capitulo. Juro como Catolico Christiano: 10 á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catolico Christiano, siendo él Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el Catolico Christiano quando jura, jura, ó deve jurar verdad, y decirla en lo que dixere, así él la decia, como si jurara como Christiano Catolico, en lo que queria 15 escribir de Don Quixote, especialmente en decir quien era Maese Pedro, y quien el mono adivino, que traya admirados todos aquellos pueblos con sus adivanzas. Dice pues, que bien se acordará él que huviere leido la primera parte desta Historia, de aquel Gines de Passamonte, á quien entre otros Galeotes dió libertad 20 Don Quixote en Sierra Morena, beneficio que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Passamonte, á quien Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fue él que hurtó á Sancho Panza el Rucio, que por no averse puesto el como, ni el quando en la primera parte por culpa de los Impresores, ha dado en que entender á 25

muchos, que atribuyan á poca memoria del autor la falta de la Em-
prenta. Pero en resolucion Gines le hurtó, estando sobre el dur-
miendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Bru-
nelo, quando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el caballo
5 de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha con-
tado. Este Gines pues temeroso, de no ser hallado de la justicia que
le buscava, para castigarle de sus infinitas vellaquerias y delitos,
que fueron tantos, y tales, que él mismo compuso un gran volu-
10 men contandolos, determinó pasarse al Reino de Aragon, y cu-
brirse el ojo izquierdo, acomodandose al oficio de titerero, que
esto, y el jugar de manos lo sabia hacer por estremo: sucedió pues
que de unos Christianos ya libres que venian de Berberia compró
aquel mono, á quien enseñó, que en haciendole cierta señal, se le
subiese en el ombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. He-
15 cho esto, antes que entrafse en el lugar donde entrava con su reta-
blo y mono, se informava en el lugar mas cercano ó de quien el
mejor podia, que cosas particulares huviesen sucedido en el tal lugar,
y á que personas, y llevando las bien en la memoria, lo primero
que hacia, era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una his-
20 toria, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y cono-
cidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono,
diciendo al pueblo, que adivinava todo lo pasado, y lo pre-
sente: pero que en lo de por venir, no se dava maña: por la res-
puesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacia ba-
25 rato, segun tomava el pulso á los preguntantes, y como tal vez lle-
gava á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella mo-
ravan, aunque no le preguntasen nada, por no pagarle, él hacia la
seña al mono, y luego decia, que le avia dicho tal y tal cosa, que
venia de molde con lo sucedido: con esto cobrava credito inefable,
y andavanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, res-
pondia

pondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apurava, ni apretava, á que dixese como adivinava su mono, á todos hacia monas, y llenava sus esqueros. Así como entró en la venta conoció á Don Quixote, y á Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion á Don Quixote, y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estavan : pero huvierale de costar caro, si Don Quixote baxara un poco mas la mano, quando cortó la cabeza al Rey Marsilio, y destruyó toda su Cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que ay que decir de Maese Pedro y de su mono. Y bolviendo á Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de aver salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho que faltava desde allí á las Justas : con esta intencion siguió su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura ; hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de tambores, de trompetas, y arcabuces : al principio pensó que algun tercio de soldados pasava por aquella parte, y por verlos picó á Rozinante, y subió la loma arriba, y quando estuvó en la cumbre, vió al pie della á su parecer mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dixesemos lanzones, ballestas, partefanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Baxó del recuesto y acercóse al esquadron, tanto que distintamente vió las vanderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas trayan, especialmente una que en un estandarte, ó giron de raso blanco venia, en el qual estaba pintado muy al vivo un asno, como un pequeño Sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando, al rededor del estavan escritos de letras grandes estos dos versos.

Ne

*No rebuznaron en valde
El uno y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacó Don Quixote que aquella gente devia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dixo á Sancho, declarandole lo 5 que en el estandarte venia escrito: dixole tambien que él que les avia dado noticia de aquel caso se avia errado en decir que dos Regidores avian sido los que rebuznaron: pero que segun los versos del estandarte, no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Señor, en eso no ay que reparar, que bien puede 10 ser, que los Regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser Alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos titulos, quanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes, ó Regidores, como ellos una por una ayan rebuznado: porque tan á pique está de rebuznar 15 un Alcalde como un Regidor. Finalmente conocieron, y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo, y de lo que se devia á la buena vecindad. Fuese llegando á ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del 20 esquadron le recogieron en medio, creyendo, que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y alli se le pusieron al rededor todos los mas principales del exercito por verle, admirados con la admiracion acostumbrada, en que cayan todos 25 aquellos que la vez primera le miravan. Don Quixote que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase, ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz, y dixo.

Buenos señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais,

veais, que os dis gusta, y enfada, que si esto sucede con la mas minima señal que me hagais pondre un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dixeron que dixese lo que quisiese, que de buena gana le eschucharían. **Don Quixote** con esta licencia profiguió, diciendo: Yo, señores mios, soy Cavallero Andante, 5 cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso, para vengaros de vuestros enemigos. Y aviendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre 10 vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estays engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retandole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion, porque le reta. Exemplo desto tenemos en **Don Diego Ordoñez de Lara**, que 15 retó á todo el pueblo Zamorano, porque ignorava, que solo Vellico Dolfos avia cometido la traicion de matar á su Rey, y así retó á todos, y á todos tocava la venganza, y la respuesta: aunque bien es verdad que el señor **Don Diego** anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los limites del reto, porque no tenía para que 20 retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estavan por nacer, ni á las otras menudencias que alli se declaran: pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija: siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni 25 Pueblo entero, queda en limpio, que no ay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los cazoleros, verengeneros, vallenatos, xavoneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahi en boca de

los

los muchachos, y de gente de poco mas á menos, bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen, y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á qualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita, ó 5 quiera: los varones prudentes, las Republicas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas, y haciendas. La primera por defender la Fé Católica, La segunda por defender su vida, que es de ley natural, y divina. La tercera en defensa de su 10 honra, de su familia, y hacienda. La quarta en servicio de su Rey en la guerra justa, y si le quisieremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas: 15 pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa, y pasatiempo, que de afrenta, parece, que quien las toma carece de todo razonable discurso, quanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede aver alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la qual se nos manda, que 20 hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen, mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu, porque Jesu Christo Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede 25 mentir, siendo legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos avia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes estan obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse. El diablo me lleve, dixo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi Amo no es Tólogo, y sino lo es, que lo parece como un huevo á otro: Tomó un poco

poco de aliento Don Quixote, y viendo que toda via le prestavan silencio, quiso pasar adelante en su platica, como pasara, sino se pusiere en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su Amo se detenia, tomó la mano por él, diciendo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Cavallero de la Triste Figura, y aora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no ay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que 10 él dixere, y sobre mí si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo, quando muchacho que rebuznava, cada y quando que se me antojava fin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad que en rebuznando yo, rebuznavan todos los asnos del 15 pueblo, y no por eso dexava de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era invidiado de mas de quatro de los estirados de mi pueblo, no se me dava dos ardites, y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida, 20 y luego puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estavan junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con el, que sin ser poderoso á otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don 25 Quixote que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le avia dado con la lanza sobre mano: pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle: antes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazavan mil encaradas ballestas, y no menos cantidad de arcabuces, bolvió las rien-

das á Rozinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendandose de todo corazon á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas, y le saliese al pecho, y á cada punto recogía el 5 aliento, por ver si le saltava. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, á penas buelto en sí, y le dexaron ir tras su amo, no porque el tuviese sentido para regirle: pero el Rucio siguió las huellas de Rozinante, sin el qual no se hallava un punto. Alongado pues Don 10 Quixote buen trecho, bolvió la cabeza, y vió que Sancho venia, y atendiole, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron alli hasta la noche, y por no aver salido á la batalla sus contrarios se bolvieron á su pueblo, regocijados y alegres: y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantaran en aquel 15 lugar y sitio un Trofeo.

Cap. XXVIII. De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención.

Quando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta 20 verdad se verificó en Don Quixote, el qual dando lugar á la furia del pueblo, y á las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexava, se apartó tanto quanto le pareció, que bastava para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su Ju- 25 miento, como queda referido. Llegó en fin, ya buelto en su acuerdo, y al llegar, se dexó caer del Rucio á los pies de Rozinante

bante todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeóse Don Quixote para catarle las feridas: pero como le hallase liso de los pies á la cabeza, con brasaz, color alce, dixo: Tari en hor mala supistes vos rebuznar, Sancho, y donde hallastes vos ser buzo el nombrar la soga en casa del ahorcado, á musica de rebuznos: 5 que contrapunto se avia de llevar, sino de varapalo. Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el persignum Crucis con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece, que hablo por las espaldas, subamos y apartemonos de aquí, que yo pondre silencio 10 en mis rebuznos: pero no en dexar de decir, que los Cavalleros Andantes huyen, y dexan á sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye él que se retira, respondió Don Quixote, porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama 15 temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna que á su animo. Y así yo confieso que me he retirado: pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto estan las historias llenas, las quales por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las 20 refiero aora. En esto ya estaba á caballo Sancho ayudado de Don Quixote, el qual así mismo subió en Rozinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de alli se parecia. De quando en quando dava Sancho unos ayes profundisimos, y unos gemidos dolorosos. Y preguntandole Don 25 Quixote la causa de tan amargo sentimiento; Respondió, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia, de manera que le sacava de sentido. La causa dese dolor deve de ser sin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas

esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mí, tan encubierta estava la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo: si me dolieran los tovillos, aun pudiera ser, que se anduviera adivinando el porque me dolian, pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, Señor nuestro Amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que 10 puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo, porque si esta vez me ha dexado apalear, otra y otras ciento bolveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherias, que si aora me han salido á las espaldas, despues me saldran á los ojos. Harto mejor haría yo, si no que soy un barbero, y no haré nada 15 que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haría yo, buelvo á decir, en bolverme á mi casa, y á mi muger, y a mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fue servido de darmes, y no andarme tras vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras, que no las tienen, beviendo mal, y comiendo peor: 20 pues tomadme el dormir, contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestra buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la Andante Cavalleria, ó alomenos al primero que quiso ser escudero 25 de tales tontos, como devieron ser todos los Cavalleros Andantes pasados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno dellos los tengo respeto, y porque sé, que sabe vuestra merced un punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, sin que nadie os vaya á la mano,

mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y á la boca, que á truco de que á vos no os duela nada, tendre yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias, y si tanto deseays bolveros á vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida, dineros teneis mios, mirad quanto ha, que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y deveis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuestra merced bien conoce, dos ducados ga- 10 nava cada mes, amen de la comida: con vuestra merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé, que tiene mas trabajo el escudero del Cavallero Andante, que él que sirve á un labrador, que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que fuceda, á la noche cenamos olla, y dormi- 15 mos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo á vuestra merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, y beví, y dormí en casa de Basilio: todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al 20 cielo abierto, sugeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentandome con rajas de queso, y mendrugs de pan, y beviendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: quanto 25 parece que os devo dar mas de lo que os dava Tomé Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que vuestra merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado, esto es quanto al salario de mi trabajo: pero en quanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuestra merced me tiene hecha, de darme el govierno de una insula, sería justo, que se me añadiesen

añadiesen otros seys reales, que por todos serían treinta. Está muy bien, replicó Don Quixote, y conforme al salario que vos os aveis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo; contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os 5 tengo dicho de vuestra mano. O cuerpo de mí, dixo Sancho, que va vuestra merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuestra merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos. Pues que tanto ha, Sancho, que os la prometí, dixo Don Quixote? Si yo 10 mal no me acuerdo, respondió Sancho, deve de aver mas de veinte años tres dias mas á menos. Dióse Don Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses á penas, y dices, Sancho, que ha veinte años 15 que te prometí la insula? Aora digo, que quieres que se consuman en tus salarios el dinero que tienes mio, y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero holgareme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escu- 20 deriles de la Andante Cavalleria, donde has visto tú, ó leido, que ningun escudero de Cavallero Andante se aya puesto con su señor, en quanto mas tan, mas tanto me aveis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, entrate, malandrín, follon, y vestiglo, que todo lo pareces, entrate, digo, por el mare magnum de sus historias, y si hal- 25 lares que algun escudero aya dicho, ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro. Buelve las riendas, ó el cabestro al Rucio, y buelvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. O pan mal co- conocido! ó promesas mal colocadas! ó hombre, que tiene mas de
en el sup. otra sén. sin la sén. se envalvó lo envalvó la bestia
ajedrez

bestia que de persona, aora, quando yo pensava ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu muger te llamaran Señoria, te despides? Aora te vas? quando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin como tu has dicho otras veces, no es la miel &c. asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar, quando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su ultimo termino que tú caigas, y des en la cuenta de que eres bestia. Mirava Sancho á Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia: y compungíose de manera que le vinieron las lagrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: Señor mío, yo confieso, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si vuestra merced quiere ponermela, yo la daré por bien puesta, y le servire como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia, mas quien yerra, y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillarame yo, Sancho, fino mezclaras algun refran- cico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haría, aunque facase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias: pero con todo eso dieron los ojos al su- eño,

eno, y al salir del alva siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capitulo venidero.

Cap. XXIX. De la famosa Aventura del Barco encantado.

5 **P**OR sus pasos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al río Ebro, y el verle fue de gran gusto á Don Quixote, porque contempló y miró en el la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos 10 cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos, especialmente fue, y vinó en lo que avia visto en la Cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le avia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas, que á las mentiroosas, bien 15 al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira.

Yendo pues desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño Barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un arbol que en la ribera estaba. Miró Don Quixote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni 20 mas se apeó de Rozinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un alamo, ó sauce que alli estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento. Respondió Don Quixote: has de saber Sancho, que este Barco que 25 aquí está derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y combidando, á que entre en el, y vaya en el á dar

socorro

socorro á algun Cavallero, ó á otra necesitada y principal persona, que deve de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros de las historias Cavallerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y platican quando, algun Cavallero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado del, sino 5 por la mano de otro Cavallero, puesto que esten distantes el uno del otro, dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un bareo, donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar donde quieren, y adonde es menester su ayuda, así que, ó Sancho, este 10 barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es aora de dia, y antes que este se pase, ata juntos al Rucio, y á Rozinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dexaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuestra merced quiere dar á cada paso en estos 15 que no sé si los llame disparates, no ay sino obedecer y baxar la cabeza, atendiendo al refran: Haz lo que tu amo te manda, y si entate con él á la mesa: pero con todo esto por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuestra merced que á mí me parece, que este tal barco no es de los encantados, sino de 20 algunos pescadores deste río, porque en el se pescan las mejores saboras del mundo. Esto decia mientras atava las bestias Sancho, dexandolas á la protecion y amparo de los encantadores con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que él que los llevaría á ellos por 25 tan longinquos caminos, y regiones tendría cuenta de sustentarlos. No entiendo eso de logicuos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondió Don Quixote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber Latin, como algunos que presu-

men que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, que hemos de hacer aora? Que? respondió Don Quixote, santi-
 guarnos, y llevar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la a-
 marra con que este barco está atado, y dando un salto en el, si-
 5 guiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando
 poco á poco de la ribera, y quando Sancho se vió obra de dos varas
 dentro del río, comenzó á temblar, temiendo su perdición: pero
 ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al Rucio, y el ver,
 que Rozinante pugnava por desatarse, y dixole á su señor: el Ru-
 10 cio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura
 ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. O carísimos a-
 migos, quedaos en paz, y la locura, que nos aparta de vosotros,
 convertida en desengaño nos buelva á vuestra presencia; y en esto
 comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quixote mohino,
 15 y colérico le dixo: De que temes, covarde criatura? de que llo-
 ras, corazón de mantequillas? quien te persigue, ó quien te acosa,
 animo de raton casero, ó que te falta, menesteroso, en la mitad de
 las entrañas de la abundancia? por dicha vas caminando á pie, y
 descalzo por las montañas Rifeas? sino sentado en una tabla como
 20 un Archiduque, por el sesgo curso desté agradable río, de donde
 en breve espacio faldremos al mar dilatado? pero ya avemos de a-
 ver salido, y caminado por lo menos setecientas, ó ochocientas
 leguas, y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura
 del Polo, yo te dixerá las que hemos caminado, aunque, ó yo sé
 25 poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la linea Equi-
 nocial, que divide y corta los dos contrapuestos Polos en igual dis-
 tancia. Y quando lleguemos á esa leña que vuestra merced dice,
 preguntó Sancho, quanto avremos caminado? Mucho, replicó
 Don Quixote, porque de trescientos y sesenta grados que contiene
 el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptolomeo,
 que

que fue el mayor cosmografo que se sabe, la mitad avremos caminado, llegando á la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto, y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado, al nombre y al computo, y cuenta del cosmografo Ptolomeo, y dixole : Sabrás, Sancho, que los Espanoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que á todos los que van en el navio se 10 les mueren los piojos, fin que les quede ninguno, ni en todo el vangel le hallaran, si le pesan á oro, y así puedes Sancho pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda, y sino, pasado avemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho : pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé 15 para que ay necesidad de hacer esas experienrias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alemañas dos varas, porque alli estan Rozinante, y el Rucio en el propio lugar que los dexamos, y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto á tal, que 20 no nos movemos, ni andamos al paso de una hormiga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa seán coluros, lineas, paralelos, zodiacos, cliticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste, y terrestre, que si todas 25 estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente, que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imagines hemos dexado atras, y vamos dexando aora. Y tornote á decir, que te tientes, y pesques, que yo para mí tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel, liso y blanco. Tentóse Sancho, y llevando con la mano bonitamente, y con tiento, hacia la corba iz-

quierda, alzó la cabeza, y miró á su Amo y dixo: O la experien-
cia es falsa, ó no hemos llegado á donde vuesa merced dice, ni con
muchas leguas. Pues que, preguntó Don Quixote: has topado
algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos,
5 se lavó toda la mano en el río, por el qual sosegadamente se desli-
zava el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna
inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo
curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron
unas grandes haceñas, que en la mitad del río estavan, y apenas
10 las huvo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo á Sancho:
Vees alli, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo, ó fortaleza,
donde deve de estar algun Cavallero oprimido, ó alguna Reyna,
Infanta, ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.
Que diablos de ciudad, fortaleza, ó castillo, dice vuesa merced, Se-
15 ñor, dixo Sancho, no echa de ver, que aquellas son haceñas que
estan en el río donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don
Quixote, que aunque parecen haceñas no lo son, y ya te he dicho
que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los en-
cantos, no quiero decir que las mudan de uno en otro ser real-
20 mente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la
transformacion de Dulcinea, unico refugio de mis esperanzas. En
esto el barco entrado en la mitad de la corriente del río comenzó
á caminar no tan lentamente como hasta alli. Los Molineros de
las hazeñas que vieron venir aquel barco por el río, y que se iva á
25 embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos
dellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados, y
cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, repre-
sentavan una mala vista, davan voces grandes, diciendo, demo-
nios de hombres, donde vais? venis desesperados, que quereis
ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? No te dixe yo, San-
cho,

cho, dixo á esta sazon Don Quixote, que aviamos llegado donde
he de mostrar, á do llega el valor de mi brazo? mira que de malan-
drines y follones me salen al encuentro: mira quantos vestigios
se me oponen: mira quantas feas cataduras nos hacen co-
cos: pues aora lo vereis, vellacos, y puesto en pie en el 5
barco con grandes voces coménzó á amenazar á los Molineros,
diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su
libertad y libre alvedrio á la persona que en esa vuestra fortaleza, ó
prision teneis oprimida, alta, ó baxa, de qualquiera suerte, ó cali-
dad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el 10
Cavallero de los Leones por otro nombre, á quien está reservada
por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y dici-
endo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el
aire contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo a-
quellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco que ya 15
iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas, puso Sancho de
rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librarse de tan manifiesto
peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los Molineros,
que oponiendose con sus palos al barco le detuvieron: pero no de ma-
nera que dexasen de trastornar el barco, y dar con Don Quixote, y 20
con Sancho al traves en el agua: pero vinóle bien á Don Quixote
que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó
al fondo dos veces, y sino fuera por los Molineros que se arrojaron
al agua, y los sacaron como en peso á entrumbos, alli avia sido
Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que mu- 25
ertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los
ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plega-
ria, le librarse de alli adelante de los atrevidos deseos y acometi-
mientos de su Señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del
barco, á quien avian hecho pedazos las ruedas de las hazeñas, y
viendole

viendole roto, acometieron á desnudar á Sancho, y á pedir á Don Quixote se lo pagase, el qual con gran sosiego, como si no huviera pasado nada por él, dixo á los Molineros, y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre
5 y fin cautela á la persona, ó personas que en aquel su castillo estavan oprimidas. Que personas, ó que castillo dice, respondió uno de los Molineros, hombre fin juicio, quieres te llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas haceñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta
10 canalla, á que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta, el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves, Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y
15 alzando la voz prosiguió diciendo, y mirando á las haceñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro Cavallero deve de estar guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó
20 con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo, á dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso al parecer de los otros hombres, y no acabavan de entender
25 á do se encaminavan las razones y preguntas que Don Quixote les decia, y teniendolos por locos les dexaron, y se recogieron á sus haceñas, y los pescadores á sus ranchos. Bolvieron á sus bestias y á ser bestias, Don Quixote, y Sancho: y este fin tuvo la Aventura del Encantado Barco.

Cap. XXX. De lo que le avino á Don Quixote con una bella Cazadora.

ASAZ melancolicos, y de mal talante llegaron á sus amales Cavallero, y escudero, especialmente Sancho, á quien llegava al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole que todo lo que del se quitava, era quitarselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque maguer era tonto, bien se le alcanzava, que las acciones de su Amo todas, ó las mas eran disparates, y buscava ocasión de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su Señor, un dia se desgarrase, y se fuese á su casa: pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que el temía.

Sucedió pues, que otro dia al poner del sol, y al salir de una selva tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo del vió gente, y llegandose cerca conoció que eran cazadores de Altanería; llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda Señora sobre un palafren, ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes, y con un sillón de plata. Venia la Señora así mismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traya un Azor, señal que dió á entender á Don Quixote ser aquella alguna gran Señora, que devia ser lo de todos aquellos cazadores, como era la verdad, y así dixo á Sancho: corre, hijo Sancho, y

15

dí

dí á aquella Señora del palfren, y del Azor, que yo, el Cavallero de los Leones besa las manos á su gran fermosura, y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en quanto mis fuerzas pudieren, y su Alteza me mandare: y mira, Sancho, 5 como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador, respondió Sancho. A mí con eso, si que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Sino fue 10 la que llevaste á la Señora Dulcinea, replicó Dón Quixote, yo no sé que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho: pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena, quiero decir, que á mí no ay que decirme, ni advertirmé de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo don Quix- 15 ote, ve en buena hora, y Dios te guie.

Partió Sancho de carrera sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella Cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dixo: Hermosa Señora, aquel Cavallero que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones es mi Amo, y yo soy 20 un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que se llamava el de la Triste Figura, embia por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su propósito y beneplacito, y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es 25 otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería, y fermosura, que en darsela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la Señora, vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden: levantaos del suelo, que escudero 30 de

de tan gran Cavallero como es él de la Triste Figura (de quien ya tenemos acá mucha noticia) no es justo que esté de hinojos, levantados, amigo, y decid á vuestro Señor, que venga mucho en hora buena, á servirse de mí, y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza, y cortesía, y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de su Señor el Cavallero de la Triste Figura, y que sino le avia llamado él de los Leones, devia de ser por averselc puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo titulo aun no se sabe) decidme, hermano 10 escudero, este vuestro Señor, no es uno de quien anda impresa una Historia, que se llama del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, Señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo, que anda, ó deve de andar en la tal Historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelego yo mucho, dixo la Duquesa, id, hermano Panza, y decid á vuestro Señor, que él sea el bien llegado, y el bien venido á mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento 20 me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto bolvió á su Amo, á quien contó todo lo que la gran señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos á los cielos su mucha hermosura, su gran donaire, y cortesía. Don Quixote le gallardeó en la filla: pusose bien en los estrivos, acomodóse la visera, arremetió á Rozinante, y con gentil denuedo fue á besar las manos á la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada suya, y los dos por aver leido la primera parte desta Historia, y aver entendido por ella el disparatado humor de Don

Quixote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixese, tratandole como á Cavallero Andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Cavallerías, que ellos avian leido, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estrivo: pero fue tan desgraciado, que al apearse del Rucio, se le afió un pie en una soga roto del albarda de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado del, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quixote que no tenía en costumbre apearse, sin que le tuviesen el estrivo, pensando que ya Sancho avia llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo y llevóse tras sí la filla de Rozinante, que devia 15 de estar mal cinchado, y la filla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun toda vía tenía el pie en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron á Don Quixote mal trecho de la 20 caida, y renqueando, y como pudo, fue á hincar las rodillas ante los dos señores: pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeandose de su caballo fue á abrazar á Don Quixote, diciéndole: A mí me pesa, Señor Cavallero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra aya sido tan mala 25 como se ha visto: pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, Valeroso Principe, respondió Don Quixote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos: pues de allí me levantara, y me sacara la gloria de averos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata, y cincha

y cincha una silla para que esté firme: pero como quiera que yo me halle, caido, ó levantado, á pie, ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro, y al d^e mi Señora la Duquesa, digna conforte vuestra, y digna Señora de la hermosura y universal Princesa de la cortesia. Pasito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde está mi Señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras hermosuras.

Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose alli cerca, antes que su Amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi Señora Dulcinea del Toboso: pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que hace vasos de barro, y él que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres, y ciento, digolo, porque mi señora la Duquesa á fe que no va enzaga á mi Ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolvióse Don Quixote á la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso dél que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondió la Duquesa, de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias, y los donaires, Señor Don Quixote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioso, y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, anadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras, y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho, que ya no ay triste figura. El figura sea él de los Leones. Profirió el Duque, digo, que venga el

Señor Cavallero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se deve justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hacer á todos los Cavalleros Andantes que á el llegan. Ya en esto Sancho avia a-
 5 derezado, y cinchado bien la silla á Rozinante, y subiendo en él
 Don Quixote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la
 Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Du-
 quesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustava infinito de
 10 oír sus disereciones. No se hizo de rogar Sancho, y entre texióse
 entre los tres, y hizo quarto en la conversacion, con gran gusto
 de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron á gran ventura aco-
 geren su castillo tal Cavallero Andante, y tal escudero andado.

Cap. XXXI. Que trata de muchas, y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevava consigo Sancho, viendose
 15 á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le fi-
 gurava, que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de
 Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena
 vida, y así tomava la ocasion por la melena en esto del regalarse,
 20 cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta pues la Historia, que
 antes que á la plaza de placer, ó castillo llegasen, se adelantó el
 25 Duque, y dió orden á todos sus criados, del modo que avian de
 tratar á Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa á las
 puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos, ó pala-
 freneros, vestidos hasta en pies de unas ropa que llaman de le-
 vantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quixote en
 brazos, sin ser oido ni visto le dixeron, vaya la vuestra grandeza á
 apear

apear á mi Señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y huvo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso: pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ó báxar del palfren, sino en los brazos del Duque, diciendo: que no se hallava digna de dar á tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los ombros á Don Quixote un gran manto de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos ó los mas dersamavan pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques, de todo lo qual se admirava Don Quixote, y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció, y creyó ser Cavallero Andante verdaderb, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo que él avia leido se trataban los tales Cavalleros en los pasados siglos. Sancho desamparando al Rucio se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dexava al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña, que con otras á recibir á la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondió la Dueña, que es lo que mandays, hermano? A lo que respondió Sancho: Queria que vuestra merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mió, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de en hora mala para vds, y para quien acá os truxo, y tened cuenta con vuestra jumento, que las dueñas desta casa

casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido yo decir á mi Señor que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vinó, que damas curavan dél, y dueñas del su rozino, y 5 que en el particular de mi Asno, que no le trocara yo con el rozin del Señor Lanzarote. Hermano, si soys juglar, replicó la Dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perdera vuesa mer-10 ced la quinola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dixo la Dueña, toda ya encendida en colera, si soy vieja, ó no, á Dios daré la cuenta, qué no á vos, vellaco, harto de ajos, y esto dixo en voz tan alta que lo oyó la Duquesa, y bolviendo, y viendo á la Dueña, tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntó, 15 con quien las avia. Aquí las he, respondió la Dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la cavalleriza á un asno suyo, que está á la puerta del castillo, trayendome por exemplo, que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su ro-20 zino, y sobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quantas pudieran decirme, y hablando con Sancho le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usanza, que por los 25 años. Malos sean los qué me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixe por tanto, solo lo dixe, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció, que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oya, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar

de

de su menester donde quiera que estuviere. Aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél, y si en la cavalleriza se me acordara, allí hablaría. A lo que dixo el Duque, Sancho está muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al Rucio se le dara recado, á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. 5

Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á Don Quixote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quixote en una sala adornada de telas riquísimas de oro, y de brocado, seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del Duque, 10 y de la Duquesa de lo que avian de hacer, y de como avian de tratar á Don Quixote, para que imaginase, y viese que le trataban como Cavallero Andante. Quedó Don Quixote despues de desarmado en sus estrechos greguescos, y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas que por de dentro se besava la una 15 con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian, con disimular la risa (que fue una de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentaron riendo. Pidieronle, que se dexase desnudar, para una camisa: pero nunca lo consintió, diciendo: que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros Andantes como la valentia. Con todo dixo, que diesen la camisa á Sancho, y encerrandose con él en una quadra, donde estaba un rico lecho se desnudó, y vistió la camisa, y viéndose solo con Sancho le dixo: Dime, truhan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda, y tan 20 digna de respeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó Señores son estos para dexar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela teñido.

teñido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es temido el Señor quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los Príncipes á los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No 5 adviertes, angustiado de tí, y mal aventurado de mí, que si veen, que tú eres un grosero villanó, ó un mentecato gracioso, pensarán, que yo soy algun echacuervos, ó algun Cavallero de mohatra. No, no, Sanchó amigo, huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador, y en gracioso, al primer puntapié cae, 10 y da en truhan desgraciado; enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, antes que te salgan de la boca, y advierte, que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la bo- 15 ca, ó morderse la lengua antes de hablar palabra, que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandava, y que des- cuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien el- los eran. Vistióse Don Quixote, puso su tahali con su espada, echóse el manton de escarlata acuestas, puso una montera de raso 20 verde, que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas, á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias. Luego lle- garon doce pages con el maestresala para llevarle á comer, que 25 ya los señores le aguardavan. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y magestad, le llevaron á otra sala donde estaba puesta una rica mesa, con solos quatro servicios; la Duquesa, y el Duque sa- lieron á la puerta de la sala á recibirlle, y con ellos un grave Ecle- siastico, destos que goviernan las casas de los Príncipes, destos que como no nacen Príncipes, no acierto á enseñar como lo han

de

de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrechez de sus animos: destos que queriendo mostrar á los que ellos goviernan á ser limitados, les hacen ser miserables: destos tales, digo que devia de ser el grave Religioso, que con los Duques salió á recibir á Don Quixote: hicieronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quixote en medio se fueron ásentar á la mesa. Combidó el Duque á Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la huvo de tomar. El Eclesiastico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atonito de ver la honra que á su Señor aquellos Príncipes le hacían, y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que pasaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dixo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de los asientos; á penas huvo dicho esto Sancho, quando Don Quixote tembló, creyendo sin duda alguna, que avia de decir alguna necedad. Miróle Sancho y entendióle, y dixo: no tema vuestra merced, Señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuestra merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien, ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quixote, dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi Señor Don Quixote que está presente no me dexará mentir. Por mí, replicó Don Quixote, miente tú, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré á la mano: pero mira lo que vas á decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que á buen salvo está él que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á

este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quierole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos días, dixo Sancho, viva vuestra Santidad por el buen credito que de 5 mí tiene, aunque en mí no lo aya, y el cuento que quiero decir es este. Combidó un Hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonso de Marañon, Cavallero del habito de Santiago, que se ahogó en la 10 Herradura, por quien huvo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo, mi Señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Bala-
vastro el herrero. No es verdad todo esto, Señor nuestro Amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun 15 hablador mentiroso. Hasta aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador que por mentiroso: pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré: tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que deves de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento porque llevas camino de no a-
20 cabar en dos días. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que huviese llevado en mi vida. Digo pues, Señores mios, prosiguió Sancho, que este tal Hidalgo, que yo co-
25 nozco como á mis manos (porque no ay de mi casa á la suya un tiro de ballesta) combidó un labrador pobre, pero honrado: ade-
lante, hermano, dixo á esta sazon el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho, y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho Hidalgo combida-
dor,

dor, que buen poso aya su anima, que ya es muerto, y por mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé presente, que avia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al Hidalgo (sino quereis hacer mas exequias) acabeis vu- 5
estro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recibían los Duques del disgusto que mostrava tomar el buen Religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumiendo en colera y en 10
rabia. Digo así, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse á la mesa, el labrador porfiava con el Hidalgo que to-
mase la cabecera de la mesa, y el Hidalgo porfiava tambien que el
labrador la tomase, porque en su casa se avia de hacer lo que el
mandase, pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, ja- 15
mas quiso, hasta que el Hidalgo mohino, poniendole ambas manos
sobre los ombros le hizo sentar por fuerza, diciendole: Sentaos,
maja granzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra
cabecera, y este es el cuento, y en verdad, que creo que no ha sido
aquí traído fuera de proposito. Pusose Don Quixote de mil colo- 20
res, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian: los Seño-
res disimularon la risa, porque Don Quixote no acabase de correrse,
aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica,
y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó
la Duquesa á Don Quixote, que que nuevas tenía de la Señora 25
Dulcinea, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes
de gigantes, ó malandrines, pues no podia dexar de aver vencido
muchos. A lo que Don Quixote respondió: Señora mia, mis
desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendran fin, gigan-
tes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado: pero a-

donde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labrador que imaginarse puede? No sé, dixo Sancho Panza, á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, y en el brincar bien sé yo, que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fé, Señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borriça, como si fuera un gato. Ayerla visto vos encantada, Sancho, preguntó el Duque? Y como si la he visto, respondió Sancho, pues quien diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? tan encantada está como mi padre. El Eclesiastico, que oyó decir de gigantes, de follones, y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel devia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leya el Duque de ordinario, y él se lo avia reprehendido muchas veces, diciendole, que era disparate, leer tales disparates: y enterandose ser verdad lo que sospechava, con mucha colera hablando con el Duque le dixo: Vuestra Excelencia, Señor mio, tieñe que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quixote, ó Don tonto, ó como se llama, imagino yo, que no deve de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones á la mano, para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y bolviendo la platica á Don Quixote le dixo: y á vos, alma de cantaro, quien os ha encajado en el celebro que sois Cavallero Andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? andad en hora buena, y en tal se os diga, bolveos á vuestra casa, y criad vuestrlos hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á quantos os conocen, y no conocen. En donde nora tal aveis vos hallado que huvo, ni ay aora Cayalleros Andantes? donde ay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan. Atento estuvo Don Quixote a las razones de aquel venerable

nerable varon, y viendo que ya callava, sin guardar respeto á los Duques con semblante airado, y alborotado rostro se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta capitulo por sí merece.

Cap. XXXII. De la respuesta que dió Don Quixote á su Reprehensor con otros graves y graciosos sucesos.

5

LEvantado pues en pie Don Quixote temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuefa merced profesa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber, que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuefa merced, de quien se devia esperar antes buenos consejos, que infames vituperios; las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren, 15 y otros puntos piden. Alomenos el averme reprehendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni mas 20 mentecato y tonto. Sino dígame vuefa merced por qual de las mentecaterias que en mí ha visto me condena, y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el govierno della, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ó los tengo: no ay mas fino á troche moche entrarise por las casas agenas, á gover- 25 nar sus dueños, y aviendose criado algunos en la estrechez de al-

gun

gun pupilage, sin aver visto mas mundo, que el que puede contenerse en veinte, ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la Cavalleria, y á juzgar de los Cavalleros Andantes ? por ventura es asumpto vano, ó es tiempo mal gasto el que se 5 gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad ? si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuviera lo por afrenta irreparable : pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca 10 entraron, ni pisaron las sendas de la Cavalleria, no se me da un ardite ; Cavallero soy, y Cavallero he de morir si place al Altísimo : unos van por el ancho campo de la ambicion sobervia, otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera religion : pero yo inclinado de mi estrella voy por la angosta senda de la 15 Cavalleria Andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra ; yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestigios ; yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso, que los Cavalleros Andantes lo sean, y siendolo, no soy de los enamorados viciosos, 20 sino de los Platonicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno : si él que esto entiende, si él que esto obra, si él que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no 25 diga mas vuestra merced, Señor y Amo mio, en su abono, porque no ay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo : y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay Cavalleros Andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho ? Por ventura, dixo el Eclesiastico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza, que di-
cen,

cen, á quien vuestro amo tiene prometida una insula ? Si soy, respondió Sancho, y soy, quien la merece, tambien como otro qualquiera, soy quien juntate á los buenos, y serás uno dellos, y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces, y de los quien á buen arbol se arrima buena sombra le cobija ; yo me he 5 arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo, y viva él, y viva yo, que ni á él le faltarán Imperios que mandar, ni á mí Insulas que governar. No por cierto, Sancho amigo, dixo á esta fazon el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el 10 Gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies á su Excelencia, por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho. Lo qual visto por el Eclesiastico se levantó de la me á mohino a- 15 demas, diciendo, por el habito que tengo, que estoy por decir, que es tan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores, mirad fino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras, quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar, y sin decir mas, ni comer mas, se fue, 20 sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aun- que el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que su imper- tinente colera le avia causado. Acabó de reir, y dixo á Don Quixote, vuestra merced, Señor Cavallero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que 25 aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravan las mugeres, no agravan los Eclesiasticos, co- mo vuestra merced mejor sabe. Así es, respondió Don Quixote, y la causa es, que él que no puede ser agraviado, no puede agra- viar á nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos como

no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser a-
frentados, porque entre el agravio y la afrenta ay esta diferencia,
como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte
de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta, el agravio puede
5 venir de qualquier parte, sia que afrente. Sea exemplo: está uno
en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dandole
de palos, pone mano á la espada, y hace su dever: pero la mu-
chedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con
su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado: pero
10 no afrentado, y lo mismo confirmará otro exemplo. Está uno bu-
elto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandoselos, huye,
y no espera, y el otro le sigue, y no alcanza: este que recibió los
palos, recibió agravio mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser
sustentada. Si él que le dió los palos, aunque se los dió á hurtado
15 cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo
rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado
juntamente: agraviado, porque le dieron á traicion: afrentado,
porque él que le dió sustentó lo que avia hecho, sin bolver las es-
paldas, y á pie quedo, y así segun las leyes del maldito duelo, yo
20 puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no si-
enten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que esperar,
y lo mismo los constituidos en la sacra Religion, porque estos tres
generos de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y así
aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo estan
25 para ofender á nadie, y aunque poco ha dixe, que yo podia estar
agraviado, agora digo, que no en ninguna manera, porque quien
no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las quales ra-
zones yo no devo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me
ha dicho: solo quisiera, que esperara algun poco para darle á en-
tender en el error en que está, en pensar y decir, que no ha avido,

ni los ay Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo sé, que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ó como á un melon muy maduro, bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas, para mi santiguada que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvan huviera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años, no sino tomarsé con ellos, y viera como escapava de sus manos. Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenía por mas gracioso, y por mas loco que á su amo, y muchos huvo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente Don Quixote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, así mismo de 15 plata, y la otra con dos blanquissimas y riquissimas toallas al ombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de javon Napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire, y desemboltura encaxó la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, 20 el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo, que devia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y así tendió la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del javon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de 25 nieve, que no eran menos blancas las javonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estavan esperando, en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La Doncella Barbera, quando le tuvo con un palmo de javonadura, fingió que

se le avia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quixote esperaría. Hizolo así, y quedó Don Quixote con la mas estraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Miravanle todos los que presentes estavan, que eran muchos, y como le veyan con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de javon, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder disimular la risa, las doncellas de la burla tenían los ojos baxos, sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozava la colera 10 y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quixote de aquella fuerte. Finalmente la doncella del aguamanil vinó, y acabaron de lavar á Don Quixote, y luego la que traya las toallas le limpió, y le enjugó muy 15 reposadamente, y haciendole todas quatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir: pero el Duque, porque Don Quixote no cayese en la burla, llamó á la Doncella de la fuente, diciendole, venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua: la muchacha aguda y diligente llegó, y puso 20 la fuente al Duque como á Don Quixote, y dandose priesa le lavaron y javonaron muy bien, y dexandole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron: despues se supo que avia jurado el Duque, que si á él no le lavaron como á Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente, 25 con averle á él javonado.

Estava atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: Valame Dios, si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como á los Cavalleros? Porque en Dios y en mi anima que lo he bien menester, y aunque si me las raspen á navaja lo tendría á mas beneficio. Que decis entre vos Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, Señora, respondió él, que

en las Cortes de los otros Príncipes siempre he oido decir, que en levantando los manteles dan agua á las manos: pero no lejia á las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho, por ver mucho, aunque tambien dicen, que él que larga vida vive mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por aora alomenos, que andando el tiempo Dios dixo lo que será. Mirad, Maestresala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió, que en todo sería servido el señor Sancho, y con esto se fue á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques, y Don Quixote hablando en muchas y diversas cosas: pero todas tocantes al ejercicio de las armas, y de la Andante Cavalleria.

La Duquesa rogó á Don Quixote, que le delinease y descrívese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura, y facciones de la Señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonava de su belleza, tenía por entendido, que devia de ser la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandava, y dixo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decirlo, que á penas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en el toda retratada: pero para que es ponerme yo aora á delineas y descrivir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros que de los mios? Empresa, en quien se devian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y gravarla en tablas, en marmoles, y en

bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Que quiere decir Demostina, Señor Don Quixote, preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida? Retorica Demostina, respondió Don Quixote, es lo 5 mismo que decir Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retoricos del mundo. Así es, dixo el Duque, y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta: pero con todo eso nos daría gran gusto el Señor Don Quixote, si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en 10 rasguño, y bosquexo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió Don Quixote, sino me la huviera borrado de la idea la desgracia, que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para descrivirla, porque avran de saber vuestras grandezas, que yendo 15 los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, benplacito, y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscava, hallela encantada, y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de reposada en brincadora, de luz en 20 tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. Valame Dios! dando una gran voz, dixo á este instante el Duque: Quien ha sido él que tanto mal ha hecho al mundo? Quien ha quitado del la belleza que le alegrava? el donaire que le entretenia? y la honestidad que le acreditava? 25 Quien? respondió Don Quixote, quien puede ser, sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen. Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores: encantadores me persiguen, y encantadores me persiguirán, hasta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido,

y en

y en aquella parte me dañan, y hieren, donde veen que mas lo sienta, porque quitarle á un Cavallero Andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbrá, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y aora lo buelvo á decir, que el Cavallero Andante sin dama, es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No ay mas que decir, dixo la Duquesa: pero si con todo eso hemos de dar credito á la Historia que del Señor Don Quixote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo, con general aplauso de las gentes della, se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la Señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantastica, que vuesa merced la engendró, y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias, y perfecciones que quiso. En eso ay mucho que decir, respondió Don Quixote, Dios sabe, si ay Dulcinea, ó no en el mundo, ó si es fantastica, ó no es fantastica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni parí á mi Señora; puesto que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga en sí las partes, que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin sobervia, amorosa con honestidad, agradecida por cortes, cortes por bien criada, y finalmente alta por linage, á causa que sobre la buena sangre resplandece, y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dixo el Duque: pero ha me de dar licencia el Señor Don Quixote, para que diga, lo que me fuerza á decir la Historia, que de sus hazañas he leido, de donde se infiere, que puesto que se conceda que ay Dulcinea en el Toboso, ó fuera del, y que sea hermosa en el sumo grado, que vuesa merced nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas,

ni con otras deste jaez, de quien estan llenas las historias, que vuestra merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser Reina de corona, y ceptro, que el merecimiento de una muger hermosa, y virtuosa á hacer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, Señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto vuestra merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse con la fonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creere, y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi Señor, si fuere menester, que ay Dulcinea en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa y principalmente nacida y merecedora, que un tal Cavallero como es el Señor Don Quixote la sirva, que es lo mas que puedo, ni sé encarecer. Pero no puedo dexar de formar un escrupulo, y tener algun no sé que de ojeriza contra Sancho Panza: el escrupulo es, que dice la Historia, referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal Señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevó una epistola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas, ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los terminos ordinarios de las que á los otros Cavalleros Andantes acon-
tecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encanta-
dor invidioso; y como es cosa ya averiguada, que todos, ó los mas Cavalleros Andantes, y famosos, uno tenga gracia de no po-
der ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldan, uno de los

Doce Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podía ser ferido, sino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así quando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogo, acordandose entonces de la muerte que dió Hercules á Anteon, aquel feroz gigante, que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas; no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y 10 no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrame, sino fuera a fuerzas de encantamientos: pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de aver otro alguno que me empeza, y así viendo estos encantadores que con 15 mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo, y así creo, que quando mi escudero le llevó mi embaxada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo: pero ya tengo yo 20 dicho, que aquel trigo, ni era rubion, ni trigo, sino granos de peñas Orientales, y para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia aviendola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del 25 orbe, á mí me pareció una labradora tosca, y fea, y no nadá bien razonada, siendo la discrecion del mundo, y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivire yo en perpetuas lagrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he
dicho,

dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla, que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los Hidalgos linages que ay en el Toboso, que 5 son muchos, antiguos, y muy buenos: á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mejor titulo y fama: por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que 10 Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á Cavallero Andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar, si es simple, ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias, que le condenan por vellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y creelo todo: quando 15 pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda, si será bien embiarle al govierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud 20 para esto de governar, que, atusandole tanto el entendimiento, se saldría con qualquiera govierno, como el Rey con sus alcabalas, y mas que ya por muchas experiencias sabemos, que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Governador, pues ay por ay ciento que á penas saben leer, y goviernan como 25 unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion, y desejen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamíne en lo que han de hacer, como los Governadores Caballeros, y no letrados, que sentencian con Asesor. Aconsejariale yo que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estomago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que governare. A este punto

llegavan

llegavan de su coloquio el Duque, la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por bavador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir picaros de cocina, y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostrava ser de fregar, seguiale, y perseguiale él de la artesa, y procurava con toda solicitud ponersela y encaxarsela debaxo de las barbas, y otro pícaro mostrava quererse las lavar. Que es esto, hermanos? preguntó la Duquesa, que es esto? que quereís á ese buen hombre? como, y no considerais que está electo Governador? A lo que respondió el pícaro barbero, no quiere este señor dexarse lavar como es usanza, y como se la lavó el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho, con mucha colera: pero querria, que fuese con toallas mas limpias, con lexia mas clara, y con manos no tan sucias, que no ay tanta diferencia de mí á mi Amo, que á él le laven con agua de Angeles, y á mí con lexia de diablos: las usanzas de las tierras, y de los palacios de los Príncipes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre: pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de disciplinantes, yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y él que se llegare á lavarme, ni á tocarme á un pelo de la cabeca (digo de mi barba) hablando con el devido acatamiento, le daré tal puñada que le dese el puño engastado en los cascós, que estas tales ceremonias, y javonaduras mas parecen burlas que gasajos de huespedes. Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho: pero no dió mucho gusto á Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo á la canalla: Ola, Señores Cavalle-

zos, vuestras mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas, y penantes bucaros; tomen mi consejo, y dexenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lleguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufrire, como agora es de noche, traigan aquí un peine, ó lo que quisieren, y almoazenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á los cruces. A esta sazon, sin dexar la risa, dixo la Duquesa, Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixere, él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma, quanto mas que vosotros ministros de la limpieza aveis andado demasiadamente de remisos, y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personage, y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas toallas, artesillas, y dormajos de palo, y rodillas de aparadores: pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podeis dexar como malandrines que sois de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestrefala que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron; el qual viendose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro se fue á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan, esta que la vuestra merced oy me ha hecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero Andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo, si con alguna destas cosas puedo servir

servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que aveis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece quiero decir, que os aveis criado á los pochos del Señor Don Quixote, que deve de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decís: bien aya tal señor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavallería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad, levantaos, Sancho amigo, que yo satisfare vuestras cortesías, con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del Govierno. Con esto cesó la platica, y Don Quixote se fue á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho, que si no tenía mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella, y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir quattro, ó cinco horas las fiestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendría obediente á su mandado, y fuese: el Duque dió nuevas ordenes, como se tratase á Don Quixote como á Cavallero Andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos Cavalleros.

Cap. XXXIII. De la sabrosa platica que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.

Cuenta pues la Historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vinó en comiendo á ver á la Duquesa, la qual con el gusto que tenía de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baxa, aunque Sancho de puro bien criado no quería sentarse: pero la Duquesa le dixo, que se sentase como Governador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Diaz Campeador. En-

cogió Sancho los ombros, obedeció, y sentóse, y todas las doncellas, y dueñas de la Duquesa la rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría: pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: aora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el Señor Governador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la Historia que del gran Don Quixote anda ya impresa, una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la Señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del Señor Don Quixote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la señor Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos. A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doceles, y luego esto hecho se bolvió asentar, y dixo: Aora, Señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi Señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas, que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanas no las podría decir mejores: pero con todo esto verdaderamente, y sin escrupulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de avra seis, ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que esta encantada, no siendo

mas

mas verdad que por los cerros de Úbeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamiento, ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que avia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes, y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos, que me dice, pues Don Quixote de la Mancha es loco menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas tuyas, sin duda alguna deve de ser él mas loco, y tonto que su amo, y siendo esto así, como lo es, mal contado te sera, Señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das insula que govierne, porque él que no sabe governarse á sí, como sabrá governar á otros? Par Dios, Señora dixo Sancho, que ese escrupulo viene con parto derecho: pero digale vuesa merced, que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, dias ha que avia de aver dexado á mi Amo: pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza, no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible, que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido Govierno, de menos me hizo Dios, y podría ser, que el no darmele redundase en pro de mi conciencia, que maguer á tonto se me entiende aquel refran, de por su mal le nacieron alas á la hormiga, y aun podría ser, que se fuese mas aina Sancho escudero al cielo que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos: y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor,

veedor, y despensero, y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia, y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Principe como el jornalero, y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar, y encoger mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la insula por tonto, yo sabré no darseme nada por discreto: y yo he oido decir, que detras de la Cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados, y coyundas sacaron al labrador Bamba para ser Rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos, y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo á esta sazon Doña Rodriguez la Dueña, que era una de las escuchantes, que un romance ay que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras, y lagartos, y que de alli á dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baxa, ya me comen, ya me comen por do mas pecado avia, y segun esto mucha razon tiene este señor, en decir que quiere mas ser labrador que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su Dueña, ni dexó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dixo: Ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero, procura cumplir lo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por eso dexa de ser Cavallero, y así cumplirá la palabra de la prometida Insula, á pesar de la invidia, y de la malicia del mundo. Esté, Sancho, de buen animo, que quando menos lo piense se verá sentado en la filla de su Insula, y en la de su estado, y empuñará su Govierno, que con

con otro de brocado de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es, que mire como govierna sus vasallos, advirtiendo, que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no ay para que encargarmelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres, y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza: y para mi santiguada que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despavilarme á sus tiempos, y no consiento, que me anden musarañas ante los ojos, porque sé, donde me aprieta el zapato, digolo, porque los buenos tendrán contigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y pareceme á mí que en esto de los Govier-
nos todo es comenzar, y podría ser que á quince días de Goberna-
dor me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas del que de la
labor del campo en que me he criado. Vos tenéis razones, Sancho,
dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se ha-
cen los Obispos, que no de las piedras: pero volviendo á la platica
que poco ha tratavamos del encanto de la Señora Dulcinea, tengo
por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion
que Sancho tuvo de burlar á su Señor, y darle á entender, que la la-
bradora era Dulcinea, y que si su Señor no la conocia devia de ser
por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los encanta-
dores, que al señor Don Quixote persiguen, porque real y verda-
deramente, yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco
sobre la pollina era, y es Dulcinea del Toboso, y que el buen San-
cho pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas
duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos, y sepa el
Señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encañadores, que
nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y
sencillamente sin enredos ni maquinas, y creame Sancho, que la
villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboso, que está encan-
tada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos,

la

la avemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dixo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi Amo cuenta de lo que vió en la Cueva de Montesinos, donde dice que vió á la Señora Dulcinea del 5 Toboso en el mismo traje y habito que yo dixe, que la avia visto, quando la encanté por solo mi gusto, y todo devió de ser al reves, como vuesa merced, Señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni devo presumir, que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo, que mi Amo es tan loco, que con tan flaca y 10 magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo termino: pero, Señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos, y malicias de los pesimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi Señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle, y si ha salida al reves, Dios 15 está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dixo la Duquesa: pero digame agora, Sancho, que es esto que dice de la Cueva de Montesinos, que gustaría saberlo? Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la 20 tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo, deste suceso se puede inferir que pues el gran Don Quixote dice, que vió alli á la misma labrador que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dixo Sancho Panza, que si 25 mi Señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi Amo, que devén de ser muchos, y malos: verdad sea, que la que yo vi fue una labrador, y por labrador la tuve, y por tal labrador la juzgué, y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta, ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino andense á cada triquete conmigo, á dime y direte, Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó,

tornó, y Sancho bolvió, como si Sancho fuese algun quien quierá, y no fuese el mismo Sancho Panza, él que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dixo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ó les viene muy á cuenta, 5 así que no ay para que nadie se tome commigo, y pues que tengo buena fama, y segun oy decírá mi Señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encaxenme ese govierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen Gobernador. Todo quanto aquí ha dicho el buen Sancho, dixo la Du- 10 quesa, son sentencias Catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, florentibus occidit annis. En fin, en fin, hablando á su modo, debaxo de mala capa suele aver buen bevedor. En verdad, Señora, respondió Sancho, que en mi vida he bevido de malicia, con sed bien podría ser, por- 15 que no tengo nada de hipocrita, bevo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan por no parecer ó melindroso, ó mal criado, que á un brindis de un amigo, que corazon ha de aver tan de marmol que no haga la razon? pero aunque las calzo, no las ensucio, quanto mas que los escuderos de los Cavalleros An- 20 dantes casi de ordinario beven agua, porque siempre andan por florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, res- pondió la Duquesa, y por aora vayase Sancho á reposar, que des- pues hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya presto á 25 encaxarse, como él dice, aquel govierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y se suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbre de sus ojos. Que rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respon- dió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar

el Rucio: y á esta señora Dueña le rogué, quando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea, ó vieja, deviendo ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos, b que autorizar las salas. O
 5 valame Dios, y quan mal estaba con estas señoras un Hidalgo de mi lugar! Sería algun villano, dixo Doña Rodriguez la Dueña, que si él fuera Hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y sosieguese el señor Panza, y quedese á mi
 10 cargo el regalo del Rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondre yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo
 15 consintiría yo, como darme de puñaladas, que aunque dice mi Señor, que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de menos: en las jumentiles, y así niñas se ha de ir con el compas en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho al Govierno, y allá le podrá regalar como quisiere,
 20 y aun jubilarle del trabajo. No piense vuestra merced, Señora Duquesa que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos años á los Goviernos, y que llevase yo el mio, no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa,
 25 y el contento; y embiandole á reposar, ella fue á dar cuenta al Duque de lo que con él avia pasado, y entre los dos dieron traza y
 orden de hacer una burla á Don Quixote, que fuese famosa, y
 viniese bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le hicieron
 muchas tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en
 esta grande Historia se contienen.

